

P-2  
7-1

B.P. de Soria



61109455

D-1 706

D-2

3469

9455



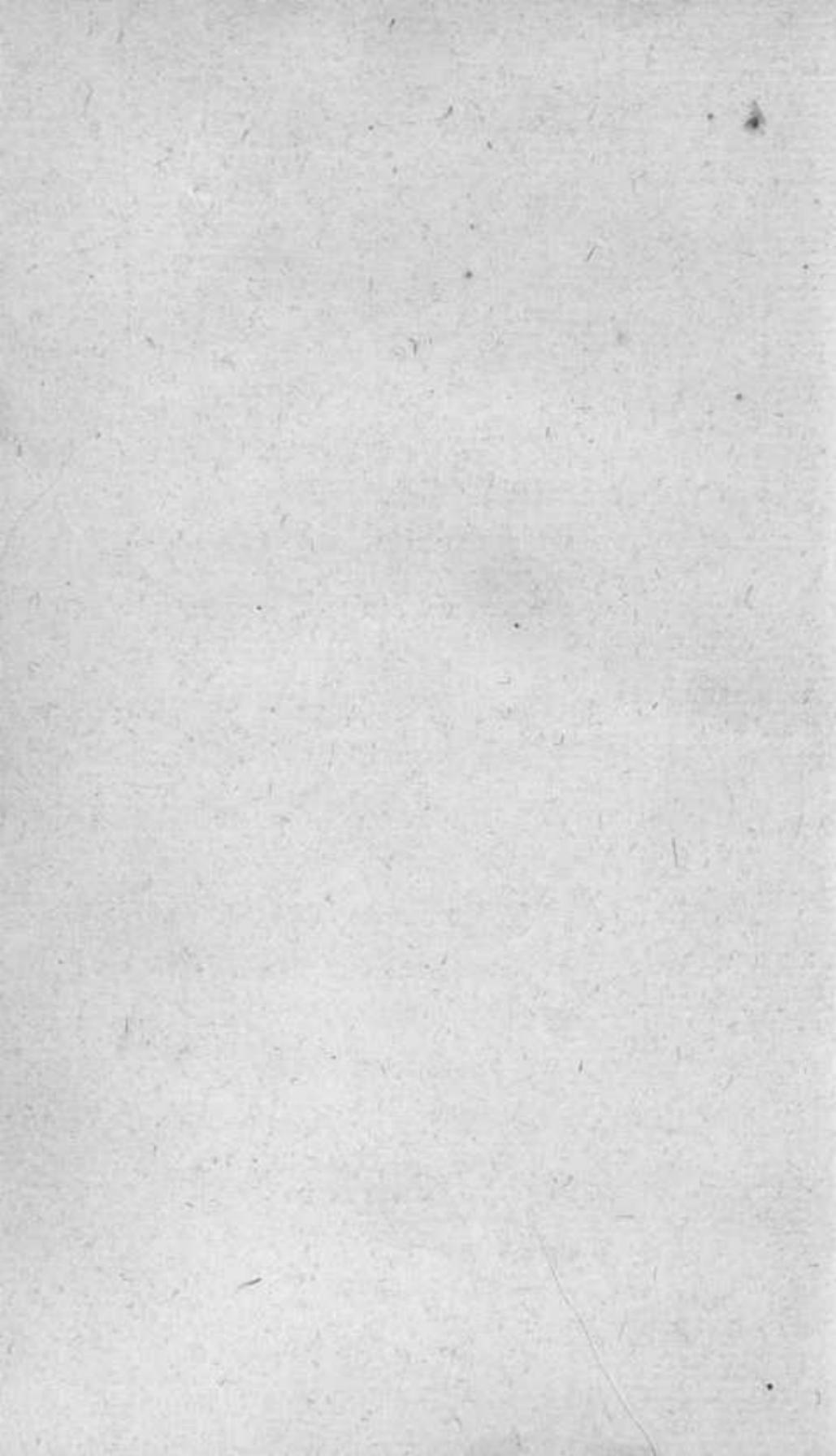
DE ROLANDI

IN QUORUNDAM

REVERENDISSIMI

FRANCISCI

LIBRO I



# LOS VIAGES

DE ROLANDO *B<sup>o</sup> 863*

Y DE SUS COMPAÑEROS DE FORTUNA

AL REDEDOR DEL MUNDO,

*POR L. F. JAUFFRET.*

TRADUCIDOS DEL FRANCES.

TOMO I.

EN LA IMPRENTA REAL

MADRID 1804.

LOS ANGELES

DE ROLANDO R. KEES

Y DE SUS COMPAÑEROS DE FORTUNA

AL PASADIZO DEL MUNDO

POR A. H. J. J. J. J. J.

Traducción de J. J. J.

TOMO I.

EN LA IMPRINTA REAL

1804

## INTRODUCCION.

La afición á las ciencias naturales se va difundiendo mas cada dia, y el estudio de ellas forma hoy una parte esencial de la educacion. Con el deseo de extender este gusto tan laudable y natural, he ordenado los Viages de Rolando, y los presento á la juventud.

Menos graves que los libros elementales, los viages instruyen al paso que deleytan. Los acaecimientos ya favorables, ya adversos, despiertan y mantienen la atencion. ¿Quién mirará con indiferencia unos hombres que exponiéndose á los peligros de una larga navegacion, entregados ya á la calma, ya al furor de los vientos, van baxo

otro cielo á llevar su fortuna inconstante. Nuestros votos les acompañan á lo léjos : gustamos de comparar su vida errante y agitada con nuestra vida sedentaria y pacífica; y la imágen de los peligros que les rodea nos hace mas dulce la seguridad de que gozamos.

Pero todavía los jóvenes se interesan mas que los hombres en las varias aventuras de los viajeros. Su imaginacion activa gusta de andar errante en los países lejanos: su natural inclinacion á lo maravilloso se alimenta con las descripciones variadas y los sucesos extraordinarios de que estan llenos los viages. ¿Habrá algun jóven que no se haya conmovido al leer la relacion del naufragio de Robinson Crusoe? ¿que no haya preferido

la historia de su mansion en la isla desierta, y de sus esfuerzos industri-  
triosos, á todos los cuentos de ha-  
das y encantadores?

No sabré decir si me engaño;  
pero á mí me parece que un via-  
ge al rededor del mundo, inter-  
polado de varias aventuras, y sem-  
brado de descripciones exáctas,  
ofrece á la educacion el medio  
apreciable de fixar la ligereza de  
los muchachos, y de enseñarles,  
no lo que tienen que olvidar en  
llegando á ser hombres, como su-  
cede con la mayor parte de los co-  
nocimientos que ahora se les da, si-  
no lo que les conviene siempre sa-  
ber. Es verdad que se les dice con  
freqüencia que estudien la geo-  
grafía, y al mismo tiempo se les  
pone en la mano unos libros ele-

mentales que solo contienen la mas árida nomenclatura ; pero seamos justos , y no pidamos que los niños hallen placer en lo que á nosotros mismos nos fastidiaria. Es innegable la necesidad del conocimiento de la geografía , pues sin ella vagarian en nuestras cabezas las escenas de la historia y las descripciones de la naturaleza como las nubes en el ayre ; mas para aprenderla es preciso ó conocer la necesidad de ello , ó estudiarla por diversion. A los niños no se les puede presentar un motivo de utilidad actual , y solo queda el medio de la diversion particular de la ciencia ; ¿ mas qué diversion puede haber en ojear esos libros insípidos que se llaman compendios de geografía ? Un muchacho que

no tenga mas recursos que un libro de estos para aprender esta ciencia, no hará mas progresos que los que hiciera en la lengua de su pais el niño recién nacido, á quien en lugar de hablarle le pusieran una gramática entre las manos.

La geografía, árida por sí misma, si ha de agradar debe marchar en compañía de la historia natural. Estas dos ciencias vienen á ser dos hermanas, que nos gusta ver juntas: ellas se prestan sus adornos mutuamente, y ámbas perderian en separarse. Así se las verá con gusto caminar á la par en la historia de Rolando y de sus compañeros de fortuna. Llegados que son á un pais nuevo, nuestros viajeros se divierten viendo lo que

en él hay de mas notable : comen de las frutas del pais , y observan los animales : las relaciones voluntarias ó forzadas que tienen con los habitantes , les ponen en la precision de conocer sus usos y costumbres. El jóven , curioso y atento en la lectura , sigue los pasos de Rolando y de sus compañeros como si él mismo viajara : participa de sus placeres y de sus adversidades , llega con ellos á la tierra donde arriban , atraviesa bosques desconocidos , se familiariza con los páxaros y los quadrúpedos que allí hay , sube á los volcanes adonde los viageros suben ; labra luego una canoa á la manera de los Indios , y va á visitar en ella las islas de la mar del Sur. La tierra entera está á su disposicion : pasa de un

hemisferio al otro, y en breve tiempo llega á conocer las quatro partes del mundo, mejor que ahora conoce las cercanías de su pueblo natal.

¿Podrán negarse las ventajas de semejante método geográfico? Yo apelo á la experiencia: volvamos los ojos un instante á lo pasado: recordemos nuestros propios viajes, y exâminemos quales son las ciudades, los parages, cuya memoria se conserva grabada en nuestro espíritu, y hallaremos que únicamente son aquellas ciudades, aquellos sitios en que nos sucedió alguna aventura triste ó risible. Un viagero que acaba de andar doscientas leguas, ha olvidado al instante la mayor parte de los objetos que vió en el camino; pero

lo que no olvidará nunca, aunque viviera un siglo, es que en tal parte le saliéron ladrones, en tal otra volcó el coche por descuido del postillon. Quando sea viejo, contará muchas aventuras de este género á sus nietos, quienes heredarán estas memorias.

Al dar á los jóvenes idea de las diferentes regiones del globo, conviene hermanar la geografía antigua y la moderna; y esto se encuentra en los viages de Rolando de un modo que no perjudica al interes de la narracion. Un antiquario se halla entre los viageros, y á él toca instruir á sus compañeros de viage, en los nombres que en otro tiempo tenian los países por donde pasan. Si un corsario los apresa en las costas de Marrué-

cos, el antiquario consuela á sus amigos y á sí mismo, asegurando que antiguamente el imperio de Marruécós se llamaba la Mauritania Tingitana: que este pais estaba gobernado por el Rey Sifax, pero baxo la dependencia ó la proteccion de los Romanos, quienes extendiéron sus conquistas hasta el desierto. ¡Qué dicha, añade, en medio de nuestra desgracia, si pudiésemos determinar el sitio en que estaba edificada la ciudad donde habitaba Sifax, y descubrir los escombros de su palacio!

La diferencia del genio de las personas introduce en su historia mucha variedad, que recayendo sobre la parte verdaderamente útil del viage, produce cierto interes. Mientras el amante de las antigüe-

dades quiere siempre hallar el antiguo mundo en el nuevo, otro personage, pensando mas en lo futuro que en lo pasado, anda formando proyectos para hacer fortuna. La esperanza de recoger algunas pajillas de oro en las orillas de los rios del Perú, le hace sonreirse en medio de las tempestades. Otro, no pensando ni en lo futuro ni en lo pasado, no ve nunca mas que lo presente: siente el peso de una navegacion penosa: se queja continuamente de su suerte: en una palabra, es el mas descontento de todos: tan cierto es que para ser felices aquí abaxo, es menester casi siempre volver la vista á lo pasado, ó extenderla á lo por venir, viviendo de memorias ó de esperanzas.

Un naturalista y un literato van tambien al viage, y ya se dexa conocer quan útil y agradable será su presencia. El primero anda tras de sorprehender en fragante á la naturaleza por donde quiera que va: el segundo procura trabar amistad con los literatos y poetas, porque cada pais tiene los suyos. El subir al monte Vesuvio es una delicia para el primero: una visita al sepulcro de Virgilio es la fiesta mas agradable para el otro.

Pero si el entendimiento de los muchachos ha de sacar pingües frutos de un viage emprendido con el designio de instruirlos, no son menores los que sacará su corazon. No tiene duda que de todos los medios de enseñar la moral, es este el mejor para la tierna edad,

por la razon de ser el mas indirecto. El muchacho, al leer las aventuras de Rolando, se corregirá voluntariamente de los cortos defectos de su genio. El será su propio maestro de moral; y tomará la leccion en lugar de recibirla.

Siguiendo los pasos de nuestros viajeros, pasando repentinamente con ellos de la calma al huracan, de la próspera á la adversa fortuna, aprenderá que las riquezas y el poder pueden caerse de la mano, en un momento, al que cree poseerlas. No se quejará del calor en el estío, quando sabe que en las costas del Senegal sube el termómetro mas arriba del calor de la sangre humana, y que las comarcas de lo interior de la Guinea son todavia mas calientes, porque reciben los

vientos abrasadores que atraviesan toda el Africa, y no pueden refrescarlas los vientos de poniente, como sucede en la costa del Senegal. No se quejará del rigor del frio en el invierno, quando ponga el pensamiento en aquellos paises en que el hielo no se derrite jamas, y el sol se esconde de su vista por muchos meses. La suerte del Cafre y del Groelando le enseñarán á apreciar la suya; y al saber que en los climas ardientes ó helados, estriba la felicidad del hombre en los dulces afectos de la naturaleza; al saber que el jóven habitante de la Islandia sacrificaria todos los gustos y comodidades de la vida, al deseo de permanecer al lado de su padre en un pais horroroso, conocerá el poder que

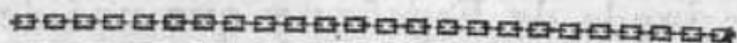
tiene en el corazon del hombre la piedad filial, y se encenderá mas su amor á los autores de su vida.

Las dificultades del proyecto que ahora executo, me han amedrentado mas de una vez; pero el deseo de ser útil á la juventud mi amiga, me ha alentado. ¿Puede nadie hacer caso de la fatiga, quando trabaja para quienes ama?

Voy pues á entrar en esta carrera. ¡Dichoso yo si logro obtener los votos de que hago tanto aprecio! Dichoso si los jóvenes sacan de mi trabajo toda la diversion que al parecer ofrece; y si esta obrilla contribuye á asegurarme algun derecho á su reconocimiento.

# LOS VIAGES

## DE ROLANDO.



### CAPITULO I.

Origen de la familia de Rolando. Nacimiento de D. Alfonso. Aficion que desde muy temprano manifestó á los viages. Motivos que tuvo Jayme Rolando para sacar á su hijo de la casa paterna.

**N**ació Rolando en un valle de la Provenza alta , cerca del lugar de Peounes, que rodean los Alpes, y donde reyna nueve meses el invierno. Los campos sepultados debaxo de escarchas, los montes cubiertos desde su cima hasta su pie de nieves blancas y resplandecientes, fué-

ron los primeros objetos que se presentáron á sus ojos.

Parece cierto que su familia era oriunda de España; y que uno de sus abuelos, Rolando de Fabrici, tuvo cierto empleo de consideracion en la Corte de Madrid en tiempo de Carlos V, en cuyo séquito pasó á Italia poco tiempo antes de su abdicacion del Imperio. Si se ha de dar crédito á un historiador coetáneo, Felipe II le desterró á los montes del Piamonte por haber votado en el Consejo contra esta abdicacion. En aquel destierro, compró con las reliquias de su antigua fortuna, la tierra de Peounes, que han poseido sus descendientes hasta el principio del siglo.

Por este tiempo un Gerónimo

María Rolando vino á París á solicitar empleo con consentimiento de la Corte de Turin, de la que era vasallo. Este Gerónimo María Rolando, separándose de los principios que habia heredado de sus padres, contraxo en Paris tal gusto en gastar, que no habia bienes que le bastáran. Es mucho mas fácil disipar el patrimonio mas rico, que formar algun corto caudal por medios legítimos: así que, Gerónimo María Rolando se arruinó muy presto; y no habiendo logrado nada con el Ministro, tuvo que vender su tierra de Peounes para pagar á sus acreedores.

Entrando entónces seriamente en su interior, tomó la resolucion generosa de retirarse del mundo, é irse á cuidar personalmente de la

única hacienda que le quedaba, dos leguas de Peounes en el territorio de Francia. El conocimiento que habia adquirido del mundo no le dió motivo para que le pesase dexarlo, y cada dia le era mas grata la soledad. La vida del campo y sus ocupaciones no eran opuestas á la educacion que habia recibido; y así no desdeñándose de sus labores, llegó su hacienda, en breve tiempo, á ser una de las mas fértiles en trigo, y de las que mas ganados tenian en aquellos contornos. Pero aunque sus talentos y su notoria probidad daban honor al ejercicio de labrador, sin embargo perdió en el hecho de desposeerse de su tierra de Peounes, toda la consideracion de los señores sus vecinos. Es verdad que quan-

do volvió de París tuvo buen cuidado de visitarlos, y de darles parte de que iba á hacerse labrador al modo de los antiguos Romanos; pero todos le recibieron con mucha frialdad, manifestando cierta conmiseracion indiferente. Este recibimiento le obligó á entrar en reflexiones harto tristes, acerca de la vanidad de los sentimientos que unen entre sí á la mayor parte de las gentes: infiriendo de aquí que los hombres tienen pocos amigos; pero que en cambio de eso, las dignidades tienen muchos, y las riquezas muchos mas.

Desde entonces se separó del trato de sus orgullosos vecinos, y ceñido á los cuidados de la economía rural, no faltaba para su felicidad sino la union de una compa-

ñera, que le ayudase á adquirir nuevos medios de mejorar sus pastos, y de aumentar sus cosechas.

Un labrador vecino, sabedor de su intencion, y deseoso de este enlace, le ofreció su hija, dándole en dote cien ovejas, dos vacas, un corral, y veinte y cinco fanegas de tierra de labor. Gerónimo María Rolando aceptó la oferta con mucho gusto; y Teresa fue su esposa. A una belleza poco comun reunia todas aquellas qualidades naturales, que Rolando en su estado de labrador podia apetecer en una muger; de suerte que fue feliz, y debió su dicha á su estado de medianía. La felicidad, tan rara en las ciudades populosas, es todavia bastante comun en medio de los Alpes, en aquellos valles, cu-

yas asperezas mismas defienden la entrada á la corrupcion. Pobre es el habitante de los Alpes, pero está contento. La naturaleza le ha dado un suelo duro y cubierto de piedras; y no obstante, su arado le abre, y sus siembras prosperan. Un invierno largo lucha con su tarda primavera, y sus valles siempre frescos estan rodeados de eternos hielos; pero la pureza de sus costumbres modera la injusticia de la suerte, y la oposicion de los elementos se convierte en su beneficio.

Gerónimo Rolando no tuvo de Doña Teresa mas de un hijo, quien se llamó Jayme Antonio, y despues fue padre de Alfonso Sebastian, de quien ahora tratamos de escribir las aventuras. Llamábase

Doña Teresa la esposa de Gerónimo Rolando; porque, como queda dicho, era este oriundo de España; y no obstante su absoluta separacion del trato de los señores sus vecinos, siempre conservó la memoria de sus abuelos. Estas menudencias suelen ser mas útiles para el conocimiento del espíritu humano, que los hechos mas sobresalientes de la historia.

Ponia pues particular cuidado en llamar á su esposa Doña Teresa, para dar á conocer que era Español de noble origen. Llamábase él tambien Don Gerónimo, contra el uso de sus antepasados que en el Piamonte habian tomado el título de *Signor*. Habia puesto sus armas sobre la puerta humilde de su casa; y todas las paredes de su

corral estaban coronadas de almenas. Los días de fiesta se presentaba siempre en la Iglesia con plumage en el sombrero, y ceñida una larga espada, que decia ser la que usó su abuelo Jayme Gerónimo Alfonso, en la famosa batalla de Pavía, quando Francisco I quedó prisionero de Cárlos V; y aun añadia que el Emperador debió la vida al valor de este esforzado caballero, y la victoria á sus consejos. Finalmente, á todos quantos venian á visitarle en su hacienda, les citaba los Cónsules Romanos, que con una mano llevaban como él el arado, y con la otra ganaban las victorias.

Este fue el único tributo que Gerónimo María Rolando pagó á la flaqueza humana; porque en lo

demas lo propondríamos con gusto por modelo á todos los labradores que han de venir al mundo. Fue buen esposo, buen padre, buen amigo, buen vecino: llegó igualmente que Doña Teresa su esposa á una edad muy avanzada, y corriéron lágrimas sinceras en la muerte de ambos.

El hijo de Gerónimo María Rolando no desmintió las virtudes de su padre; mas fue menos feliz en la prosperidad de su hacienda.

Hay al parecer, así para los particulares como para los imperios, ciertos momentos de favor, y otros de desgracia; dias de elevacion, y dias de decadencia. Gerónimo Rolando habia aumentado el producto de sus ovejas, de sus pastos y de sus tierras labrantías, tanto co-

mo era posible. No contento con las labores comunes, habia desmontado gran porcion de terreno de la falda de los montes; pero lo que aumentó por entonces sus rentas, debia ser un dia la causa de la perdicion de su hacienda. En efecto, dos años despues de su muerte, las lluvias copiosísimas que cayéron con viento sur sobre las montañas aun cubiertas de nieve (esto sucedió á fines de Mayo) formáron en sus quiebras tales torrentes, que no encontrando obstáculo en un terreno recientemente desmontado y despojado de las raices de los árboles, lazos naturales que sujetan la tierra en las rocas de los montes elevados, se precipitáron con furor á los valles, arrastrando á ellos las tierras y las rocas, y deposi-

tando sobre los pastos y mieses tanta arena y guijo, que no le quedó esperanza al desventurado propietario de recoger una sola cosecha.

Hallábase á la sazón Jayme Rolando en vísperas de casarse con la hija de un rico labrador, vecino suyo; pero como la avenida no habia hecho menor destrozo en las tierras de este, no tuvo que titubear en su palabra. El casamiento se efectuó, con la diferencia de que el dote de ámbos fue una honrada pobreza.

Los antiguos decían que para llevar las tierras se requerían tres qualidades igualmente esenciales: el saber, el poder y el querer. Nuestros dos esposos conocían muy bien el arte de la agricultura, y

querian acertar, pero les faltaba el poder; y á pesar de su vida laboriosa, en vano intentáron elevarse á aquella dichosa medianía, de que habla Horacio, y de que es lícito al sabio formar el objeto de sus deseos.

Entre tanto se aumentaba su familia, y las rentas no bastaban ya para mantenerla. Un dia pues que Jayme Rolando venia de estar calculando la insuficiencia de sus medios, llamó á su muger, y le dixo estas palabras: „Doña María, al „enlazarte con la noble sangre de „los Rolandos, has debido hacer- „te superior á los pensamientos y „sentimientos de una muger vul- „gar. Yo pido un sacrificio muy „grande para un corazon mater- „nal; pero tengo derecho para es-

„perarlo.” Doña María se manifestó pronta á qualquier sacrificio que exígiese su esposo; y este continuó: „Yo pido que no te opongas á mis designios, si fuere necesario que Don Alfonso, el mayor de nuestros hijos, se separe de nosotros.”

Al oír estas palabras no pudo Doña María detener sus lágrimas. Su hijo Don Alfonso tenia sus diez y seis años cumplidos. Dotado de un natural vivo y de un ingenio precoz, se adelantaba á las lecciones de su padre, y pasaba la mayor parte del dia en la librería. Esta habia sido de su abuelo: los libros que mas aguijoneaban su curiosidad eran los de viages. El descubrimiento de las islas de Cabo verde por Antonio de Noli: el del

paso á las Indias doblando el Cabo de Buena-Esperanza por Vasco de Gama: el de la América por Cristóbal Colon exáltaban su entusiasmo. Algunas veces que su padre se quejaba del mal terreno de la hacienda, le decia: „¿Por qué „no emplea Vd. el trabajo y la industria en las tierras de la Nueva „Holanda ó del Canadá? ¿Faltan „buenas tierras que cultivar sobre „el globo? La culpa es de Vd. si „se está en estos valles estériles.”

Jayme Rolando gustaba de oír á su hijo estas reconvenciones, que anunciaban ideas grandes y emulacion noble. Fácil era descubrir, estudiando la inclinacion de Don Alfonso, que su destino le llamaba á atrevesar algun dia la mar. La niñez del hombre es un espejo

en que si tuviésemos ojos mas observadores, veríamos en pequeño su vida entera. Gasendi siendo niño, se divertia en echar, desde lo alto de un campanario, piedrecillas ú hojas de árboles, estudiando ya por instinto las leyes del descenso de los cuerpos. El astrónomo Tichô Brahe no queria ni leia en su infancia sino toda suerte de almanaques; y siempre estaba deseando que llegase el dia de algun eclipse de luna. De todos los hombres célebres se cuenta algun hecho semejante; por lo que dixo un poeta, que los juegos de la niñez anunciaban los hombres grandes \*.

Para contemplar la sensibilidad de Doña María no quiso Jayme

\* Et les jeux de l' enfance annoncent les grand hommes.

Rolando comunicarle desde luego enteramente qual era el sacrificio que de ella exígia, dexando para otro dia el continuar la explicacion de lo que el amor maternal intimidado habia ya descubierto del todo. Entre tanto buscó la ocasion de sondear el ánimo de su hijo; y queriendo declararle su futuro destino, con toda la claridad y libertad de un padre, fue un dia á encontrarle, al tiempo que estaba ocupado en podar algunos árboles de la cercanía de la casa.

Al llegar á él, le dixo: Rolando, ven conmigo. Al punto dexó su trabajo con semblante risueño, y echó á andar al lado de su padre. Jayme Rolando caminaba en silencio, y parecia que meditaba lo que habia de decir á su hijo,

quien fluctuando entre la curiosidad tan natural en su edad, y aquel respeto filial que las costumbres antiguas imprimian con mayor fuerza en el corazon de los hijos, quisiera á cada paso mover la conversacion, y siempre se lo impedia el temor de parecer indiscreto.

Atravesáron ámbos, sin hablarse, un bosquecillo solitario, y subieron á la cima de una colina que doraban los rayos del sol poniente. Allí Jayme Rolando dixo á su hijo que se sentase á su lado: llamó su atencion á admirar un momento el vasto y magnífico horizonte que se descubria á sus miradas, y apretándole tiernamente la mano, con semblante mezclado de dulzura y de gravedad, le habló estas palabras:

„Rolando, mientras he mantenido la esperanza de conservarte á mi lado, y dexarte al morir unos bienes medianos, pero seguros, he querido que ignorases un secreto, cuyo conocimiento pudiera hacer-te menos grata la suerte que tus padres te guardaban. Persuadido, como lo estoy, de que no bastan las riquezas para hacer feliz á quien las posee, querria todavía cerrar á tu mocedad el camino que algun dia podrá conducirte á ellas; pero mis bienes van á ménos: soy padre de muchos hijos, y me veo precisado á un grande sacrificio. El terreno ingrato que cultivo no basta á nuestra manutencion: es preciso que nos separemos. No te turbe oir estas palabras: hay en la vida circunstancias en que el hom-

bre necesita valor y firmeza. Sin duda es penosa esta separacion de que te hablo ; pero las circunstancias la hacen necesaria : la naturaleza se resiste á ella ; pero la razon la manda, y debo obedecer á su voz.

„ Bien conoces por los escritos de los historiadores , y por las relaciones de los viageros , aquella célebre region del nuevo mundo , en que el oro es casi tan comun como el hierro en nuestros climas. Allá fue á establecerse al principio del siglo uno de los hermanos de tu abuelo , donde habiendo hecho rápidamente , como lo esperaba , considerable fortuna , murió dexando un hijo con muchos millones.

„ Viéndose este poseedor de tan rica herencia , dexó al punto el

Perú, y vino á Europa, con ánimo de fixar en ella su residencia; pero á poco, echando ménos su pais natal, y acosado siempre por aquel fastidio, que parece se pega con preferencia á las gentes ricas, para que sea menos envidiada su suerte, declaró que queria volverse á Lima, y me propuso acompañarle. — No, le respondí yo: mis deseos son tan limitados como la humilde hacienda, que he heredado de mis padres. Estos montes me viéron nacer, y yo no los dexaré. — El Perú, me replicó, tiene tambien sus montes que rivalizan con los Alpes, y el oro se oculta en su seno. Si gustas de la vida campes- tre, yo te regalaré una soberbia posesion en las cercanías de Cuzco, donde pasarás una vida dichosa; y

la vista de tu felicidad me hará sentir menos el disgusto de la vida.”

Eran á la verdad tan lisonjeras estas ofertas, que estuve tentado de admitirlas; pero queriendo recogerme en mí mismo, para tomar resolucion definitiva, enderecé mis pasos hácia el pinar próxîmo á nuestra casa, y allí solo con mis pensamientos, midiendo con los ojos del alma el espacio inmenso que me proponian atravesar; pesando con la razon las ventajas de la fortuna, y las de la independenciam; examinando atentamente las dos suertes que en lo futuro se me presentaban, sentí que crecia mi incertidumbre.....; y enteramente cesó quando, al salir del pinar, tendí la vista á este horizonte que ahora se presenta á nuestros ojos. Modesta

habitacion de mi padre, exclamé yo con las lágrimas en los ojos, ¿cómo podré abandonarte? El oro, es verdad, no se engendra en las rocas que te rodean; pero en la cima de estos montes, crecen yerbas para mis rebaños. Esta tierra basta para mis necesidades, y nunca la dexaré.

Tomada pues mi resolucion, me quedaba todavía que participarla á mi tio. Hícelo con toda la atencion que supe; pero acostumbrado desde el nacer á ver doblarse la voluntad de todos á la suya, no pudo oír mi oposicion sin que se exáltase su cólera. Sin siquiera procurar disimularla, me dixo con voz airada: „Bien veo, sobrino, que mi persona te desagrada: tú renuncias á la fortuna, porque soy yo quien

„te la ofrece: el amor propio, la  
„vanidad te pierde. Quédate, pues  
„así lo quieres: quédate al pie de  
„esos montes áridos: sepulta en ese  
„oscuro valle el esplendor de la  
„familia de los Rolandos: arranca  
„con sudores á ese suelo ingrato la  
„miserable subsistencia. Por mi  
„parte yo me vuelvo á Lima: tal  
„vez allí, á falta de parientes, en-  
„contraré algun extraño que dé  
„buena acogida á mis beneficios.”  
Diciendo estas palabras, volvió la  
espalda, sin dexarme que le abra-  
zase; y quantas diligencias hice  
para volverle á ver, todas fuéron  
inútiles. Poco tiempo despues se  
embarcó; y al salir de Marsella  
dexó en casa de un negociante,  
amigo, una carta para mí, conce-  
bida en estos términos.

„ Mi intencion era adoptarte por  
„ hijo, y colmarte de bienes; y si  
„ hubieras podido conocer el pesar  
„ que habia de traerme tu resisten-  
„ cia, tal vez me lo hubieras evi-  
„ tado. De todos modos, yo me  
„ voy, y para largo tiempo. ¡ Dios  
„ quiera que seas dichoso entre tus  
„ montes, y él te haga pensar al-  
„ guna vez en este tio, á quien has  
„ acarreado su desdicha! Si algun  
„ dia te ves padre de una familia  
„ numerosa, y alguno de tus hijos  
„ quisiere pasar á Lima, tal vez  
„ olvidando tus sinrazones con el  
„ placer de ver un descendiente de  
„ la familia de los Rolandos, me  
„ determinaré á hacer por él lo que  
„ ahora me proponia hacer con-  
„ tigo.”

Padre mio, exclamó el jóven

Rolando, disponga Vd. de mi voluntad. Digno es de un hijo el ir á defender, baxo otro cielo, la causa del autor de sus dias. Yo iré á Lima: yo iré á pintar vuestra desgracia á ese tio, cuyo corazon parece naturalmente bueno, y sin duda le inclinaré á que os alivie. Yo permaneceré al lado de nuestro bienhechor hasta sus últimos suspiros; y luego que el deber no me detenga en aquellos climas lejanos, volveré al instante á gozar de vuestra amada presencia, siendo el mejor dia de mi vida aquel en que os vuelva á ver.

Jayme Rolando, enternecido al oír la resignacion de su hijo, no quiso ocultarle ninguna de las dificultades que podian frustrar los designios de su viage. Ya hace al-

gunos años, le dixo, que no he tenido noticias de Don Felipe. ¿Quién sabe si vivirá todavía, ó si habrá cedido sus bienes á algun hijo adoptivo? ¿Quién sabe si habrá hecho disposicion de sus bienes á favor de otro?

Impaciente el jóven Rolando por realizar su destino, propuso el ir á Marsella á tomar informes acerca de si vivia su tio; en lo que consintió su padre.

Llegado el dia del viage, llevó este á su hijo á un monte sumamente elevado, en cuya cima dura todavía una columna consagrada á la Victoria; obra de los antiguos Romanos, que ha resistido hasta ahora á la segur del tiempo. Ignoraba el jóven Rolando el designio con que su padre le traia á aque-

llos sitios; pero este, convencido de que hay en la vida, épocas solemnes, en que importa tomar algun monumento natural, ó hecho de mano de los hombres, por testigo de alguna verdad importante, cuya memoria se quiere imprimir mas profundamente en el corazon de un mancebo: „Mira, hijo mio, le dixo, como toda la naturaleza está en ademan de prestar silencio á la moral de tu padre. Esta es la primera vez que vas á separarte de mi vista: por la primera vez vas á salir de la casa donde nacistes. Los informes que vas á tomar en Marsella del negociante, á quien te recomiendo, vendrán á parar, segun todas las apariencias, en que saldrás para Lima; pero qualquiera que sea el resultado de tus diligencias,

ora la Providencia te destine á quedarte en Europa, ora te guie al Perú, séante siempre sagrados los principios en que he criado tu niñez. Prométeme delante del cielo que nunca faltarás á ellos... y si alguna vez tienes tentacion de ser perjuro, acuérdate de esta columna de la Victoria y de tu padre, que al pie de ella recibe el juramento de tu corazon." Conmovido al oir estas palabras tiernas el jóven Rolando, extiende la mano, y echa los brazos á su padre; quien estrechando en los suyos á su hijo, le baña con sus lágrimas. „A este precio, le dixo, yo te prometo tanto la victoria sobre tus propias pasiones como un destino feliz. En vano la fortuna emplearia contra tí todos sus tiros: mas fuerte que ella, al fin la some-

terás, y te mostrarás superior á sus reveses.”

Diciendo esto baxáron ámbos del monte en religioso recogimiento; y estando todo pronto para la marcha, determinó Rolando que partiese su hijo á media noche, sin despedirse de su madre, para no exponerla á los dolores de semejante separacion. Fuéle acompañando hasta el pueblo inmediato; y antes de separarse de él, tuvo la fortuna de encomendarlo en compañía de un negociante, su conocido, que salia en posta para Marsella.

## CAPITULO II.

Primer viage de Rolando. Efectos funestos de la pasion del juego.

**M**ientras el jóven Rolando tuvo á su padre á su lado , ninguna reflexiõn penosa se habia mezclado en sus alegrías , ni se creia fuera del seno de su familia ; pero quando se vió por la primera vez de su vida entregado enteramente á sí mismo ; quando sus miradas no encontráron las de su padre ; quando su mano no halló para apretar la mano del autor de su vida , se sintió conmovido , y se le saltáron las lágrimas de los ojos. Entõnces fue quando las memorias de lo pasado ocupáron con violencia su imaginacion : los placeres de la niñez,

las dulces caricias de su madre , los jueguecillos que inventaba con sus hermanos , todo se pintaba en su mente. Yô he dexado , decia , la felicidad entre los montes : allí han quedado todos los que me aman , y voy léjos á buscar fortuna. Si algun dia me veo rico , ¡qué gusto no será para mí el traer á mis padres las riquezas que les faltan !

Tales eran las reflexiões que dominaban á Rolando en la silla de posta que le llevaba á Marsella. Su compañero de viage , amigo de su padre , se habia encargado de él con mucho gusto ; pero este hombre era muy taciturno , y el mancebo no se atrevia á trabar con él conversacion seguida. Dorinval , que así se llamaba el compañero , á breve rato de estar en la silla de

posta se puso un gorro de algodón, atado con una ancha colonia, y se quedó medio dormido, de cuyo letargo salía apénas quando se mudaban los caballos. Como tenia que hacer el gasto comun, á cuyo efecto le habia confiado el padre de Rolando el dinero de su hijo, se veia en la precision de desatar en cada posta los cordones de la bolsa, y llevar su cuenta de los gastos que hacian á medias hasta llegar á Marsella. Este empleo lo desempeñaba bastante bien; pero no se mostraba nada solícito en mantener conversacion á su compañero, en darle á conocer el pais, ni hablarle de sus producciones. A exemplo de otros muchos hombres que se desdeñan de la infancia, parecia avaro de sus palabras con él.

Pero el jóven Rolando agasajaba á los postillones: les preguntaba acerca de todo lo que veia, y aprendia de esta manera lo que deseaba saber. Si divisaba á lo léjos algun monte alto, una ciudad, un lugar, un rio, preguntaba al instante sus nombres, y una vez que los sabia no volvia á olvidarlos: tan cierto es que el deseo de aprender es ingenioso para satisfacerse, y que á quien quiere instruirse no le faltan nunca los medios de conseguirlo!

Dorival, deseando llegar quanto ántes á Marsella, habia determinado correr la posta dia y noche sin detenerse; pero al pasar por el pueblo de San Maxîmino, quiso entrar en una posada solamente para cenar. Con mas gusto se corre, dixo, quando está lleno el estóma-

go : ¿no es verdad , amiguito? y sin esperar su respuesta se apea , y tras él Rolando. Ya los tenemos esperando que traygan la cena , Dorinval , ocupado en fumar en su pipa , y el jóven compañero observando al rededor de sí , quanto se presentaba á sus miradas.

Vino la cena , que fue alegre , como lo son en tales casos , donde se encuentran sentados unos al lado de otros , tantos viageros de tierras , de condiciones y de principios tan diversos. El único que guardó silencio durante la cena , fue el jóven Rolando , quien se acordaba de la leccion que su padre le habia dado , de hablar poco y escuchar mucho. Estaban todavía sentados á la mesa quando Dorinval le dixo : Amiguito , que pongan los caballos y

vámonos. No deseaba otra cosa el mancebo; y así corrió á avisar al postillon, sin dexarle hasta que tuvo enganchado.

Miéntas tanto se habia suscitado una disputa, sobre el juego, entre los que allí se hallaban. Aquí mismo, dixo uno, en esta ciudad se halla el mejor jugador del juego de los cientos, y es vecino mio. A nadie le teme; antes bien todos le tributan tal respeto, que nadie tiene la temeridad de apostárselas — Con vuestra licencia, replico Dorival, me parece os pasais de raya en los elogios. Ese vecino vuestro no es el hombre único; y yo conozco quienes pudieran medir las fuerzas con las suyas. — ¿Y quiénes son esos? — Tal vez, yo mismo. — ¡Qué locura! — Si señor,

yo mismo. Sabed que soy Dorinval, y este nombre no os será desconocido; porque tambien tengo yo mi reputacion. En efecto, Dorinval tenia fama de hábil jugador. Traxéron pues naypes, y los dos campeones empezáron á lidiar: los demas se amontonáron al rededor de ellos, apostando unos por Dorinval, y otros por el famoso jugador del pais. Empezó el juego, y el temor y la esperanza, luchando en los ánimos de todos, se veian en sus semblantes, quando de improviso entró corriendo el mancebo Rolando á decir á Dorinval que los caballos estaban puestos. Al instante, respondió este, al instante acabo.

Pasó un quarto de hora, y el postillon empezaba ya á manifestar su impaciencia. En esto volvió

á entrar Rolando, y en voz alta, dixo: Señor Dorinval, vamos, que nos esperan; y el postillon se enfada de tanto aguardar. — Calla, y déxame en paz; fue la respuesta de Dorinval.

Pasóse otro cuarto de hora, con lo que creció la impaciencia del postillon; quien apeándose de su caballo, y andando tardamente con sus botas enormes, vino él en persona á la sala, á llamar á Dorinval, y á renegar de él con mil juramentos; pero Dorinval embebido en su juego, nada le respondió; con lo que el postillon echó el resto de su cólera, y le amenazó con que volveria los caballos á la quadra. — Haz lo que quieras, le respondió Dorinval con voz áspera, y no me vuelvas á romper la cabeza.

No puede explicarse la sorpresa y el disgusto del jóven Rolando al ver que el postillon hacia lo que habia dicho. En vano le suplicó que tuviese algo mas de paciencia; pues el postillon sin dar oídos á sus ruegos, solo le dixo: Vuestro compañero está metido en el juego, y ya tiene para toda la noche.

¡Para toda la noche! decia Rolando: no, no puede ser. Con ánimo de aclarar sus dudas, se acerca á Dorinval, y con voz tímida, le dice: Que están quitando los caballos: ¿no hemos de partir? — Anda con Dios, le respondió Dorinval con voz airada: vete á acostar, que mañana saldremos; y al mismo tiempo mandó que le diesen una cama á aquel muchacho. Con esto el mancebo no encontró otro

medio, que acostarse y dormir.

Hácia la media noche, estando durmiendo, sintió á Dorinval que entraba en el aposento; y cerrando la puerta con un gran portazo, exhalaba horribles imprecaciones. Al ruido se despertó azorado Rolando; y viendo las convulsiones de Dorinval, creyó que estaria enfermo, por lo que levantándose, se llegó á él para ver si podia aliviarse. En esto se sosegó un poco, y echándose sobre una silla, permaneció en melancólico silencio por algunos minutos; pero á poco, acometido de nuevo de la desesperacion, se levantó vomitando un torrente de blasfemias, maldiciendo su exístencia, rechinando los dientes, y queriendo arrancarse la vida. Rolando no podia creer que aquel

hombre furioso fuese el mismo Dorival tan flemático y tan amodorrado del dia antes: é ignorando lo que podia causar su furor, pues no imaginaba que el perder una partida de juego pudiera tener tan graves conseqüencias, insistia en su creencia de que todo aquello era efecto de alguna grave enfermedad; y así acercándose á él, le instó á que tratase de descansar. Dorival le echó de sí con tanta violencia que el pobre Rolando fue á dar contra los pies de su cama. Asustado entónces, se viste, temblando, á toda prisa, y baxa para decir á la huéspededa de la posada, la situacion en que se halla su compañero de viage, y preguntar quáles son los socorros que exíge tan violento estado. La huéspededa preguntó al

mancebo si era su padre aquel caballero. — No, respondió Rolando, no es mi padre por fortuna mia. ¡Qué diferencia entre uno y otro! Mi padre es la dulzura misma: su rostro está tan sereno como un buen día; pero este... no puedo compararlo mejor que á aquellos días en que hay relámpagos y truenos. ¡A mí me da miedo! — Hijo mio, dixo la huéspeda, eso viene de que de ayer acá ha tenido una gran pesadumbre, por haber perdido al juego. — ¡Gran cosa! replicó Rolando. Quando yo juego no me enfado aunque pierda. — Bien se enfadaria Vd., añadió la huéspeda, si hubiese perdido tanto como él. — Siguiéron ámbos la plática, y con grande admiracion se fue enterando Rolando de que Dorinval ha-

bía perdido todo su dinero; que despues habia sacado y perdido el que estaba en el cofre, juntamente con el suyo; y por último habia tambien jugado el coche.

Atónito quedó Rolando sin poder todavia dar crédito á lo que oia, quando estando en esta plática, se oyó un estampido tan formidable, que toda la casa se estremeció, oyéndose despues espantosos gritos y rabiosos ahullidos. Levantáronse todos los de la casa, y acudiendo á los gritos, entráron en el aposento de Dorinval, á quien encontráron tendido en el suelo, y nadando en su sangre. Fue su intencion quitarse la vida; pero la pistola, que su mano desesperada descargó contra su cabeza, faltó por fortuna á su deseo impío y cri-

minal, y solamente se llevó la bala un pedazo de la mandíbula inferior. La herida tenia cura, pero quedando desfigurado para toda la vida. Pusiéronle en la cama, aunque contra su voluntad, y apartáron de él todo lo que pudiera servirle para intentar segunda vez el mismo delito. Vino un Cirujano, que dixo responder de su curacion, y al mismo tiempo despacháron un proprio á la familia de Dorinval, dando cuenta de lo acaecido, y de las causas que habian motivado tan funestos efectos. Volvió el proprio con brevedad, y con él venia un hermano de Dorinval, el qual pagó prontamente todos los gastos y pérdidas que el otro habia hecho. Este hermano llamó aparte á Rolando, y despues de haberle mani-

festado lo mucho que sentia este contratiempo que habia experimentado en su viage, le reembolsó la suma de que Dorinval se habia encargado, y de que habia abusado de un modo tan indigno. Provisto así de dinero, tomó Rolando á pie el camino de Marsella, haciendo mil reflexiones sobre la suerte de Dorinval, y sobre los terribles efectos del juego.

¡Quán abominable es el juego! decia entre sí. El que juega pierde en un instante, el fruto de muchos años de trabajo. Los mas ricos tesoros que hubiera poseido Dorinval, los hubiera disipado todos en una noche; y todo el dinero del tío que tengo en Lima, se hubiera derretido en un momento entre sus manos.

## CAPITULO III.

Viaja Rolando con un Botánico y un Antiquario. Llega á Marsella. Embárcase, y cae en manos de un corsario argelino.

Nacido en el campo, y acostumbrado desde niño á las mas duras fatigas, habia adquirido Rolando aquella robustez de que nunca estan dotados, los que siempre permanecen viviendo en la pereza y la inaccion. Con esta robustez, y la corpulencia que tenia, se determinó á acabar á pie su viage, no siendo á sus ojos el camino de algunas leguas, mas que un divertido paseo. Caminaba pues de esta manera, entregado á sus reflexiones, quando dos viajeros, de quie-

nes tiraban lentamente dos mulas de alquiler, reparáron en él; y prendados de su gallarda presencia, le ofreciéron asiento en su coche. Rolando manifestó agradecerlo sin aceptarlo; pero tantas fuéron las instancias de los viageros, que al fin admitió la oferta que le hacian.

Hízole varias preguntas la curiosidad de los viageros, y las respuestas los enteráron del hecho de su historia, la que les obligó á manifestarle el deseo que tenían de su buena suerte. Uno de ellos le prometió, en el caso de que se embarcara para el Perú, una carta de recomendacion para un célebre Botánico, que á la sazón se hallaba en aquel pais: el otro ofreció recomendarle por su parte á un Académico amigo suyo, que habia pa-

sado á Lima expresamente para estudiar las antigüedades peruvianas. Agradecióles Rolando sus ofertas, y les hizo varias preguntas, que acabáron de confirmar á los viajeros la buena opinion que de él tenían. Sus preguntas, dictadas siempre por el deseo de instruirse, eran todas de puntos de geografía ó de historia natural.

No obstante el deseo que tengo, añadió, de ir á Lima, me da notable pena el dexar mi pais natal sin conocerle. Hubiera yo querido ver antes las varias comarcas de la Provenza, estudiar su clima y sus producciones, para compararlas despues con el clima y las producciones del Perú.

El Doctor Gerardo, que así se llamaba uno de los viajeros, res-

pondió á Rolando , que si hubiera tenido mas ántes el gusto de conocerle , le habria tomado por compañero en sus herborizaciones. El deseo de tener cabal conocimiento, añadió, de los vegetales de esta region, me obligó , hace algunos años, á andarla toda entera.

La Provenza , prosiguió, presenta á los aficionados á la botánica , abundante cosecha de especies raras y preciosas. Su situacion al mediodia ; su terreno erizado en unas partes de montañas empinadas, hermoso en otras con valles risueños y pintorescos; su temple ardiente en la parte austral, y casi siempre helado en la parte boreal, son causa de que produzca, así los vegetales del norte, como los del mediodia.

Los elevados Alpes que la ciñen al nordeste, además de los vegetales, que son comunes en Suiza, en el Valais y en la Saboya, producen otros particulares, no conocidos de los botánicos, hasta que mi mano fue á cogerlos sobre sus frias cumbres.

Aquella cadena de montes que del este se extiende hácia el sur, con el nombre de Alpes marítimos, hallándose situada baxo un cielo mas suave, produce y alimenta gran número de vegetales, que un frio mas vivo marchitaria, ó impediria que naciesen.

En quanto á aquellos montes, situados hácia el sur, y que se extienden del este hácia el oeste, ponen al abrigo de los vientos del norte, las tierras situadas á la orilla

del mar. Mirando estas al mediodía, son tan favorables á la vegetacion, que en ellas crecen naturalmente, ó se han connaturalizado allí los vegetales que aman un temple caluroso. Allí reyna siempre la primavera; y los naranjos y limoneros embalsaman el ayre con el perfume delicioso que sus flores exhalan.

Es increíble el atractivo que tiene el estudio de la naturaleza: yo he subido por las cuestas escarpadas de todos esos montes: he baxado á lo profundo de todos esos valles: he sufrido ya el excesivo calor, ya el extremado frio; y hoy mismo, al acordarme de estas penosas correrías, deseara que volviesen los dias empleados en ellas.

En esto, el Doctor Gerardo

llamó la atención de Rolando hácia los varios árboles que al paso se presentaban á la vista. Mire Vd., le dixo, hácia la orilla del camino, y la verá adornada de romeros y de retamas en flor. Todo el mundo conoce el romero, y mas caso se haria de él, si fuera algo ménos comun. La retama ha venido de España, aunque ya en el dia crece naturalmente en nuestros montes. Los hermosos olivos que cubren esos llanos; las higueras que estan plantadas entre esos risueños viñedos; los almendros que adornan esas colinas; los morales que se ven plantados en filas, y otros muchos vegetales que adornan ahora esta provincia, y que muchos creen que tienen su origen en este pais, han sido traídos

á. él sucesivamente y en diversos tiempos.

¿Pues cómo? interrumpió Rolando: ¿no se ha cultivado siempre el olivo en la Provenza? y el almendro, el moral y la higuera ¿no son nativos de esta region? — No, señor, replicó el Doctor Gerardo: el olivo es indígeno de la Siria, de la Palestina, y de las islas del Archipiélago. Este árbol lo debemos á los antiguos Marselleses, quienes lo traxéron de la Grecia. La higuera se ha naturalizado en la Provenza, pues ya viene espontáneamente entre las grietas de las rocas, donde no ha sido plantada, habiéndose multiplicado de esta manera por medio de sus semillas. Débese tambien este árbol á los antiguos Marselleses, que lo trae-

rian del Levante, en donde viene espontáneamente, y se le conoce de tiempo inmemorial. El almendro se da en varios parages del Asia y del Africa, en Alepo, en Trípoli y en toda la Berbería. En quanto al moral, es indígeno de la China; de donde ha venido este árbol á Europa, sin padecer ninguna alteracion, ántes bien lejos de haber degenerado sus qualidades, se han mejorado.

Luego que el Doctor Gerardo hubo dado á conocer á Rolando parte de los vegetales mas notables de la Provenza; el Abate Doloni, que así se llamaba el otro viagero, tomó la palabra para hablar de las antigüedades del pais. Su historia, dixo, empieza nada ménos que desde la fundacion de

Marsella por una colonia de Phocenses, seiscientos años ántes de Jesucristo. Antes de este tiempo no habitaban este país sino unos pueblos groseros, que en la costa vivian de la pesca, y en lo interior de la caza. Los Phocenses enseñaron á estos habitantes á congregarse en ciudades, á cultivar las viñas y olivos, y otra multitud de árboles frutales, con muchas especies de legumbres traídas de la Grecia.

Excitado por el deseo de hallar aun en la cima de los mas altos montes, los vestigios de las antigüedades romanas, he discurrido por toda la Provenza, y en ella he cogido abundante cosecha de medallas é inscripciones griegas y latinas. No léjos de San Maxímiano (en otro tiempo *Villalata*) en la es-

carpada falda del monte Aureliano, descubrí yo los vestigios de la via militar de los Romanos, que por allí seguia. Al pie del mismo monte, he observado la espaciosa llanura que separa á Tretz de Pourriere; llanura donde Mario dió á los Cimbros y Teutones, la famosa batalla en que perdiéron doscientos mil hombres, segun Tito Livio; y ciento cincuenta mil, segun Vellejo Patérculo. Aun exísten los cimientos del arco triunfal, que Mario mandó levantar en el campo de batalla; y yo soy quien tuvo la fortuna de descubrirlos, á la orilla izquierda del rio Arc, no léjos de la gran Pegiere. Son muchas y muy extensas las averiguaciones que he hecho en punto á las antigüedades de Aix, la ciudad mas

antigua que tuviéron los Romanos en las Galias. Fue edificada en el pais de los Salyos; pueblo bárbaro, y enemigo de los Marselleses, que fue batido por los Romanos, venidos á socorrer á Marsella su aliada, ciento veinte y tres años ántes de Jesucristo. El Cónsul Sexto Calvinio, despues de haber derrotado los Salyos, sentó su campo en el sitio donde los habia batido. Los soldados se alojáron primero en barracas, y despues edificáron casas; de suerte, que la ciudad estaba ya formada, quando César envió allí una colonia.

Estas particularidades y otras varias, que seria largo referir, cautiváron de tal manera la atencion de Rolando, que no le dexáron reparar en lo largo del camino.

Llegó pues á Marsella á puertas de sol, no sin palpitar su corazón, á la vista de aquella soberbia ciudad. Deseando no separarse de los dos compañeros de viage, se alojó con ellos en la posada de la Manzana de oro; pero impaciente por tener noticias del tío de Lima, buscó al instante alguno, que le guiase á la casa del corresponsal de su padre, quien vivia inmediato al puerto. Admiró Rolando el espectáculo magestuoso de tantas naves como allí se juntan de todas las partes del globo: vió allí en compendio el mundo entero, por la variedad de trages, de costumbres y de lenguas, y se aumentáron con esto sus deseos de salir á la mar; de suerte, que todos los que le han conocido concuerdan en que

en el discurso de sus viages, no se le borró nunca la impresion que entonces recibió; manifestando siempre el gusto que tenia hasta el fin de sus dias, en recordar esta memoria.

Pero estos efectos de admiracion y de placer, que experimentaba Rolando, al considerar el espectáculo animado del puerto, cediéron muy pronto á la impresion dolorosa, que hizo en su ánimo la noticia de que el corresponsal de su padre, aquel corresponsal que habia de darle noticias de Lima, acababa de embarcarse el dia ántes para Cádiz. Este accidente imprevisto le obligó á volver melancólico á la posada de la Manzana de oro, y su semblante abatido manifestó á sus compañeros de viage,

que habian quedado frustradas sus esperanzas.

No pensando mas que en la resolucion que debía tomar, salió de la ciudad la mañana siguiente, y enderezó sus pasos hácia las orillas solitarias del mar. Llegó á un parage áspero y apartado; y sentándose al pie de una roca, que estaba á la sombra de las ramas de un orgulloso pino, tendió la vista por la espaciosa extension de las olas; viendo unas ondas, que impelidas por otras se rompián con magestuoso rumor sobre la arena de la playa, cuyo ruido interrumpido con ratos de silencio, ponía en movimiento todas las facultades de su alma. A lo léjos ve los navíos que salen para el Levante, ó que vuelven de allí: los barcos de los pes-

cadores que navegan arrimados á la costa, y las gaviotas, especie de aves marinas parecidas á las palomas, que tienden sus alas vagarosas sobre las ondas agitadas: en la playa divisa amarrados los cascos rotos de los buques; miéntras cerca de la orilla, los peces juegan en el seno de las aguas azuladas. Rolando gozó de este espectáculo por algun rato, olvidando su desgracia; pero no tardó en presentársele de nuevo el motivo de su afliccion, aumentando su sentimiento el aspecto de quanto á sus ojos se descubria. Como las olas agitadas se sucedian rápidamente unas á otras; así los proyectos entre sí mas contrarios, pasaban velozmente por la imaginacion de Rolando. ¿Me volveré, se decia á sí mismo,

al pie de los Alpes? ¿ó deberé embarcarme para el Perú? ¿Esperaré aquí al corresponsal de mi padre? ¿ó iré á buscarle á Cádiz?

En esta misma irresolucion volvió á la ciudad; y el Doctor Gerardo y el Abate Doloni le aconsejaron que escribiese á su padre, pidiéndole su parecer, y esperase entre tanto en Marsella la respuesta, que sin duda le indicaria la senda por donde se habia de dirigir. Hízolo en efecto así, con lo qual quedó ya mas sosegado.

Algunos de los viageros, alojados en la misma posada, estaban prontos á partir para la feria de Bocaria con un rico cargamento; y estando todos juntos cenando, dixéron que saldrian la mañana siguiente, y convidaron amigable-

mente á todos sus comensales á que vinieran á una expedicion, que sin ofrecer el menor riesgo, seria verdaderamente divertida. Aceptáron algunos el partido con tantas voces y gritos, que no se oia la voz de los demas, y les fue preciso, quieras ó no quieras, prometer con el vaso en la mano que harian este viage. El único que consiguió se le dispensase, por motivo de sus negocios, fue el Doctor Gerardo: en vano protestó Rolando, que no tenia fondos, pues no se le admitió la excusa, ántes bien se encargáron los demas de su gasto. Resolvióse pues á embarcarse, miéntras venia la respuesta de su padre, lo que hizo con tanto mas gusto por quanto el Abate Doloni era uno de los del viage.

La tartana en que nuestros viajeros se embarcáron era nueva, y pertenecía á un negociante llamado *Gerónimo Duval*: varios de sus conocidos se habían embarcado con sus géneros con ánimo de venderlos en aquella feria; y la esperanza de la ganancia legítima que habían de tener, les daba á todos la alegría que en sus rostros se manifestaba, y hacia agradable la conversacion. La feria de Bocaria atrae á la ciudad de este nombre multitud de negociantes de todas las provincias de la Francia, y aun de los países limítrofes. La facilidad de ir por mar subiendo el rio Ródano, y de venir de todo el interior de la Francia, baxando por él, aumenta el concurso del comercio; pero los cargamentos ricos que van

á aquella ciudad, sobre todo por la parte del mar, despiertan algunas veces la atrevida codicia de los corsarios berberiscos; y así se ha visto, varias ocasiones, que los corsarios han escogido este tiempo para hacer sus robos en aquella costa. Ocultos en las calas mas apartadas de la playa, salen favorecidos de la soledad ó de las tinieblas de la noche, y asaltan á los barcos que navegan desprevenidos: se hacen dueños de las mercancías que en ellos encuentran: encadenan á los barqueros y pasajeros, y los llevan cautivos á venderlos en la costa de Africa.

Uno de estos corsarios, que estaba emboscado al abrigo de una roca, descubrió por desgracia la tartana en que iban nuestros via-

geros, dió sobre ella, y la acometió con tal celeridad y prontitud, que ninguno de los navegantes tuvo tiempo de advertirlo. Fácil es juzgar qual seria la sorpresa y el susto de todos ; y qual la consternacion de Rolando, quando trasladado á la nave argelina, se vió metido como todos los demas en el fondo de la bodega, y contempló la deplorable suerte que le esperaba. Hallábase á su lado el Abate Doloni, quien despues de haberse lamentado de su comun destino, procuró alentarle, diciendo, que casi todos los hombres grandes de la antigüedad habian experimentado sus adversidades.

Entre tanto los corsarios, contentos con la rica presa que habian hecho, bogaban alegres há-

cia Argel, calculando ya lo que habian de sacar de la venta de sus cautivos. La nave cortaba las olas con rapidez; pero á los dos dias de navegacion, el viento que hasta entónces les habia sido favorable, empezó á volverse; y á poco se levantó una borrasca furiosa, presentando la mar alborotada el mas siniestro aspecto. Las ondas negras y altas como montes, precipitándose unas sobre otras con horrísono estruendo, despedian en su choque espantoso chorros de espuma blanca como la nieve. La nave agitada en medio de esta tormenta, fue muchas horas al arbitrio de las ondas, hasta que al fin en la obscuridad de la noche, dió contra una barra, y encalló en la costa de Marruecos.

## CAPITULO IV.

Cautiverio de Rolando. Caza del leon.

Noticia de la pantera, de la hiena, del leopardo, del caracal, del búfalo, y de otros animales de aquella parte del Africa.

**R**olando escribió la relacion de su cautiverio con ánimo de enviarla á su padre; y como las aventuras de un viagero parecen mas interesantes, quando él mismo las cuenta, pondremos aquí lo que escribió.

Al rayar el dia (habla Rolando), queriendo los corsarios salir á salvamento, sacrificándonos á nosotros, echáron al mar el bote; y entrándose todos en él, nos dexá-

ron en la nave, en próximo riesgo de que nos tragasen las olas. Estábamos todos sobre el alcázar sin ninguna esperanza de librarnos de la muerte, quando fuimos testigos de la de nuestros enemigos. El bote en que iban los corsarios sobre las olas furiosas, zozobró, y todos quedáron sumergidos. Entónces, sin oir mas que á mi valor, y queriendo aprovecharme del único medio que para salvarme me quedaba, me eché á nado; y ayudado de una tabla que se habia desclavado de la nave, logré salir á la orilla, desde donde hice señal á mis compañeros para que imitasen el exemplo que les acababa de dar; lo que ellos hicieron con mas ó ménos presteza, segun que eran mas ó ménos atrevidos. Ya eran las

doce del día quando llegamos á reunirnos todos ; pero estando en deliberar lo que debiamos hacer, nos vimos asaltados por una porcion de Moros errantes , que habiendo visto encallar la nave , baxáron de aquellos montes para apresar la tripulacion.

Estos bárbaros nos juntáron á todos , y despues de haber danzando al rededor de nosotros , dando gritos feroces de alegría , nos separáron haciendo cierta particion , y nos lleváron á diferentes tiendas ; de lo que era fácil inferir que nuestra suerte estaba decidida de que los Moros se habian repartido los cautivos , y teniamos cada qual su amo , lo que iba á darnos el pesar de nuestra dolorosa separacion.

Por fortuna el Moro , que se hi-

zo dueño de mí, llevó tambien alguno de los cautivos, á quienes yo habia cobrado mas cariño ; pues fuéron asociados á mi destino, Martin de la Bastida, excelente geógrafo; el Abate Doloni, profundo antiquario; el Doctor Codonel, cirujano distinguido; Chiusa, diestro cazador, é Ingardin, agricultor y comerciante; todos los quales, y yo, nos encontramos en una misma tienda.

La vida de los Moros es muy ambulante: hoy viven en un pais, mañana en otro, segun lo hallan mas ó ménos fértil; porque siendo los ganados su principal riqueza, mudan de domicilio luego que han consumido los pastos del territorio; no necesitando mas trabajo para esta mudanza, que el de transportar

las tiendas en que viven. Hácenlas de una tela negra y gruesa, texida del pelo de las cabras y de los camellos, y cuyo ancho es de ménos de dos tercias de vara. Varias de ellas, cosidas unas con otras, colgadas de dos palos cruzados, forman la tienda. Los muebles de estos Moros consisten en algunas sogas para sus bestias; un puchero de barro para calentar la leche, ó cocer el grano, una estera, un cuchillo, una pica, y un grueso guijarro que les sirve de martillo para clavar los piquetes de la tienda. Los hombres se ocupan en cazar y guardar los ganados; y las mugeres en hilar y en componer la comida.

Dos dias se pasáron sin que nos obligaran á ningun género de tra-

bajo. Si yo hubiera tenido ménos motivo de que me afligiera mi suerte, me hubiera verdaderamente divertido la cara que tenian mis compañeros, y aun la mia propia, al vernos entre los Moros, de cuyo language nada entendiamos.

Habiannos despojado de todos nuestros vestidos quando naufragamos; pero el Moro, en cuyo poder estábamos, cediendo á nuestros ruegos, nos volvió parte de ellos. Sin embargo, el venerable Doctor Codonel pedia todavía con mucha instancia, aunque inútilmente, el disforme sombrero triangular que le habian quitado, y de que tenia suma necesidad para guarecerse del ardor del sol. No sabiendo explicarse en el language de los Moros, ni encontrando medio de que le en-

tendieran , hacia gestos de un modo patético ; ponía la mano sobre la cabeza ; despues con ámbas manos hacia la accion de ponerse la peluca , para manifestar por este medio que esta era la que pedia , como tambien su sombrero : señalaba al sol , y despues se tapaba los ojos con la mano , para manifestar de esta suerte á los Moros , que los rayos ardientes del sol le fatigaban la vista , y tenia necesidad de su sombrero ; pero por mas esfuerzos y señas que hacia , nada entendia el Moro. El Doctor Codonel insistia ; y poniendo la mano sobre su cabeza , la mostraba al Moro para que viese quan desnuda estaba , á cuya señal expresiva añadia algunas palabras , quales eran , *sombrero , capellum , capelo : peluca , pyrrica.*

Para explicarse de un modo mas inteligible , formaba con ámbas manos un triángulo sobre la cabeza, cuya señal, en lugar de aclarar, embrollaba mas su deseo. Ya habia perdido la esperanza de lograrlo, quando vió entrar en la tienda un tropel de muchachos , que venian justamente jugando con su peluca , la que se tiraban unos á otros, con grandes carcajadas de risa. Con ella se habian divertido todo el dia , teniéndola colgada de un árbol, y tirándole flechas. El mas certero de los muchachos , tuvo la distincion de llevar la peluca en lo alto de un palo , en medio de las aclamaciones de los demas. Habian hecho uso de ella para asustar á los chiquillos , quienes creian que era algun animal maligno, al ver sus

pelos, y la bolsa de seda con sus cintas. Por fin, al entrar en la tienda los muchachos, conoció el Doctor Codonel su amada peluca, y tomándola de las manos de ellos, se la puso: viendo lo qual, creyeron los muchachos que lo hacia por juego, y todos se pusieron á baylar al rededor de él, hasta que por último se la dexáron. En quanto al desmesurado sombrero triangular, tambien logró encontrarlo; y así aun en su cautiverio consiguió el Doctor Codonel estar vestido exáctamente, del mismo modo que lo habia estado en su pais nativo.

El primer trabajo á que nos sujetáron, fue ir á buscar leña para la tienda; para cuyo efecto nos diéron una mala sogá, y un mucha-

cho que nos acompañara para enseñarnos la que debíamos tomar.

Aunque todo el terreno está cubierto de matorrales, tienen sin embargo aquellos pueblos el mayor cuidado de conservarlos; y así jamás tocan á la leña verde. Necesitábamos á veces dos horas para encontrar leña seca; y es difícil explicar el trabajo que nos costaba esto que parece tan fácil. Mis compañeros, de mas edad y mas delicados que yo, se lamentaban amargamente del cansancio á que se veían reducidos.

A pocos dias hubo cierta distribución de trabajo. Dos de nosotros tuvieron el encargo de continuar haciendo diariamente la provision de leña: á otro le tocó el guardar los camellos: á otro el batir la man-

teca; y á los demas el ir á coger un leon, que habia algunos dias que causaba mucho daño en aquellas cercanías.

Mis compañeros no manifestáron grandes deseos de obtener este último empleo. El Doctor Codonel, como mayor en edad, fue el primero que eligió; pues el Moro nos dió libertad para ello. Díxonos que teniendo aficion á descansar y pensar, desearia guardar los camellos; y su mayor placer seria sentarse á la sombra de algun árbol ó de una roca, y meditar allí á toda su satisfaccion las miserias de la vida humana. Ingardin eligió despues, quien nos dixo: „Amados amigos, de muy buena gana iria yo al monte; pero temo perderme en él, porque ni conozco

bastante el pais, ni tengo nociones geográficas suficientes que me permitan aventurarme á ello. Mi compañero Codonel tiene mejor suerte, pues le guiarán los camellos, y no tiene mas que seguirlos para volver al aduar; pero yo, solo con mi haz de leña, me perderia sin duda alguna. Tambien iria de buena gana á la caza del leon; pero, hablando claro, creo que yo le causaria ménos miedo, que él á mí; y en lugar de traer su pellejo, estoy cierto de que yo le dexaria el mio; en una palabra, en esta caza habria notable desigualdad contra mí. No me queda pues otro empleo que el de hacer la mantecca; el qual, aunque no es muy lucido, me acomoda bastante. Entre tanto hablaré con las mugeres del

aduar, y quizá aprenderé la lengua del pais, y descubriré los medios de salir de esta cautividad.

Pues yo, dixo el geógrafo Martin de la Bastida, iré á recoger leña con el Abate Doloni, y juntos harémos nuestras observaciones sobre la topografía del pais. Veré qual es el camino mas corto para ir á Argel; y si una vez yo logro que el Dey me dé audiencia, ó quando ménos el Baxá, nuestra libertad está asegurada. Mi proyecto de la union del mar del norte con el mar del sur por el lago de Nicaragua, interesa á todas las potencias, y así pediré en nombre del derecho de gentes, que nos dexen ir á la corte de Madrid para comunicarla un proyecto singular, y cuyas ventajas son incalculables.

Así hablaron mis compañeros; y así no me quedaba mas que el honor, algo arriesgado, de ir con Chiusa en busca del leon. Determinéme á ello con tanto mas ánimo quanto mis compañeros, y aun el mismo Moro, me diéron por ello la enhorabuena. Solamente el Doctor Codonel me dixo al oido: „Vamos, señalaos en esta empresa; pero al cazar el leon, no os olvidéis de que yo voy á guardar los camellos; y os suplico que no lo echeis hácia donde yo voy; pues su presencia me asustaria mas de lo que se puede creer, y turbaria mis meditaciones.” Yo le tranquilicé lo mejor que pude; y con esto nos separamos.

Antes de hablar de mi cazería, y de los medios de que nos

valimos para asegurar el éxito, me parece conducente indicar algunas circunstancias acerca del animal que íbamos á perseguir.

Bien conocida es la ferocidad y la osadía de este animal formidable. Su intrepidez es tal, que nunca parece que se asusta á la vista de sus enemigos, sean hombres ó fieras, en qualquier número que sean. Quando no quiere acometer, pasa con desden, y continúa su andar con lentitud y magestad. Si le acosa el hambre, se arroja indistintamente sobre todo lo que se le presenta; y la resistencia no hace mas que aumentar su furor. Por eso es muy peligroso herirle sin acabarle de matar. Por mas desigual que sea la lid, nunca vuelve la espalda; y si se ve precisado á reti-

rarse, lo hace lentamente hasta poder ponerse en salvo.

Cuéntase que un mancebo Florentino tenia una mula llena de resabios, la que ademas de servirle de poco, tiraba bocados y coces á los mozos que se acercaban á ella. Su dueño, despues de haberse servido de todos los medios imaginables para domarla, resolvió echarla á las fieras del Gran Duque. Soltáron un leon, cuyo rugido hubiera atemorizado á otro qualquier animal; pero la mula sin acobardarse se fue á un rincon del patio, y púsose de modo que no podian acometerle sino por detras; esto es, por el lado donde tenia su mayor fuerza: de esta manera esperó á su enemigo, mirándole al soslayo, y presentándole siempre la

culata. El leon conoció, al parecer, toda la dificultad del caso, y usó de toda su maña para asegurar la mayor ventaja. En fin, la mula halló la ocasion de tirarle tal par de coces, que le rompió nueve ó diez dientes, de manera que saltaron al suelo los pedazos. El Rey de los animales, viendo que ya no podia pelear, no hizo mas que irse retirando hasta su jaula, y dexó á la mula el campo de batalla.

El leon sufre largo tiempo la sed. Dícese que no bebe mas de una vez en tres ó quatro dias; pero que bebe mucho quando se le presenta la ocasion. Es error vulgar el creer que el canto del gallo le espanta; ántes al contrario se ha visto que ha hecho poco caso de ello. No sucede así en quanto á las

serpientes; y así quando los Moros se ven acosados de un leon, echan mano á su turbante, lo desenvuelven, y lo menean de manera que imite el movimiento de la serpiente, cuya vista es suficiente para que el leon se retire con prontitud.

Sucede con frecuencia, que los de este pais se encuentren con los leones en sus cazerías; y es de notar que los caballos, aunque célebres por su ligereza, se atemorizan de tal suerte que quedan inmóviles; y no ménos intimidados los perros, se vienen á refugiar á los pies de su amo ó de su caballo. El único recurso, que en casos tales tienen los Moros, es apearse, y dexar la presa que no pueden defender; pero si el ene-

migo está muy cerca , y no tienen tiempo para encender fuego, único medio de ahuyentarlo, no hay mas remedio que tenderse en el suelo guardando profundo silencio. El leon, quando no le atormenta la hambre, pasa gravemente, dándose por satisfecho del respeto que se manifiesta á su presencia.

Este animal es de estatura bastante alta, flexible y bien proporcionada. Los de Africa no son menos corpulentos que un caballo bárbaro. Aunque la leona no tiene mas de dos tetas, cria por lo regular quatro leoncillos, y á veces mas. Aseguran que nacen con los ojos abiertos. Quando los Moros encuentran algunos en una caverna, los cogen al instante para lle-

varlos á los Europeos , quienes por lo regular los compran con sumo gusto. Si la leonã llega á tiempo de ir tras el que le arrebató los hijuelos , entónces este le tira el uno de ellos ; y miéntras que la madre lo lleva á su albergue , el otro procura huir con los demas.

○ Mi valor y el de mis compañeros , animáron á dos esclavos del Moro á pedirle licencia para acompañarnos á la caza del leon. El dia siguiente nos armamos y montamos á caballo , un poco ántes de salir el sol. Llevábamos con nosotros una docena de perros enseñados á correr las fieras , y que mas de una vez habian medido sus fuerzas con ellas. Apénas habiamos salido al campo , quando nos pareció

oir á lo léjos el ruido, no de un leon, sino de muchos. Esta era la primera vez, que yo oia este género de música, que en realidad tiene algo de espantoso.

Para describir el rugido del leon, del mejor modo que pueda, diré que consiste en un sonido rauco, inarticulado, en el qual se distingue cierta cosa de hueco y de profundo, y algo semejante al sonido que sale de una bocina. El sonido es entre la *u* y la *o*, prolongado, y como que parece venir de debaxo de tierra. Estuve escuchándole largo tiempo con toda mi atencion, sin poder distinguir con certeza de qué parte venia. La voz del leon no tiene ninguna semejanza con el trueno, como lo han dicho algunos viajeros. A mí me

pareció que su rugido no era en sí mismo, ni sumamente penetrante, ni particularmente terrible. Sin embargo, lo prolongado del sonido, juntamente con la idea que naturalmente se forma uno de este animal, hace estremecer á qualquiera, aun quando lo oye sin tener nada que temer.

Al oír nuestros caballos aquel rugido á lo léjos, sintieron cierto estremecimiento y cierta incomodidad, que todavía hubiera sido mayor, á no estar ya acostumbrados y aguerridos á este ejercicio. Los caballos, los perros, los bueyes, y en general todos los animales, al acercarse este animal terrible, sienten un horror que no pueden ocultar. Dan bufidos, se retiran, se echan al suelo, y pa-

decen en cierto modo la agonía de la muerte.

Gran maravilla es ver que la naturaleza haya enseñado á los animales á temer de esta suerte al leon: y no puede dudarse que este temor es en ellos natural; porque los caballos y los bueyes, que han vivido siempre en parages donde no han tenido ocasion de conocer á este terrible enemigo de su especie, experimentan tambien lo mismo. Admiremos la bondad de la Providencia, que al colocar entre los animales á un tirano tan temible, les dió la facultad de conocerle y de distinguirle por medio del temblor y del horror.

Podria creerse que el rugido del leon era, para los animales, un aviso saludable para huir de él con

prontitud ; pero como al rugir , segun dicen todos , pone la boca contra la tierra , se difunde su voz por todas partes en rededor de él , sin que sea posible , como he dicho ántes , discernir de qué parte viene el sonido . Así los animales espantados corren acá y allá , sin saber el camino que han de tomar ; y en esta situacion puede muy bien suceder que alguno de ellos se vaya hácia el parage mismo de donde sale la voz terrible , de que queria alejarse .

Caminábamos entre tanto con buena resolucion , preparados para hacer al leon el recibimiento conveniente , si le venia en voluntad de visitarnos . Ibamos todos fiados en la bondad de nuestras armas y de nuestros caballos , en la fuerza

y vigor de nuestros perros, y en fin, en nuestro propio valor.

Dexábamos á nuestra derecha un bosque en que no queriamos entrar, y solamente soltamos los perros con intencion de acosar al leon, y de que le obligasen á salir. Como estábamos quatro, no dudábamos de poder socorrernos mutuamente, en el caso de que se errase el primero ó segundo tiro.

Quando el animal ve á los cazadores á lo léjos, dicen todos que huye con precipitacion hasta perderlos de vista; pero si, al contrario, los ve cerca de sí, entónces se pasea con ademan severo, sin aparentar turbacion ni precipitacion, y parece que tiene á ménos manifestar el menor miedo. Tambien se dice que quando se le persigue á

caballo , se dispone á defenderse, ó á lo ménos se desdeña de huir mas tiempo. Detiene entónces el paso , hasta que no hace mas que poner lentamente un pie delante del otro , sin dexar de mirar con ceño á los que le persiguen. Al fin se para ; y dando una mirada al rededor de sí , se sacude , y lanza un rugido corto y agudo , que es señal de su indignacion , y de estar pronto á abalanzarse á los cazadores , y despedazarlos. Este es el instante cierto en que aquellos deben estar en sus puestos , ó apartarse con prontitud hasta cierta distancia , pero sin alejarse mucho unos de otros. El que se encuentra mas cercano ó mejor situado para apuntar al corazon del leon , debe apearse del caballo , y cuidando de

meter el brazo por la brida para que no se le escape, dispara. Al instante vuelve á montar, y corre á pasar entre sus dos compañeros. Si por casualidad no logró mas que herir al animal, ó erró enteramente el tiro, no debe detenerse un punto en correr quanto pueda con su caballo, y librarse huyendo, del furor del animal salvage; pero entónces uno de los otros halla ocasion oportuna de apearse, y de apuntar y tirar un tiro mas cierto. Si acaso lo yerra tambien, cosa que sucede rara vez, el tercero corre tras el leon, que entónces va siguiendo al primero ó al segundo cazador; y así que lo tiene á tiro, y ve ocasion de tirarle por el costado, que es la situacion mas favorable quando el animal

vuelve la espalda, dispara su escopeta. Finalmente, si este tambien yerra el tiro, y el animal viene sobre él, los otros dos, quienes huyendo han tenido tiempo de volver á cargar, acuden en su socorro.

Es muy raro que perezca alguno cazando el leon á caballo; á lo ménos así me lo aseguró el Moro; quien tambien me dixo que no era nada difícil matar el leon con armas de fuego; porque así que este animal está herido de un balazo en el vientre, al punto empieza á vomitar, sin poder ya correr.

Nosotros nos hallábamos muy cerca de comprobarlo: los rugidos se acercaban, y por momentos esperábamos que apareciese aquel terrible animal. Oíamos aullar los

perros con voz espantosa, y notábamos que no iban adelante, pareciéndonos que tenían cercado y preso al leon. Esta conjetura nos parecia á la verdad poco probable; pero poco despues viendo que los aullidos agudos de los perros, y los espantosos rugidos del leon se mezclaban y confundian, creimos sin poder dudarlo que se habia trabado la lid, que los perros se habian abalanzado al leon como algunas veces sucede, y que no estaba todavía decidida esta lucha sangrienta.

Casi siempre acometen con feliz éxito al leon los perros aguerridos, quienes desempeñan su deber completamente. Quando el leon ve que empiezan á acercársele, su orgullo no le dexa pasar mas ade-

lante; y sentándose, los espera. Los perros entónces le cercan, y abalanzándose á él todos á la vez, casi en un momento le despedazan, dexándole rara vez tiempo para que al paso les dé con las garras dos ó tres manotones, cada uno de los cuales es una muerte segura para aquellos á quienes les tocan.

Estábamos apostados para disparar al leon, y vengar nuestros perros, si acaso salia victorioso del bosque; pero con grande admiracion nuestra, seguian los ladridos de los perros y los rugidos del leon. No nos parecia natural que el combate fuese tan largo y obstinado; ni sabiamos qué pensar, ni qué partido tomar.

Despues de haber todavía espe-

rado algún tiempo mas, cada vez mas admirados de oir sin interrupcion los mismos gritos, los mismos ladridos, propuse á mis compañeros que entrásemos en el bosque para ver lo que aquello era. Tal vez en esto hubo algo de temeridad; pero no pudiendo resistir á nuestra impaciencia, nos encaminamos hácia el lugar de la pelea: mas ¡quál fue nuestra admiracion al ver á todos nuestros perros al rededor de un foso profundo, ladrando á un leon enorme, que habia tenido la torpeza de caer en él! Era para mí el espectáculo mas nuevo, el de ver un leon cogido con trampa. Este rey de los animales rugia de vergüenza y de desesperacion.

Dícese que en el primer mo-

mento en que el leon se ve cogido con trampa, está tan avergonzado, que no hay dificultad en encadenarlo; pero ahora la vista de los perros le habia enfadado é irritado de tal modo, que su cólera estaba exáltada en el mas alto grado. Bien hubiéramos podido matarle; pero sin gloria. Por otra parte, sabiendo que los Moros gustan de coger vivos los leones para venderlos á los Europeos, quienes suelen pagarlos á muy buen precio, resolvimos volver en busca del Moro, para darle parte de esta prision, y preguntarle lo que debiamos hacer.

Hicimoslo así, lo que encolerizó mucho al Moro, y nos mandó volver al instante á matar al leon, y traerle los despojos; lo que tu-

vimos que executar inmediatamente.

Al paso vimos varios animales, de que yo no habia oido hablar sino en las relaciones de los viajeros; pero por desgracia todos se diéron á huir desde que nos divisáron.

Muy á lo léjos vimos una pantera, notable por su hermosa piel atigrada. La pantera es de la estatura y de la forma de un perro de presa, solo que las piernas son mas cortas. La pantera tiene el ayre feroz, la vista inquieta, la mirada cruel, los movimientos impetuosos, y el grito semejante al de un alano enfurecido; y su voz es mas fuerte y ronca que la del perro irritado. Muchas veces los Moros procuran domesticarla, y servirse

de ella para la caza ; pero se necesita mucho cuidado para enseñarla, y mucha mas precaucion para llevarla y exercitarla. Para ello ponen sobre una carreta la jaula en que va metida ; y quando pasa alguna caza le abren la puerta : salta entónces, y alcanza al animal en tres ó quatro saltos, y lo ahoga ; pero si no lo logra, se pone furiosa, y suele revolverse contra su amo, quien precave este riesgo llevando á prevencion algunos pedazos de carne ó animales vivos, como corderos ó cabritos, y le echa uno para apaciguar su furor.

En la parte meridional del Africa, es donde particularmente acostumbran domesticar la pantera y el leopardo para la caza. En aquellos climas ardientes, hay poquísimos

perros, ó por decirlo así, solo hay los que allá se llevan: ademas de que ni la pantera ni el leopardo pueden sufrir los perros; y parece que los buscan, y les acometen con preferencia á los demas animales. Las panteras y los leopardos suelen subirse á los árboles, para esperar allí á que pasen los animales, y saltar sobre ellos.

Tambien vimos á lo léjos el *dubbah*, que se cree ser la hiena. El dubbah es del tamaño de un lobo: es de natural feroz, y aunque se le coja recién nacido, nunca se domestica. Es carnicero como el lobo; pero mas fuerte y mas osado: algunas veces acomete á los hombres, y al ganado vacuno: va en seguimiento de las manadas de carneros, y á veces por

la noche fuerza las puertas de los establos y corrales de ganado. Sus ojos brillan en la obscuridad ; y algunos creen que ve mejor de noche que de dia. Su grito , que oimos por entre los bosques , se parece á los sollozos de un hombre que vomita con esfuerzo , ó mas bien al bramido de un becerro.

La hiena se defiende del leon, y no teme á la pantera. Quando le falta que comer , escarba la tierra con los pies , y saca á pedazos los cadáveres de los animales y de los hombres , que en el pais donde habita , se entierran en el campo.

Tambien divisamos un caracal, animal comun en Berbería , y en todos los paises en que habitan el leon y la pantera. Como estos es carnicero ; pero siendo mas peque-

ño y mas débil, halla mas dificultad en adquirir su subsistencia: y solo tiene, por decirlo así, la que le dexan los demas, teniendo muchas veces que contentarse con las sobras de aquellos. Huye siempre de la pantera, porque siempre está dispuesta á exercer su crueldad, aun quando está harta enteramente; pero sigue al leon, que en estando repleto no hace mal á nadie; y así se aprovecha de los sobrantes de su mesa. A veces le acompaña con bastante inmediacion; porque en subiéndose á los árboles, no tiene que temer la cólera del leon, quien no puede perseguirle allí, como lo hace la pantera. Por todas estas razones han dicho algunos que el caracal era la guia ó proveedor del leon; y que no te-

niendo este el olfato fino, se servia de aquel para ventear desde léjos á los otros animales, y despues partia con él los despojos.

El caracal es del tamaño de una zorra; pero mucho mas feroz y mas fuerte: se le ha visto acometer, y despedazar en pocos instantes un perro de bastante corpulencia, el qual peleaba con todas sus fuerzas en defensa de su vida. No se domestica sin mucha dificultad; pero si le cogen pequeño, y le crian con cuidado, se le puede enseñar á la caza, á la que es naturalmente inclinado; y prueba muy bien en ella, con tal que se tenga la precaucion de no soltarle nunca sino contra animales que le sean inferiores, y no puedan resistirle; porque de otra suerte se acobarda,

y se niega á servir quando hay peligro. En la India, segun dicen, se sirven de él para cazar liebres y conejos, y aun aves grandes, á las quales sorprende y coge con singular destreza.

Veniamos de vuelta de nuestra expedicion, y para diferenciar nuestro camino, habiamos tomado por un valle hácia el poniente, quando oimos unos gritos, que nos hicieron detenernos. Pusimos el oido, y nos aseguramos de que las voces venian de una colina inmediata, y que eran de algun hombre que pedia socorro. Fuimos acercándonos al lugar solitario, de donde salian las voces y gritos de dolor y de espanto, y á poco conocimos que la voz era la del Doctor Codonel; quien en efecto estaba

subido en un árbol, y á grandes voces, gritaba: *¡ Socorro! ¡ socorro! ¡ que me matan! ¿ No hay quien me socorra?*  Desde luego sospeché que alguna fiera le amenazaba; y no me engañé; pues á poco vimos al pie del árbol mismo en que estaba, un animal enorme, un búfalo, que estaba mirándole con malísima intencion, y ya le devoraba con los ojos.

El búfalo ó toro salvage, es tambien uno de los animales de Africa, y en Berbería es bastante comun. Sus ojos hundidos, y situados cerca de las astas, que se inclinan sobre las orejas que le cuelgan, y la costumbre de tener la cabeza de medio lado, le dan un aspecto feroz y traydor, á cuya apariencia parece que corresponde el

carácter de este animal. Se le puede llamar traydor, porque acostumbra ocultarse entre los árboles, donde se mantiene escondido, hasta que pasa cerca de él algun animal ó un hombre, en cuyo caso sale de improviso, y suele acometerles. Merece igualmente el nombre de feroz y de cruel; porque no contento con echar por tierra, y matar al hombre ó al animal, se sube sobre su cuerpo, le huella con sus pies, lo magulla con las rodillas, lo despedaza con las astas y con los dientes, y le levanta el pellejo á fuerza de lamerle. No comete de una vez todos estos actos de crueldad, sino que se separa de quando en quando, hasta alguna distancia, y luego vuelve y empieza de nuevo. Regularmente hu-

ye quando se le persigue en la caza; pero á veces se revuelve contra el cazador, quien entónces no tiene mas recurso que el que le presta la ligereza de su caballo.

Nuestro encuentro inesperado fue para el Doctor Codonel, una de aquellas prosperidades que la Providencia nos tiene guardadas en nuestros mayores apuros. Disparamos al búfalo, y cayó al primer tiro. El Doctor Codonel estaba tan turbado, que no daba todavía crédito á sus ojos; y á voces nos decia: *¿Está muerto de veras? ¿Podré ya baxar? ¿Me dais palabra de que está muerto?* — Al fin, baxó pálido y trémulo: le abrazamos todos, y lo llevamos en triunfo á la tienda del Moro, quien ya estaba cerca de enfadarse. Los came-

llos, confiados á la custodia de Codonel, se habian escapado ; pero á poco viniéron á la tienda, y todos quedáron contentos.

## CAPITULO V.

Rolando y los compañeros de su desgracia llevados á Marruécós. — El Emperador quiere que le saque una muela el Doctor Codonel. — Resultas de esta operacion.

Cerca de un mes habia que viviamos esclavos, y sin esperanza de mudar de suerte. La clase de nuestras ocupaciones no nos afligia tanto como su triste uniformidad: y aunque cada uno gemia interiormente de su desventura, nadie la deploraba mas abiertamente que el Doctor Codonel. „¡Quan digno de lástima soy! nos decia. Jóvenes, vosotros podreis ver vuestras desgracias acabarse; pero yo jamas veré el fin de las mias. Ya me

voy envejeciendo : mis cabellos encanecen ; y el mar ha excitado los dolores del reuma gotoso , que me atormenta de diez años á esta parte. Aun quando el rigor del cautiverio no acabase de arruinar mi salud ya tan poco robusta , la sola mudanza del clima , unida á la agitación del viage , no tardarian en dar fin de ella.

El tiempo que el Doctor escogia para comunicarnos sus reflexiones dolorosas , era por la noche : nosotros le escuchábamos hasta que el sueño , reparador de las injurias de las fortuna , y amigo de los infelices , venia á cerrar nuestros ojos , y á halagarnos con imágenes risueñas : y el Doctor , arrastrado tambien del exemplo , se dormia por último , y gozaba dur-

miendo el bien de que creia carecer para siempre.

Una noche, al tiempo que el Moro estaba sepultado en profundo sueño, asaltaron nuestra tienda unos hombres armados, que nos despertaron de improviso. Asombrados al verlos, no supimos lo que queria decir su llegada. Pero el Moro, sospechando lo que era, se arrojó al instante á los pies del emisario que los mandaba. „No, no, dixo este; no hay que esperar perdón: tú has hecho una presa, te has provisto de esclavos sin manifestarlo á los empleados del Emperador, ni pagar el derecho que le corresponde: está descubierta tu infraccion á las leyes, y es preciso que sirvas de exemplo y escarmiento á los que intenten violarlas en

adelante." A estas palabras el Moro, azorado, quiso justificar su conducta; pero no le escucháron; porque el Emperador habia mandado que así él como sus esclavos fuesen llevados á su presencia. En execucion de este mandato, nos encadenáron á todos y partimos.

Antes de llegar á nuestro destino, tuvimos que atravesar muchos arenales desiertos. El Doctor suspiraba y se lamentaba amargamente; Martin de la Bastida y el Abate Doloni se entregaban á las mas brillantes esperanzas: Ingardin, que tenia en su pais la reputacion de avariento, manifestaba firmeza. „Lo que hay de peor en esta aventura, decia, es que no podremos recobrar nuestra libertad sino á costa de sacrificios enormes. Lo que

aquí se quiere es nuestro dinero: de manera que si pudiésemos disponer de alguna cantidad considerable, al instante nos veríamos libres; pero en todo caso mas vale sufrir el yugo de la adversidad.”

Despues de muchos dias de camino llegamos á Marruécos, donde el Emperador se hallaba entonces, aunque su residencia ordinaria sea en Mequinez. Yo estaba contento y satisfecho, porque me parecia que nada teníamos que temer; y solo nuestro amo podia incurrir en la pena de su infraccion á las leyes, debiendo ser favorables para nosotros las resultas de la audiencia que habia de darnos el Emperador.

Apenas echamos pie á tierra en una especie de meson, que habia

á la entrada de la ciudad , quando me reconoció un negociante de Marsella , con quien habia trabado amistad en los pocos dias que pasé allí ; quien hallándose entónces en Marruécos á negocios de comercio , se maravilló mucho de verme . A fuerza de pasos y de regalos , obtuvo de nuestros conductores el permiso de hablarme á solas . Yo le conté mi deplorable aventura ; y no solo se manifestó sensible á ella , sino que mi situacion le pareció mas crítica y peligrosa que á mí mismo .

Va Vd. , me dixo , á comparecer delante del Emperador , y su suerte depende de su capricho . Como sus juicios son extremadamente arbitrarios , y son executados en el momento , no puedo ocultar á Vd.

que va á verse en el riesgo mas inminente. La dominacion de Mohamed-Ben-Abdalla es tanto mas absoluta, quanto sus pueblos le creen descendiente del gran Profeta Mahoma. Se cuentan de sus predecesores, hechos de una barbarie insufrible; y el Emperador actual tiene en sus manos el mismo poder que ellos. Yo miro como cierta la condenacion del Moro que hizo esclavos á Vds. sin saberlo el gobierno; y tiemblo que en un momento y movimiento de cólera, no sean tambien todos precipitados en la misma sentencia.”

A estas palabras, y todavía mas al ayre espantado de mi compatriota, vi bien que habiamos hecho mal en creernos tan seguros. Pedí que me dixera algunas otras

circunstancias; y él me contó varias crueldades de los Emperadores de Marruécos, que me hicieron estremecer. Algunas de ellas referiré aquí, para manifestar hasta qué punto llega á depravarse el corazón humano quando se abandona á sus pasiones; y de qué modo juegan con la vida de los hombres estos Príncipes sanguinarios.

Un Emperador de Marruécos, llamado Archi, iba de expedicion contra unos pueblos que se le habian rebelado. Habiendo llegado á una ciudad mandó á los vecinos de ella que tuviesen prontos los alojamientos para los soldados de su guardia. A su vuelta halló la obra poco adelantada; y reputando este descuido como una desobediencia criminal, quiso castigarla. Lleno

de rabia, manda venir doscientos particulares los mas ricos del pueblo, ordena atarlos á otros tantos naranjos que adornaban el patio de su palacio, y se exercita en hacer una cruel carnicería de aquellos miserables, cortando la cabeza á unos, á otros los brazos y las piernas. Fue necesario para atajar la matanza, que un Señor Arabe, con cuya hija estaba casado, viniese á calmar su mortífero frenesí; y todos los que quedáron con la vida fuéron condenados á pagar una multa exôrbitante.

No fue ménos inhumano Muley Ismael, que le sucedió; porque la ferocidad es una especie de herencia, que pasa de unos á otros. Estando un dia sentado, viendo trabajar á sus obreros, un negro

esclavo suyo vino á echarse á sus pies, quejándose de que no habia comido en dos dias. „Bien está, le dixo el Emperador; yo sé un secreto que te pondrá en estado de pasar sin pan el resto de tu vida.” Y al instante hizo coger al miserable, y le mandó arrancar los dientes en su presencia, mostrando mucho gusto en esta escena cruel.

Este mismo Ismael dió un dia una puñalada á una de sus mugeres, que inadvertidamente habia pisado un poco de harina; pero arrepintiéndose al instante de haber tratado tan cruelmente á una muger, á quien amaba con ternura, hizo llamar un cirujano moro, y le mandó que la curase, sopena de ser ahorcado al instante. Como la herida era mortal, el cirujano se

esforzó vanamente á curarla , y en seguida sufrió la pena con que se le habia amenazado.

Gustaba tanto este Príncipe de edificios , que hacia trabajar en sus obras á todos los vecinos de Mequinez , á los cautivos , los soldados , los señores , y hasta los Príncipes de sangre real.

Dábales él mismo el exemplo , llevando la argamasa y el ladrillo , y picando á los trabajadores con una lanza. Pasábanse pocos dias sin que matase á algunos , y su mayor gusto era pasar el tiempo entre ellos. Quando estaba ocupado en alguna obra , y deseaba que se acabase pronto , se mandaba traer una fuente de alcuzcuz , especie de gachas hechas con arroz y harina de trigo , y sentándose en el suelo,

comia de aquello en la manera más asquerosa. Contábase por favorecido entre los de su séquito, aquel á quien enviaba alguna porcion de alcuzcuz. Siempre que pasaba de un parage á otro, iba seguido de muchos negros: uno llevaba su pipa, otro el tabaco, otro un jarron de cobre llepo de agua caliente para lavarse las manos; y otros iban provistos de palos cortos, que tiraba á las cabezas de los trabajadores, quando no podia alcanzarlos con la lanza.

Su sucesor fue todavía mas cruel: se le debe la invencion de un nuevo género de suplicio, á que condenó á un alcaýde poco tiempo despues de subir al trono: suplicio de que la historia no ofrece exemplo ninguno, y que sobrepuja á

qualquier ferocidad. Un alcayde es el gobernador de una provincia ó de una ciudad, y corresponde á lo que se llama Baxá en Turquía. Habiendo ese alcayde desobedecido á las órdenes del Emperador, se le mandó presentarse en la corte, que estaba reunida en la plaza mayor de Mequinez. Tráxose allí mismo un buey, y cortándole el pescuezo, se le abrió el vientre de alto á baxo. Cogiéron al delinquente entre seis hombres, le desnudáron enteramente, y le encerráron vivo en el vientre del buey, de modo que la cabeza saliese por el vacío que dexaba la amputacion del cuello del animal. Ciñóse el cuerpo de este con seis aros de hierro, preparados al intento, de suerte, que hecho una prision es-

trecha fuese imposible libertarse de ella. Dexóse así á aquel miserable, entregado á la desesperacion, y roído por los gusanos, que al cabo de algunos dias saliéron de las carnes corrompidas del buey; y para prolongar su vida y sus tormentos, de quando en quando le metian en la boca porciones de alcuzcuz. Al fin murió medio podrido y devorado por los insectos, dexando á los que le miraban un espectáculo tan horrible como digno de compasion.

Fácil es ver por estos exemplos que el capricho del Emperador es la ley suprema en Marruécos. Todo le pertenece, las haciendas y las personas, y no hay clase ninguna que se halle exênta de esta servidumbre. Hay Baxaes y alcaydes

que gobiernan las ciudades y provincias, y otras diferentes graduaciones de superioridad, segun la voluntad del Emperador. La política de este último, ó mas bien la desconfianza continua que tiene de sus vasallos, le obliga á elegir por gobernadores de las plazas alejadas de la corte, hombres poco versados en los negocios, y de capacidad escasa, para no tener que temer ni zelos ni trama alguna contraria á sus intereses. Concédeles el usufructo de algunas tierras, que vuelven á su dominio quando quiere: en una palabra, puede decirse que en este imperio, solo hay una ley que comprehende todas las demas; y es que toda persona debe obedecer sin demora y sin restriccion á las órdenes del Emperador,

por injustas y poco racionales que sean.

El Emperador va todos los dias al sitio donde se hace justicia : allí oye á todos, extranjeros ó naturales, hombres ó mugeres, pobres ó ricos ; todos tienen derecho á parecer delante de él, y de explicar su causa, y él juzga soberanamente. A las ocho ó las nueve es quando viene á la audiencia, cercado de gran número de soldados, y allí los que llegan á quejarse hacen un regalo ; y sin este preliminar no puede hablársele. El regalo es proporcionado al estado y bienes de cada particular, y los recibe todos aunque sean de un par de huevos : por poco miedo que manifieste qualquiera hablando con el Emperador, se le reputa delin-

quiente, y está cierto de perder su causa.

Los gobernadores de las provincias tienen en sus casas, hombres destinados á executar los mandatos del Príncipe, ó mas bien los suyos. Ellos abusan siempre del nombre de su amo para enriquecerse en poco tiempo: pero rara vez disfrutan de sus rapiñas; porque si los Emperadores llegan á saber, por medio de sus espías, que algun particular ha juntado alguna cosa en una correría ó en operaciones de comercio, le piden parte de ella, y el desdichado se ve forzado á darla para salvar el resto. Si sucede que rehusa ó niega tener la suma pedida, se le acusa ante el Emperador: y al tiempo en que él lo sospecha ménos, en virtud

de las órdenes que llegan, se apoderan de todo lo que tiene, se le pone preso, ó se le envia ante el Emperador, que rara vez le perdona.

Quando el particular tiene la maña necesaria para preveer la tormenta, evita la muerte y la pérdida de sus bienes, retirándose entre los Monseleminos, pueblo inmediato, casi siempre en guerra con el Emperador de Marruécos. Quando tiene la fortuna de llegar á este pais, ya puede contarse por seguro, y nada tiene que temer del resentimiento del Emperador.

Está en uso que quando este condena á alguno á muerte por algun delito, se dexa el cadáver del culpado en el sitio en que le ajusticiáron, hasta que llega el mo-

mento en que el Emperador quiere perdonarle. Entónces los Moros, parientes ó amigos, van al cadáver, le anuncian su perdon, y le dan sepultura. Cercan de paredes el parage donde le entierran, y entónces la memoria del difunto está en grande consideracion. Si el Emperador no perdona, los Judíos llevan de allí el cadáver que queda sin sepultura, y abandonado á los animales carniceros.

Es preciso convenir en que semejantes noticias del carácter de los Emperadores de Marruécos, y los usos de este pais bárbaro, no eran muy propias para alegrarnos. Mi paisano temblaba al considerar nuestra suerte; y su zelo en nuestro favor eran tan grande que nos propuso que intentásemos evadirnos;

ganando á los soldados que nos guardaban.

Ve Vd. el monte Atlante, (me dixo, mostrándome en el horizonte unas montañas cubiertas de nieve) pues allí es donde debe Vd. dirigir sus pasos. Si una vez llega Vd. á aquellas sierras, ya está en salvo. Yo haré que salgan algunos Moros en busca de Vds., y luego que ellos los cojan y tomen esclavos, les libraré de ellos, pagando el rescate."

Llamamos secretamente á mis compañeros para proponerles esta resolucion atrevida; pero todos se espantáron. Los peligros de la evasión les parecióron mucho mas temibles, que los de un juicio que podia ser favorable. Por lo que á mí toca, miraba al principio la

huida como un efecto de prudencia; pero viendo que mis compañeros se negaban á seguirme, hubiera tenido á mengua el separarme de ellos. Abandonéme pues á la Providencia, y dando gracias á mi compatriota por sus buenos consejos, le dexamos para unirnos con nuestros guardias, y hacer nuestra entrada en la ciudad. No es tan rica esta ni tan poblada desde que ha cesado de ser la mansion de los Emperadores; mas sin embargo es todavía una poblacion considerable, defendida por una buena fortaleza, en la qual se ve una soberbia mezquita. El alcázar, donde en otro tiempo habitaban los Emperadores, y donde á la sazón se hallaba el reynante, pasa por el mas bello de toda el Africa. Las

calles son estrechas: las casas no tienen ventanas á la calle, y los techos son terrados.

Ibamos ya acercándonos al castillo, quando una tropa de masgarines, (que son unos guardias armados) precedidos de un Baxá, viniéron á nosotros; y mandando detener la escolta, preguntáron á nuestros conductores, de parte del Emperador, el nombre y profesion de los presos que allí llevaban. Sabiendo yo que, en los paises bárbaros, se tiene en mucha consideracion, á los hombres hábiles en el arte de curar, no omití el decir que entre nosotros venia el Doctor Codonel, cirujano de Francia, que al mismo tiempo era botánico, oculista, dentista, y sabio muy afamado. Martin de la Bastida dixo

ser geógrafo, el Abate Doloni antiquario; y quando todos hubimos declarado nuestro estado, el Baxá ordenó á los masgarines que nos hiciesen entrar en un *metéoro*, esto es, en una especie de cárcel, para aguardar allí las órdenes del Emperador.

El Baxá fue á informarle de nuestra calidad y nombres; y para captar su benevolencia no se olvidó de decirle que entre los cautivos se hallaba un cirujano dentista de los mas hábiles de Francia, pues sabia bien el Baxá que esta noticia daria gusto al Emperador; porque estaba afligido largo tiempo habia de un dolor de muelas tan arraygado, que todos los calmantes habian sido inútiles para disiparle. No podia cesar el mal sin extraer

una muela; pero el Emperador no tenia ánimo para resolverse á sufrir esta operacion dolorosa, y ningun cirujano morisco tenia la temeridad de emprenderla.

En el momento que el Baxá hablaba al Emperador del cirujano dentista frances, el mal se habia encrudecido tanto, y las punzadas del dolor eran tan atroces, que el Emperador dió al instante las órdenes para que viniese al castillo el Doctor Codonel, en la intencion de ponerse en sus manos para su curacion.

Lisonjeado el Baxá de haber tenido la ocasion de ofrecer á su amo un medio de aliviarse, y lleno de vanidad por poder darle á conocer á un dentista frances, volvió sin detenerse á la cárcel, segui-

do de diferentes negros, que llevaban una vestimenta completa para el Doctor. Manifestáronle las órdenes del Emperador, y sin decirle los motivos de la mudanza de su fortuna, le pidieron que se dexase vestir. Despojáronle pues de sus ropas, y le pusieron otras muy ricas á estilo morisco. El sombrero de tres picos y peluca hicieron lugar á un turbante primoroso: perfumáronle con toda clase de esencias; y sin poder decir nada á sus compañeros, dado que él mismo nada sabía de todo aquel ceremonial, se vió llevar de una manera honorífica hácia el castillo imperial, pasando por entre los cortesanos, ya noticiosos de su buena fortuna.

Todos deseaban el buen éxito

de los medios que iba á emplear el cirujano dentista; porque el Emperador estaba intratable é inhumano desde que padecia tan cruelmente. Muchas veces condenaba á muerte á sugetos, que sin su dolor de muelas hubieran seguramente obtenido su perdon: así que el curarle, ó por lo ménos darle algun alivio, debia ser un beneficio señalado para todos los habitantes de Marruécós.

El Baxá introduxo al Doctor en una de las salas del castillo; y habiéndole hecho sentar en un sitial de honor, le dixo que esperase un momento, porque iba á avisar al Emperador de su llegada, el qual no tardaria en venir á visitarle.

Quedóse solo el Doctor sin saber que pensar; ; visita del Empe-

rador! Estas palabras le causaron cierto estremecimiento de respeto y de temor, difícil por entónces de definirse bien. ¿En qué vendrán á parar todas estas ceremonias? decía entre sí: ¿me habrán vestido por ventura de este modo para que muera con mas ostentacion?

No tuvo sin embargo bastante tiempo para hacer largas reflexiones, pues que el Emperador se presentó al instante con un intérprete. Atónito á su vista el cirujano, se levanta y se inclina: convidanle á que se siente, y el Emperador se sienta tambien, sosteniéndose la quijada con la mano, y haciendo horribles gestos. Entónces el intérprete tomó la palabra, y habló en frances al Doctor Codonel en estos términos.

„El augusto Emperador de Marruécós Mohamed Ben Abdalla, descendiente del gran Profeta, habiendo oído hablar de vos como de un hábil cirujano dentista, os concede desde ahora la libertad, y os da el título de cirujano de cámara suyo; y si lograis disipar el dolor de muelas que le atormenta, se obliga con juramento á concederos la gracia que le pidiéseis, sea qual fuere.”

Figúrese ahora qualquiera, si puede, qual seria el pasmo del Doctor á la lectura de semejante diploma: léjos de deslumbrarle este honor, conoció todo el riesgo que consigo traia; y desconfiando prudentemente de sí mismo, y mas todavía del buen ánimo del Emperador, protestó altamente contra

la reputacion brillante que contra su voluntad le habian dado; y aseguró que jamas habia sido dentista ni oculista, sino un mero cirujano de aldea. A qualquiera precio hubiera querido que le volviesen al instante á la cárcel; pero por mas que se empeñaba en defenderse, mas confianza inspiraba, y todo lo que decia de su poco saber, se atribuia á su modestia.

En fin, como siguiese insistiendo en renunciar el honor que le querian hacer, el Emperador, que padecia mucho, y que queria aprovecharse de su habilidad, se levantó haciendo una contorsion, causada por sus dolores, habló algunas palabras al oido del intérprete, y se retiró. El intérprete las declaró al Doctor, y eran en substancia que

el Emperador le mandaba aliviar su mal, sopena de darle garrote al instante. Notificada que le fue esta órden severa, le dexáron solo por algunos minutos para darle lugar á reflexïonar, y tomar su resolucion.

Pero el infeliz Codonel no tenia en que detenerse, y lo conocia demasiadamente: si yo me niego absolutamente (decia entre sí) es claro que soy muerto. Si emprendo una operacion superior á mis fuerzas, y que la hará todavía mas difícil mi timidez natural, es claro que me pongo en el riesgo mas grande de perecer. Arrancar una muela á un particular, ya es de suyo una operacion escabrosa; pero arrancarla á un Emperador, y de Marruécós, es la mas aventurada

de todas. Pero en fin, pues que la muerte se presenta á mí por todas partes, exâminemos esta muela fatal, y suceda lo que sucediere yo no moriré sin haberla arrancado. Tomada que hubo esta resolucion generosa, se encomendó su alma á Dios, y se resignó enteramente á la voluntad del cielo. Viniéron despues á saber su determinacion, y él dixo que estaba pronto á hacer todo lo que le pedian.

Al oir estas nuevas el Emperador tuvo un instante de alegría en medio de sus agudos dolores: volvió á verse con el dentista; y habiéndose colocado qual convenia le rogó que exâminase el sitio del mal. Tenia el Emperador tal figura, que era capaz de intimidar al operario más determinado: su alien-

to apestaba, y su dentadura se hallaba en el estado mas malo. El Doctor, despues de haber exâminado, con toda la atencion que pudo, la quijada inferior, de la qual se quejaba el Emperador mas particularmente, descubrió en ella una muela ya dañada, y por desgracia era de las mayores, por lo que su extraccion debia ser infinitamente mas difícil y dolorosa. Pidió pues dos dias de término antes de arrancarla, á fin de asegurar mas el éxito, serenar su espíritu, ensayarse con diferentes animales, y proveerse de algun instrumento adecuado á semejante operacion.

Los dos dias se pasaron bien ligeros; y llegó por fin la hora fatal de la operacion, para la qual se hicieron todos los preparativos ne-

cesarios: el Emperador se presentó sufriendo siempre dolores vivísimos: el Doctor temblaba en su interior; pero procuraba disimular sus temores. Ya tenia arremangados los brazos, y el terrible instrumento estaba en sus manos, quando le pareció que antes de pasar mas adelante debia hablar al Emperador en estos términos. „Augusto Emperador, pues me habeis permitido que arranque esta muela que os causa dolores tan tenaces, lo que os ruego para ello es que mandeis á seis de vuestros esclavos que me obedezcan por quatro minutos en todo lo que les mande, respecto de vuestra persona, y esto baxo pena de muerte.” El Emperador lo ordenó así al instante.

Entónces el Doctor Codonel

mandó á seis forzudos negros que se apoderasen de los miembros del Emperador, y que los sujetasen fuertemente, de modo que no pudiese hacer resistencia ninguna miéntras duraba la operacion.

El Emperador se dexó sujetar por el gran deseo que tenia de recibir alivio; y luego el Doctor, recogiendo todo su valor, busca con el instrumento la muela sospechosa, y seguro de tenerla, apoya con fuerza, y tira hácia sí encomendándose al cielo. — „ Verisímilmente yo pereceré en la demanda, (decia entre sí); pero la muela saldrá afuera por muy arraygada que esté.” — El tiraba en efecto; y á pesar de la tenacidad de la muela, á pesar de los gritos del Emperador que se resistia, tu-

vo valor para arrastrarle vigorosamente por toda la sala, y hubiera seguido tirando de él por mas tiempo, si la muela no hubiera al fin cedido, saliendo con sus enormes raíces del seno de la quixada ensangrentada. — ¡Ya está aquí! gritó entónces alborozado; — pero el Emperador estaba furioso del dolor que tenia, y en su cólera mandó ahorcar al dentista, á los esclavos, al Baxá, á los masgarines, y á todo el palacio. Por fortuna el dolor se sosegó al instante; y paró tan del todo, que el Emperador, regocijado, no solo revocó las órdenes que habia dado en el momento de la operacion, sino que mandó venir al Doctor Codonel, y le manifestó públicamente su agradecimiento. Mandó que le die-

sen una suma considerable de dinero, y en el mismo dia recibió el Doctor dos caballos soberbios, un camello, un manto, y un turbante de tela muy rica, un sable con un puño de oro, y un par de pistolas de montar: en fin, el Emperador le dió alojamiento en su palacio, y le dixo que pidiese la gracia que le fuese mas apreciable.

El generoso Codonel no se detuvo en elegirla: pidió y obtuvo al instante la libertad de sus compañeros: un Baxá fue enviado sin tardanza para anunciarnos que estábamos libres; y no es difícil adivinar la alegría con que fue recibida de todos esta noticia.

## CAPITULO VI.

Influxo que el Doctor Codonel tiene en Marruécos. — El Emperador quiere detener en sus estados á Rolando y sus compañeros. — Proyecto de un viage á la costa de Africa. — Debates que se suscitan con este motivo. — Partida para Argel.

Pasamos algun tiempo en el palacio imperial, y asistimos á las fiestas que se hicieron por la mejoría del Emperador. Las cien bocas de la fama esparciéron por todo el Imperio, y aun por los estados vecinos, el feliz éxito de la operacion intentada por el Doctor Codonel, y hubo por muchos dias tal afluencia de gente en el pala-

cio, que no nos fue posible en todo este tiempo, obtener el permiso que queriamos solicitar de dexar á Marruécos, y embarcarnos para Francia.

El Emperador estaba continuamente sitiado con las visitas de cortesanos, alcaydes, Baxaes, enviados de las potencias vecinas, Cónsules y negociantes extranjeros. Todos los que tenian que solicitar alguna gracia, y lo habian suspendido prudentemente mientras duraba su dolencia, venian en tropel á presentar sus peticiones: jamas el descendiente del gran Profeta se habia mostrado tan generoso y condescendiente.

Nosotros, queriendo aprovechar esta ocasion favorable, y alentados con la proteccion del Doctor, que

lo podia todo en la corte , resolvi-  
mos presentarnos al Emperador , y  
manifestarle nuestro deseo de salir  
de Marruécos. Esta resolucion se  
executó á pesar de los reparos del  
Abate Doloni que no la aprobaba,  
y nos presentamos al Emperador,  
que nos recibió bien , y nos dixo:  
„ Vosotros partireis , pues basta  
que seais los protegidos de mi den-  
tista , á quien nunca negaré lo que  
me pida : y voy á dar las órdenes  
correspondientes para que la mari-  
na de Tánger os equipe un navío,  
el qual quiero que sea vuestro.” —  
A estas palabras nos inclinamos en  
señal de reconocimiento , y fuimos  
á anunciar al Abate Doloni que  
era preciso disponerse para partir.  
¿Cómo es eso? (exclamó éste  
encendido en una santa cólera).

¿Quiéren Vds. pues perder la ocasión única, que puede presentarse en la vida, de reconocer la costa de Africa? Una costa en que existió Cartago, y que las ciencias, las letras y las artes hicieron en otro tiempo tan floreciente? ¿Por qué no suspender por un mes siquiera, ó por dos, si es necesario, nuestra vuelta á Francia? ¿Por qué no aprovecharnos del favor en que nuestro compatriota está con el Emperador, para obtener el permiso de viajar, á costa suya, por toda la costa hasta Túnez? ¿No se avergonzarán Vds. de dexar el Africa sin haber visto las curiosidades que ofrece, y los vestigios de antigüedad que conserva todavía? ¿No moverá á Vds. el placer de cavar en las ruinas de Cartago, y de

buscar el sitio en que estuvo edificada Hippona, donde San Agustín fue Obispo? ¿Utica, cuya memoria ha inmortalizado Caton? Por lo que á mí toca, lo confieso; el zelo por la antigüedad me arrebató; y aunque tuviese que quedarme solo en el Africa, no desperdiciaria la ocasion que se me presenta. Solicitaré, y lograré del Emperador de Marruécós, recomendacion para viajar por Argel y Túnez: volveré despues á mi patria; pero rico con las observaciones que haya recogido, y rico tambien con los regalos que quizá me harán los Baxaes y el Emperador mismo, con ocasion de mi viage.

Miéntras que el Abate Doloni hablaba así, el Consejo del Emperador trataba de nosotros, y sin sos-

pecharlo , favoreció sus mismas miras.

Sabíase ya tiempo hacia , que los países comarcanos del imperio meditaban una coalicion , y se disponian secretamente á entrar en las posesiones marroquíes con diferentes pretextos. Mohamed-Ben-Abdalla debia usar de la política de enviar á todas las naciones del contorno , hombres instruidos é inteligentes que pudiesen , no solo disipar la tempestad de la guerra con su destreza , sino tambien exâminar el estado de las fronteras , levantar planos de las fortificaciones , y estudiar la topografía del país , para el caso de que la guerra se hiciese inevitable.

Los Baxaes , envidiosos del que entre ellos habia hablado primero

al Emperador, acerca del Doctor Codonel, quisiéron tambien darse un ayre de importancia, hablando de los compañeros del dentista, como de hombres que les parecian los mas á propósito para desempeñar la embaxada.

Dixéron pues al Emperador, que siendo Martin de la Bastida el primer geógrafo del mundo, ninguno mejor que él podia formar el mapa general y particular de sus estados, el qual mapa era indispensable, y tan ventajoso como honorífico el proceder al instante á su execucion. Tambien habláron de Ingardin, como de un hombre sin igual en la agricultura y comercio, y por lo mismo podia ser muy útil para formar el estado general de todas las producciones del

imperio: y á mí me señalaron como un sugeto valeroso y capaz, en caso de guerra, de servir ventajosamente al Emperador. En fin, insistieron tanto en la utilidad de que podíamos ser, que S. M. imperial querria no haber autorizado la pretension de nuestra partida: y en consecuencia opuso á los Baxaes y Gerifes que estaban presentes, el reparo de que habiéndonos dado su palabra no podia volverse atrás, ni faltar á ella: que su dentista se interesaba en nuestra suerte, y habia solicitado, por sí mismo, el permiso de embarcarnos, y que detenernos contra nuestro gusto seria ofenderle.

Uno de ellos, que en medio de la incertidumbre del Emperador conoció el deseo que tenia de de-

tenernos, le habló así: „Augusto Emperador, es verdad que habeis prometido á estos Franceses el dexarlos partir libremente, y aun darles un navío imperial para efectuar su viage á Francia: esta palabra es sagrada, y nosotros no pretendemos que en manera alguna falteis á ella; pero deseamos que en utilidad vuestra y del imperio, suspendais solamente sus efectos. Los compañeros de vuestro dentista partirán segun está resuelto; pero vos les rogareis que no se vayan hasta de aquí á uno ó dos meses, y esto nada tiene de ofensivo, ni que pueda comprometeros.”—Este dictámen llevó tras sí los votos de todos; y el Emperador, satisfecho, se levantaba ya para salir, así como los Baxaes y

Gerifes, quando traxéron un memorial dirigido al Emperador, y firmado por el Abate Doloni.

Leyóse, y decia así: „ Augusto Emperador de la antigua Mauritania, sucesor de Neptuno, de Atlante y Anteo, de los Vándalos y de los Aglabitas, venerable descendiente de los Gerifes: el deseo de reconocer las costas sujetas á vuestro dominio, y aun los países limítrofes, me obliga á pedir os una gracia. Si os dignais de echar la vista sobre este memorial, le vereis apostillado por vuestro dentista, mi muy honrado compatriota; y su recomendacion me es tan preciosa que no debo dexar de aprovecharla. Yo he formado el proyecto de hacer un viage por Africa, y me contemplaria el mas fe-

liz de los hombres, si os dignáseis de recomendarme á las Regencias de Argel y Túnez, y proveerme de los firmanes necesarios para que nadie me ponga impedimento en mi camino. Estoy componiendo una historia de los lugares y pueblos primitivos de la Berbería, que sin duda podrá daros algun gusto. En ella pruebo que estos pueblos deben su origen á colonias de Cananeos, de Fenicios, de Egipcios, que se establecieron sucesivamente en esta parte del Africa. Pruebo tambien que el Neptuno, de quien la Mitología hizo el dios del mar, era uno de vuestros predecesores, soberano de las dos Mauritánias, y de una porcion considerable de la Libia, el qual tenia muchos conocimientos en el arte

de la navegación, y es á quien debemos la invención del uso de las velas. Establezco como un hecho que el Atlante que ha dado su nombre á estos montes escarpados y cubiertos de nieve, que limitan vuestro horizonte, era tambien uno de vuestros predecesores, muy versado en la astronomía, y probablemente el inventor de la esfera. Demuestro que en el año 428 fue quando los Vándalos, que acababan de conquistar una parte de la España, entraron en Africa acaudillados por su Rey Geserico, hombre de valor, y muy hábil en el arte de la guerra: que derrotaron muchas veces á los Romanos, les tomaron á Cartago, y todas las plazas que poseian en la parte septentrional de esta region. Determino que la

existencia de los Vándalos en Africa fue de un siglo: pasado el qual Belisario los exterminó, y reconquistó sus posesiones; y de este modo la Africa septentrional quedó unida al imperio de Oriente hasta el año de 647, en que sucedió la invasion de los Sarracenos.

No es esta la sazon de extenderme mas en la historia que estoy escribiendo: S. M. Marroquí se instruirá de todo su contenido quando se dé á luz; pero la idea que acabo de dar de ella bastará á manifestar la utilidad de las investigaciones que han de ocuparme; y justifica tal vez la solicitud que hago de emprender un viage por Africa autorizado por S. M."

Ya lo veis, ó Mohamed, (exclamáron los Gerifes y Baxaes) ya

veis como entre los compañeros del Doctor Codonel hay algunos que gustan de viajar por las costas de Africa : aprovechaos de la buena voluntad de los unos , y mandad á los otros que la tengan.

Al instante se dió orden de que se suspendiese nuestra marcha , cuyos preparativos hacíamos á toda prisa.

¡ Quál sería nuestra sorpresa al tiempo que un Baxá vino á intimarnos semejante resolución ! Aquellos á quienes mas perjudicaba corrieron á ver al Doctor Codonel para pedirle que se revocase : el Doctor dió algunos pasos en ello , pero inútiles ; porque el Emperador respondió , con cierta apariencia de bondad , que nuestra vuelta á Francia se verificaria , aunque

por entónces se suspendia ; y que el viage de Africa , al qual estábamos destinados , nos sería muy ventajoso.

Intimidado y seducido á un tiempo con esta respuesta, el Doctor Codonel vino á decirnos que hacíamos mal en quejarnos, puesto que el Emperador, léjos de estar enojado contra nosotros, deseaba colmarnos de bienes. Todos Vds. se quejan sin causa, añadió, quando nadie si no yo, es digno de compasion ; pues mi situacion es tal que soy mas esclavo que quando serviamos al Moro. Los negros que me asisten, mas bien que utilidad, me dan sujecion. Desde que saqué la muela al Emperador, todos á porfia quieren enseñarme sus dientes : y ya he tenido que exâ-

minar las mandíbulas de mas de cien Gerifes y Baxaes. Las damas de la corte me llaman á todas horas, y no tengo un instante de sosiego. Por cierto que lo daria todo por no tener los honores que recibo; los quales, segun preveo, me van á encadenar en este bárbaro pais, donde moriré de pesadumbre; y lo que me hace temblar continuamente es el temor fundado en que estoy, de que todas las muelas del Emperador se pudran sucesivamente, como me lo hace sospechar el aliento pestífero que exhala; y si una vez he salido bien del lance, puedo ser ménos dichoso en otra ocasion, y entónces soy perdido.

Fuénos pues forzoso resolvernos á obedecer al Emperador; y

en el mismo dia nos encaminamos á una de las salas del palacio para volver á leer la resolucion del Consejo, arreglar el órden de nuestro viage, y conferenciar sobre el camino que debiamos seguir. Ya habia una hora que estábamos allí; y el Abate Doloni, á pesar del zelo que le animaba, aun no habia llegado. Su ausencia nos admiraba, quando de repente las puertas de la sala se abren; y dos hombres, uno de ellos el Abate, entran altercando á voces. Lo que yo le digo á Vd., exclamaba el uno, es que si ha de hacerse un viage por Africa es preciso hacerlo en grande, y no contentarse con recorrer la costa. — Pues yo le digo á Vd., gritaba el otro con mas fuerza, que el interior del Africa es un desier-

to, y que no tengo voluntad de que las hienas y leopardos me coman.

—¿Y en nada tiene Vd., (decía el primero) el ir á reconocer el Niger, ese rio que atraviesa toda el Africa, y que es tan poco conocido, que los unos le hacen correr hácia el oriente, y los otros hácia el occidente? —¿Y en nada tiene Vd., (decía el segundo) ir á hacer excavaciones en las ruinas de Cartago? —¡Cierto, (añadió el uno) que la gloria de hacer un viage, que ya tantos han hecho, será muy grande! —¿Y Vd. (replicó el otro) que nos quiere hacer atravesar el Africa desde el Senegal hasta el mar Roxo, nos librárá del riesgo de las abrasadas arenas, y de la falta de agua? ¿Nos

salvará de los leones, de las serpientes, de los Moros vandoleros, y las naciones antropófagas? — ¡Pura exâgeracion todo! (dixo el primero) medios hay sin duda para librarse de todos esos riesgos, y las ventajas que resultarian de semejante viage serian numerosas. — ¿Quién puede resolverse (dixo el segundo) á pasar por un pais donde no se encuentren ruinas de alguna ciudad antigua? — ¿Quién ha dicho (interrumpió el primero) que no se encontrarán? ¿Y qué? ¿es nada hallar á cada paso especies nuevas de animales y vegetales? ¿Ignora Vd. que en lo mas escondido del Africa, en medio de la zona tórrida, es donde se crian los animales mas corpulentos? ¿No nos haríamos in-

mortales todos si enriqueciésemos la historia natural con algunas especies colosales, como el hipopótamo y la girafa? — ¡Y no iremos (replicó el segundo) mas seguramente á la inmortalidad, ilustrando algunos puntos oscuros de la historia antigua? Yo no lo disimulo: de buena gana daría todos los animales nuevos del Africa por una medalla de Cartago. — ¡Qué blasfemia! (dixo el primero) insultar así las producciones de la naturaleza! — ¡Qué escándalo (dixo el segundo) envilecer así los monumentos de la historia! — Déxemoslo aquí, y el Emperador decidirá! — En hora buena: (dixo el Abate Doloni) que decida; pero miren Vds., añadió volviéndose á sus compañeros, miren Vds. si no

hay en esto con que irritar al hombre mas pacífico. Sabedor de que por instancia mia el Emperador acaba de autorizarnos para viajar en su nombre por sus estados y los convecinos, el Señor Monval me pide que alcance para él la misma gracia. Yo le acompaño á ver al Emperador, y consigue que se le admita en el viage; y apenas está admitido entre nosotros quando quiere desarreglarlo todo: hablad, amados compatriotas míos, ¿no tendreis mas gusto en reconocer la costa de Africa, habitada de tiempo inmemorial, que en emprender un viage por los desiertos?

A esta pregunta del Abate Doloni respondimos, que seguiriamos el camino que el Emperador nos señalase; y que si él conocia su vo-

luntad en esta parte nos la dixese. A esto respondió que el Emperador nos dexaba en libertad de elegir el camino que quisiésemos. Esta es una razon mas , exclamó Monval , para inmortalizarnos todos , haciendo el viage mas memorable que se ha hecho nunca , qual es el atravesar el Africa desde la costa occidental hasta el mar roxo. Hay en lo interior del Africa mas de ochocientas leguas desde el Senegal hasta el Nilo ; donde jamas han estado los Europeos , y de donde no se sabe nada. ¡ Qué gloria pues tan grande no será la que nos resulte si tenemos el valor de penetrar por ellas ! Ya los Ingleses han hecho algunas tentativas para lograrlo ; pero lo que ellos no han hecho mas que intentar , nosotros

no podemos emprenderlo. ¿No podríamos en fin ir á reconocer el Níger, que atraviesa el Africa por la parte mas ancha, mas curiosa y mas desconocida? ¿Qué inmenso campo de descubrimientos importantes no ofrece este rio á la curiosidad de los geógrafos y naturalistas? Yo no disimulo que este viage debe de ser penoso; pero eso mismo le hará mas illustre. Por otra parte el valor sobrepuja muchos obstáculos, y lo que hay de cierto es, que el camino que yo propongo no es imposible, como pudiera probarlo por una infinidad de testimonios que lo manifiestan.

A estas palabras el Abate Doloni no pudo contener su despecho, y dirigiéndose á Monval:

¡Insensato! le dixo, ¿ha leído Vd. acaso á Estrabon? ¿Ignora Vd. que este autor dice expresamente que lo interior del Africa es un vasto y árido desierto? ¿Desconocerá Vd. la autoridad del príncipe de los geógrafos? Vaya Vd. quando quiera á presentar su proyecto al Emperador: mi intento es viajar por la costa, y visitar sucesivamente el antiguo domicilio de los Gétulos, Numidas, Farusios y Garamantas. No léjos de la antigua Cartago procuraremos descubrir las ruinas de Cirta, ciudad en que residiéron en otro tiempo Masinisa y sus sucesores. En la misma bahia en que estaba Cartago, trabajaremos en descubrir algunos vestigios de Utica, junto á la qual corria el rio Bagrada: en suma,

adelantaremos mas que ninguno de nuestros predecesores, las investigaciones sobre las antigüedades de este país.

No costó mucho al Abate Doloni traernos á su opinion; no porque respetásemos nosotros las antigüedades, ni con mucho tanto como él, sino porque el viage que nos proponia era ménos peligroso que el que deseaba el naturalista Monval. Así es, que nos conformamos con su deseo, y resolvimos tomar el camino de Argel luego que dexásemos á Marruécos.

Pocos dias despues efectuamos nuestra partida con el acompañamiento mas lucido. Los Gerifes que nos acompañaban tenian orden para hacer que los Gobernadores de las provincias por donde pasá-

bamos, nos aprontasen los fondos que necesitásemos: iban tambien muchos masgarines con nosotros. Martin de la Bastida no habia olvidado sus instrumentos; y Monval, que al fin se habia conformado con el dictámen de los demas, iba provisto de una caja para conservar las plantas raras que encontrase, y de una red de gasa para coger las mariposas mas curiosas de las regiones por donde fuese. El Abate Doloni llevaba un exemplar greco-latino de la geografia de Estrabon, que le habia regalado un misionero de Marruécas.

Partimos pues, y debo hacer al Doctor Codonel la justicia de que nuestra partida le fue sumamente sensible. Todo lo hubiera dado por seguirmos; pero su empleo de

cirujano de cámara del Emperador le quitaba toda esperanza. Las lágrimas le saltáron de los ojos al despedirnos; y esta separacion fue para él una calamidad verdadera.

Entónces fue quando se contempló sumido en medio de una corte bárbara, sin nadie con quien poder distraerse. El fastidio se apoderó de él, y cayó en tal melancolía, que su salud hubiera padecido, á no tomar el animoso arbitrio de ir en derecha al Emperador para que le permitiese mudar de ayres.

Un dia, al salir el Emperador de su consejo, el Doctor Codonel se echó á sus pies, segun el uso del pais, y le hizo esta instancia con el tono mas enérgico: ¡Grande Emperador! El cuidado de mi salud

exíge que yo dexé por algun tiempo la corte, y vaya á respirar el ayre del campo: si no dais las órdenes correspondientes para poder ausentarme algunas veces de vuestro palacio, no tardaré en fallecer.

El Emperador en un movimiento de generosidad, no tardó en libertar á su dentista, y le hizo donacion de una quinta imperial en las cercanías de Marruécos. Quiero, añadió, daros el gusto de que hoy mismo tomeis posesion de ella. Al instante se expidiéron las órdenes para ello; y poniendo al Doctor en un palanquin, adornado soberbiamente, sobre unos ricos cogines, quatro forzudos negros le llevaron en sus hombros, miéntras que otros dos, montados en camellos, marchaban á su lado con pa-

rasoles, para que el ardor del sol no le fatigase la vista. Este cortejo, precedido de su alcayde, atravesó por las calles de Marruécos; y todos los moradores salian á sus terrados para verle pasar. En fin, llegó á la tierra de Shambuck, donde habia bosques, huertos, jardines espaciosos, frutas en abundancia, un arroyo cubierto de naranjos, palmas, vides y una habitacion de campo muy graciosa. Una casa de fieras dependia de esta quinta imperial: allí estaban reunidos muchos animales raros, así del imperio de Marruécos como de toda el Africa: el leon de Sahra, la onza, la pantera, el leopardo, el jakal ó adivé, el caracal, diversas especies de mones y micos, con particularidad el mago-

te, el babuino-papion, y la mona, llamada *monina* en lengua morisca. Se veian pacer y correr libremente por los bosques diversas especies de antílopes: en una palabra, la quinta regalada al Doctor Codonnel reunia toda suerte de conveniencias. Recorrióla toda tres veces sobre su palanquin, y mientras mas bella la encontraba, mas sentimiento tenia de habitarla sin su muger, sus hijos y sus amigos.

## CAPITULO VII.

Accidente sucedido á Monval y al Abate Doloni. — Descripción de algunos animales de Marruécos. — Producciones del pais. — Estratagemas de que Rolando y sus compañeros se sirven para pasar sin riesgo por los montes de Trara.

**H**abíamos entrado en Marruécos encadenados dos á dos como reos que van al suplicio, y salimos de allí colmados de honores, montados sobre caballos árabes, y acompañados de una tropa numerosa de masgarines. Todos nos entregábamos sin temor al gusto de admirar la llanura donde está situada la ciudad, y el aspecto magestuoso del monte Atlante, que termina el ho-

rizonte por la parte del oriente. Las palmas y los olivos cubren esta llanura, y mas de dos mil raudales baxan del Atlante á refrescarla y regarla.

Despues de tres jornadas, llegamos, al ponerse el sol, á una aldea, donde resolvimos pasar dos dias para dexar á Monval y al Abate Doloni tiempo en que hiciesen observaciones sobre la historia natural y antigüedades del pais.

Monval, miéntras cenábamos, nos contó su historia, y nos manifestó los motivos que le habian llevado al Africa. Largo tiempo habia, nos dixo, que estudiaba yo en los libros las producciones de la naturaleza; y al fin me vino el deseo de estudiar á ella misma, y observarla por mis ojos. Al principio recorrí las prin-

principales regiones de la Francia, y tuve la fortuna de encontrar una especie de murcielago desconocida hasta entónces de los naturalistas; pero bien pronto la idea de aumentar mi gloria, multiplicando mis descubrimientos, me hizo proyectar un viage á Africa, pais enteramente nuevo, y donde deben encontrarse las especies de animales mas singulares y raras. Para esto no me faltaba otra cosa que caudales; y para viajar á costa del estado, solicité por tres años la plaza de Cónsul en Marruécós, poniendo siempre la condicion de que se diese otra plaza al que la ocupaba. Por desgracia todos mis pasos fuéron inútiles; y lo único que pude conseguir fué una carta del Ministro, recomendándome á este

Cónsul, y pidiéndole que me proporcionase los medios de recorrer sin riesgo el territorio marroquí. Provisto de esta carta, vendí mi gabinete, me embarqué para Tánger, y de allí me encaminé á Marruécos. Pero el Cónsul, que habia sabido secretamente las diligencias que yo habia practicado en Paris para obtener su empleo, me recibió con frialdad, y léjos de ponerme á cubierto de inquietudes, fue el primero que me las suscitó. Conocia yo muy bien el motivo de su resentimiento, y por lo mismo no me quejaba; pero hubiera abandonado mi proyecto, si vuestra llegada á la corte no hubiera restaurado mi esperanza. Noticioso del crédito que Vds. habian conseguido tener con el Emperador,

quise conocerles, y un misionero lazarista me proporcionó la ocasion de lograrlo: él visitaba algunas veces al Abate Doloni, y tuvo á bien hablarle ventajosamente de mí. Gracias á su favor: soy ya un compañero de vuestro viage; pero insisto en creer que esta empresa seria mucho mas memorable, si nos hubiéramos atrevido á penetrar en lo mas recóndito del Africa.

Así habló Monval: su conclusion desagradó al Abate, que ya se disponia á refutarle; pero el sueño interrumpió la sesion, y los debates se suspendiéron.

Al alba nos levantamos todos, disponiendo cada uno el plan del dia segun su particular inclinacion. Martin de la Bastida nos dixo que iba á trepar á la cima de un mon-

te para enterarse de la topografía del país. Ingardin nos manifestó, que hallándose con el designio de hacer, si era posible, una especulación sobre los frutos del imperio de Marruécos, iba á recorrer á caballo todas las plantaciones de las cercanías, y ajustar anticipadamente la cosecha de aceytunas y la de dátiles; el Abate Doloni, noticioso que al pie de un monte inmediato se veian las ruinas de un monumento antiguo, declaró que su intencion era de encaminarse á reconocerlas; Monval se dirigió al campo, poseido de la idea de hacer nuevos descubrimientos zoológicos. Yo, que ni era especulador, ni naturalista, ni antiquario, me resolví á hacer una partida de caza con Chiuza, con

la intencion de distinguirme acometiendo á algun animal temible; pero solamente encontramos zorras, y nos desdeñamos de tirarlas. A la mitad del dia nos hallamos en un valle muy agradable, donde varias higueras, plantadas á las orillas de un arroyo, nos convidaban con su espesa sombra. Sentámonos sobre la yerba, y empezamos nuestra comida frugal, quando oimos unos gritos que salian de un árbol cercano, y nos causaban alguna inquietud. Al momento eché la mano á mi escopeta; pero el alentado Chiuza me detuvo, y quiso ir solo á arrostrar el peligro. Adelantóse poco á poco teniendo en una mano su escopeta montada, y tendiendo la otra hácia atras, me hizo seña de que no le siguiese:

yo estaba atento, no sin cierta inquietud secreta, quando de repente, oyéndose un nuevo grito, Chiuza, advertido, descubre la parte de donde salia, apunta, dispara, y cae al pie de un árbol un mono feísimo de mediana corpulencia, que recogió y me traxo en triunfo. Aquí tenemos, le dixé yo, con que excitar la admiracion de nuestro compañero Monval: mejor hubiera sido llevársele vivo; pero tal qual es todavía tendrá gusto en exâminarle, y nos dará el parabien del éxîto de nuestra cacería. Diciendo esto, púseme en pie; y Chiuza, cogiendo al mono por su larga cola, le cargó sobre sus hombros. Atravesamos de nuevo la floresta, sin que ningun animal feroz viniese á ofrecerse á

nuestra vista; bien que yo logré matar una cabra montés; y el gusto que esto me causó, me hizo olvidar todas las fatigas del dia. Volvimos luego á la aldea, creyendo encontrar á los compañeros alegres y dispuestos á aumentar su gozo con el nuestro; ¡pero qual fue nuestra sorpresa y nuestra afliccion, al hallar á dos de ellos padeciendo dolores agudos, y un tropel de Moros amontonándose al rededor para socorrerlos!

Al instante pregunté lo que era á uno de aquellos Moros, el qual habia aprendido algo del Francés, sirviendo á un negociante de Mojador. Decidme, le dixé, qué es lo que ha sucedido á mis infelices compañeros. — Eso es sin duda (me respondió) que algun animal vene-

noso los ha mordido. — ¡Cielos! (exclamé yo) ¿y cómo se logrará aliviarlos? — Solos los Marabus (me replicó) saben curar estas mordeduras. El de Alcázar-quibir se halla por fortuna en un aldea vecina, donde ha sido llamado para una cura muy difícil. Un masgarin ha partido á caballo para buscarle y notificarle, de parte del Emperador, la órden de venir aquí; y le estamos aguardando por instantes.

Entre tanto atravesé por aquel gentío, y me acerqué á mis desventurados compañeros, que parecian sentir los dolores mas vivos. Al principio no me conocieron; pero el Abate Doloni, oyéndome hablar, me miró desmayadamente, y enseñándome una mano que es-

taba sumamente hinchada; amigo mio, me dixo, hoy he hecho el descubrimiento mas brillante que pueden hacer los hombres; pero me cuesta muy caro. No léjos de aquí.... en una aldea.... estando haciendo herrar á mi caballo.... ví el capitel de una columna corintia.... de mármol de Paros.... ¡Admirad las vicisitudes humanas!... sirviendo de pedestal á un yunque.... al instante me acerco, exâmino, y reconozco un capitel del tiempo de los Romanos.... El gozo saltaba en mis ojos.... Digo pues al herrador que queria llevármele; pero pagándole.... El por espíritu de contradiccion, ó por mira de interes, me le negó al principio, y me declaró que era dueño de él. Yo insistí, él se enfadó.... yo volví á insistir; y

él enojado prorumpió en gritos, á los quales acudieron los vecinos.... Buscáron al Cadí para que se apoderase de mi persona.... el Cadí llegó, y me preguntó.... al instante le enseñé el firman del Emperador. Al verlo todos calláron, y el Cadí declaró que si queria podia llevarme el capitel, el yunque, y aun el mismo herrador.... Gozoso, y fuera de mí, dí mis órdenes para encaxonarlo; y yo mismo quise presidir á esta operacion. Levanto el capitel con mis manos para hacerlo con mas cuidado que otro; pero ¡ay de mí! que al levantarle hice daño á un escorpion, el que me picó al instante, obligándome á arrojar un grito doloroso, y aun todavía siento unas punzadas terribles; pero lo que

me consuela al ménos, en medio de mis dolores, es que las picaduras del escorpion no son mortales, y que al cabo yo poseo mi capitel corintio.

Monval no sufría sus dolores ni con mucho, con tanta resignacion, aunque en la apariencia eran menores. ¿Por qué, exclamaba, nos hemos detenido en esta aldea miserable, maldecida de la naturaleza? Yo no he descubierto en sus cercanías sino unos animales muy comunes; y he sufrido la vergüenza de ser mordido por una *ardilla*. Es verdad que esta ardilla forma una especie particular.... porque tiene sobre la espalda tres ó quatro rayas longitudinales que no tienen las ardillas ordinarias.... Pero el dolor que su mordedura me ha

causado no me dexó ver el número de estas rayas, y esto me hará ignorar siempre si el animal que me ha mordido es la palmista ó la berberisca. Si tiene quatro es la berberisca, y si no tiene mas que tres es la palmista. Ciertamente me tendria por ménos desgraciado si hubiera cogido mi ardilla como el Abate Doloni logró su capitel.

A estas palabras vimos entrar á Domingo, fiel criado de Monval, que le dixo desde muy léjos: Consuélese Vd, señor, aquí traigo en un saco el animal que le ha mordido; al cabo pude alcanzarle y cogerle.

¡Bendito sea Dios! dixo entonces el naturalista: así podré hacer la descripcion circunstanciada de él... Que le pongan con precau-

cion en una j'aula de alambre, y que me le traigan.

Metiéronle con efecto en una j'aula de alambre, y se le lleváron. Bien lo sospechaba yo (dixo al instante). Este es el *sciurus getulus* de Linneo. ¡El *sciurus getulus*! (dixo el Abate Doloni interrumpiéndole). Ahora debe Vd. confesar que Linneo tenia mas respeto á la antigüedad que Vd.: pues dio á ese animal el nombre de ardilla *gétula*, en consideracion á la antigua Getulia que habita.

Hasta entónces Chiuza, intimidado, se habia mantenido separado de los demas, no creyendo oportuno presentar á Monval el mono que habia muerto: pero animado por lo que habia pasado con Domingo, atravesó por medio de to-

dos, y puso al animal á los pies del naturalista, diciendo: bien hubiera yo querido traerle vivo: disimule Vd. que se lo presente en este estado. — Muy bien has hecho, replicó Monval, en matarle; porque de esa manera no podrá morder; y estos animales muerden todavia con mas fuerza que las ardillas. Nosotros los llamamos monas; y esta especie, originaria de Marruécós, es la que entre todos los monos se acomoda mejor á la temperatura de Francia. Es de carácter dócil; y aunque por naturaleza sea inclinada á morder, no es difícil con todo domesticarla, y hacerla capaz de inclinacion y cariño. Sin embargo, yo no me fiaría de ellas; y ménos de otras dos especies de monos, el magoto y el

*babuino*, ó mono cinocéfalo, que tambien deben de hallarse en estas cercanías. — Al llegar aquí, Monval, vuelto á su criado, le dijo: llévate esa mona, que quando esté mas aliviado de mis dolores exâminaré su piel. — ¿Pues qué no la puedo llevar yo mismo? (dixo Chiuza) diga Vd., ¿qué es lo que quiere hacer de ella? — Anda, amigo, Domingo te lo dirá: es menester desollarla, llenar de paja el pellejo, y coserlo. Dicho esto Chiuza y Domingo desaparecieron con la mona.

Apenas habrian salido quando los Moros anunciáron la venida del Marabú de Alcázar-quibir, que venia á visitar á Monval y al Abate Doloni, segun las órdenes que le habia comunicado el masgarin.

Entró precedido de un Moro que llevaba una bandera, en la qual estaba escrito en Arabe: El *Marabú de Alcázar-quibir*. A su vista se inclinaron los Moros, los quales le tenian mucho respeto por haber hecho la peregrinacion de la Meca; peregrinacion muy larga, y que solamente puede hacerse atravesando toda el Africa, principalmente los desiertos de Barca, compuestos de arenas movedizas, abrasadas por el ardor del sol. Las dificultades del camino grangean tanto respeto á los peregrinos que vuelven de la Meca, y les aseguran tantas ventajas, que hasta los camellos que han ido á este viage una sola vez, no se les sujeta despues á trabajo ninguno, y consiguen franquía en sus pastos.

El Marabú, despues de saludar á los asistentes, les pidió que se retirasen , para quedarse solo con los enfermós y nosotros. Reconoció atentamente las heridas, y declaró que estaban en buen estado. Puso el vendage en la una con aceyte de *alkrab* (que tal es el nombre que se da en berbería al escorpion) y en la otra con las hojas de una cierta planta; y nos aseguró que la hinchazon baxaria al dia siguiente. Quise tratarle mas particularmente, y le convidé á que pasase el resto de la noche con nosotros, lo que aceptó de buena gana. En esto llegaron Ingardin y Martin de la Bastida, á quienes dí cuenta de los sucesos de aquel dia, y presenté al Marabú de Alcázarquibir. La cena estaba dispuesta, y

al punto nos sentamos á la mesa, dando la cabezera al Marabú.

Este nos dixo que sabia diez lenguas, y que si hubiera encontrado entre nosotros Ingleses, Españoles ó Italianos, tampoco tendria dificultad en seguir la conversacion. Nacido, nos decia, en Alcázar-quibir, yo he pasado mi mocedad en Tánger y en Salé, y allí he conocido comerciantes de todas naciones, cuyo language he procurado estudiar y aprender. — Yo conozco (dixo Martin de la Bastida al Marabú) la posicion geográfica de esa ciudad. — Bien lo creo; (contextó él) pero quizá ignorará Vd. la historia de su origen, la qual merece conocerse. La contaré pues con tanto mayor gusto quanto el pobre pescador, que con

su humanidad dió causa á la fundacion de Alcázar-quibir, es uno de mis ascendientes.

Alcázar-quibir es una ciudad corta á tres leguas al Este de Larache, sobre la corriente del Luco. Esta ciudad, edificada en el siglo décimoquinto de vuestra era, debe su origen á un suceso digno de memoria. El Emperador Jacob Almanzor, que extendió su dominio en Africa, y hasta en los estados mahometanos de España, estaba acampado en las llanuras de esta ciudad, con el objeto de divertirse cazando. Una noche, en que perdido el camino, esperaba al pie de un árbol la venida del dia, vió acercarse un pescador que se retiraba á su cabaña. El Rey se acercó á él, diciendo ser un escudero

del Príncipe, que se hallaba perdido, y le suplicó que le guiase hácia el campamento. El pescador se excusó con el mal tiempo, con el peligro de andar de noche por unos sitios llenos de pantanos; y suplicó sin ceremonia al escudero á venir á partir su corta cena, al abrigo de su choza. Consintió en ello el Rey, y fuese en compañía del pescador. Por la mañana se encamináron al campamento; pero habiendo encontrado á los guardias que andaban buscando al Rey, Almanzor se dió á conocer; y preguntó á su huésped qué recompensa era la que deseaba. Príncipe, respondió él, lo que yo quisiera sería tener una casa que ofrecer á algun cazador des-caminado si se presenta la ocasion. — El Emperador hizo edifi-

car allí un hermoso palacio, donde iba á pasar el tiempo de la caza, y nombró por conserge al pescador. Los Grandes de la corte edificáron tambien á porfía otras casas allí cerca, y muy presto se formó una poblacion, que contiene ahora cerca de mil y doscientas familias.

La narracion del Marabú nos habia causado sumo placer; pero no escuchamos con ménos gusto la relacion de nuestro compañero Ingardin sobre el modo cómo habia pasado aquel dia. Reparaba yo que de todos los que estaban á la mesa, ninguno comia con mas ansia que él, y así no pude dexar de preguntarle la causa. Respondióme al principio con algunos monosílabos para no perder bocado; pero luego que estuvimos en los postres, y

se hallaba satisfecho, nos dixo: Pues que Vds. quieren saber por qué he estado esta noche tan hambriento, les diré el motivo, que es muy sencillo, y es que hoy no he comido mas que langostas.

¡Langostas! exclamé yo. — Si señor, (replicó Ingardin) porque en la cabaña donde entré, no me han dado otra cosa, y aun han creído hacerme obsequio en ello. — ¿Y cómo pudo Vd. comerlas? — Bien me repugnaba (prosiguió Ingardin) este alimento; mas por temor de desayrar á mis huéspedes comí algunas.

Sin embargo de asegurarlo Ingardin, tenia yo alguna dificultad en creerlo, quando el Marabú, notando nuestra admiracion, tomó la palabra, y dispó nuestras dudas.

Bien sabeis, nos dixo, que la langosta hace algunas veces grandes destrozos en el imperio de Marruécos, adonde vienen de la parte del sur, se extienden por los campos, y se multiplican excesivamente quando las lluvias de la primavera no son abundantes para destruir los huevos que ponen en la tierra. Los destrozos de la langosta hacen subir el precio de los comestibles, y muchas veces ocasionan hambres; pero los Moros se desquitan en cierto modo, alimentándose de estos mismos insectos; de manera que los llevan al mercado, salados y ahumados como los arenques. Tienen un sabor aceyto-so y rancio, al que no es fácil acostumbrarse; pero los del pais los comen con gusto.

Por lo demas (dixo Ingardin, volviendo á tomar la palabra) si la comida me ha disgustado, tambien estoy muy contento del territorio de Marruécos, que me ha parecido muy fértil, y en su fecundo suelo consisten las riquezas de este imperio. Sus granos, sus frutas, sus ganados, sus linos, sus hilos, sus gomas y ceras son suficientes, no solo para sus necesidades, sino que el sobrante podria ser un ramo inmenso de comercio y de permuta con las demas naciones. El trigo da por lo comun en Marruécos sesenta por uno; y se tiene la cosecha por mediana quando solamente da treinta por uno. Como la ley del Príncipe pone trabas á la exportacion, sucede que cada particular siembra únicamente en

proporcion á lo que necesita; resultando de aquí que quando las cosechas no son suficientes, por causa de la langosta ó de la intemperie de las estaciones, se ven estos pueblos reducidos á tal miseria, que no puede tenerse idea de ella en Europa, porque en esta el gobierno prevee y remedia semejantes necesidades.

Los Moros, quienes son naturalmente perezosos, se dedican poco al cultivo de las frutas. Las naranjas, los limones y frutas de cáscara, cuyos árboles piden poco cuidado, vienen en los campos, y hay de ellos magníficos plantíos. Las viñas dan muy buenas uvas; y los higos son excelentes. Abundan los olivos, y forman calles que recrean mucho la vista, por quanto los ár-

boles son gruesos, redondos y altos á proporcion. Cuidan de regarlos para que conserven mejor el fruto. No hay dátiles buenos sino en la provincia de Sus, y del lado de Taflet.

De esta manera habló Ingardin. Acabada la cena, el Marabú curó otra vez al Abate Doloni y á Mônval, y halló ya bastante disminucion en los síntomas. La mañana siguiente se despidió de nosotros, asegurándonos no ser necesaria su presencia, y sentimos mucho su partida; pues este Marabú no era tan ignorante como suele ser esta casta de hermitaños, ántes bien era instruido, y de índole mansa y apacible. Casi siempre tenia un rosario en la mano, y estaba recitando los atributos de la divinidad, por

exemplo : *Dios es bueno , Dios es omnipotente , Dios es justo , Dios es infinito ;* y aun en ello no se le notaba ninguna afectacion , de suerte que parecia que mas bien rezaba para satisfacer á su corazon , que por obedecer á su regla.

Poco despues partimos para continuar nuestro viage , y despues de muchas jornadas , en que nada digno de referirse ocurrió , y en cuyo tiempo nos dedicamos especialmente al objeto particular de nuestro viage , qual era visitar las plazas fuertes que encontrásemos al paso , llegamos al pie de los elevados montes de *Trara* , que separan el imperio de Marruécos del territorio de Argel.

Aquí era preciso pasar por estos montes para entrar en las tier-

ras que el Abate Doloni nos decia ser de la antigua Numidia; las quales deseaba recorrer por quanto segun las relaciones de los antiquarios, sus predecesores, se encuentran allí á cada paso ruinas muy dignas de atencion; pero la dificultad estaba en pasar aquel paso escabroso sin que nos detuviéran los Bereberes, que ménos civilizados que los Moros, y mas dados á la rapiña, viven independientes en aquellas fraguras, donde tanto por necesidad como por inclinacion, no suelen tener reparo en despojar á los transeuntes. Sin embargo de ser numerosa nuestra escolta, nos dixéron que los ladrones podrian ser muchos mas, por lo qual íbamos expuestos á que nos asaltasen.

El caso era apurado, dado que

no habiendo otro camino, era preciso forzar el paso; pero executar lo sin riesgo, evitar el encuentro de los Bereberes, engañar su codicia, triunfar de ellos si nos embestian en mayor número, eran cuestiones que cada uno procuraba resolver como mejor entendia. Los mas prudentes querian que se convocase á los Moros de aquellas cercanías, y no trepar á los montes sin ir acompañados de quinientos hombres bien armados. Los mas medrosos no se contentaban con esta poderosa escolta, temiendo el éxito de la pelea, y proponian eludirla yendo por la falda de los montes hasta llegar al mar, para fletar allí un navío en qué pudiésemos continuar seguros nuestro viage. Los mas alentados tenian

hecha la resolución de arrostrar el peligro, y esperaban de su valor el acabar con algunos quantos de los bandidos. Los mas avisados no querian comprometer á aquellos de los nuestros, cuyo valor podría serles muy útil en mejor ocasion. Dos horas se habian ya pasado en esta controversia, sin haberse tomado determinacion alguna, quando reparamos que Chiuza y Domingo estaban hablando en un rincon en voz sumisa, impidiéndoles su timidez el alzarla. Quisimos saber lo que pensaban en el asunto, y les diximos que se explicasen.

Al principio titubeáron; pero á corto rato iba Chiuza á hablar, y se detuvo haciendo seña á Domingo de que hablase por él. Hízolo Domingo, diciendo: Habeis de sa-

ber que nosotros hemos ideado el medio de dar á los ladrones mas miedo que ellos nos pudieran dar. Para esto no necesitamos ni armas ni escolta; y si lo permitis, nosotros nos encargaremos de todo, y respondemos del buen éxito.

Estas palabras excitáron muchísimo nuestra curiosidad, y todos á un tiempo, alzando la voz, preguntamos, que ¿quál era este medio? — El medio es (respondió Domingo) cierta estratagema, que surtirá mejor efecto por la noche; y así partiremos mañana al anocheecer.

La idea de pasar de noche los montes de Trara, asustó mucho á los individuos medrosos de la junta, y dispuso sus ánimos en contra del proyecto, aunque todavía ig-

noraban qual fuese. Tambien se oyéron ciertas voces de desaprobacion, las quales de tal manera intimidáron á Domingo, que no se atrevió á continuar hablando, y así solamente dixo algunas palabras al oido á Monval, explicándole brevemente su intento, y se retiró.

Vds. le han intimidado, nos dixo Monval, y han hecho malísimamente; pues el proyecto que me ha comunicado, no puede dexar de tener el éxito mas feliz. Es fácil en su execucion, muy propio para serenar á los mas tímidos, y debe mirarse como un verdadero estratagema de guerra, en sí inocente, y de que podremos valer nos en adelante mas de quatro veces. Chiuza y Domingo se conociéron en Nápoles, en su mocedad,

y ámbos fuéron oficiales del señor *Petardini*, el mas célebre profesor de fuegos de artificio que ha producido la Italia. En aquella famosa escuela, aprendiéron todo lo mas difícil y primoroso del arte de la pirotecnia; y una vez que tengan las materias primeras, harán de ellas el uso adecuado para deslumbrar los ojos, aturdir los oídos, y espantar la imaginacion. Fácilmente se ve la utilidad de que, en esta ocasion, puede sernos este arte casi mágico, y que en lugar de asustarnos los Bereberes, vamos nosotros á llenarlos de pavor, y obligarles á huir á lo mas profundo de sus cavernas. No se trata ya sino de que todos pongamos manos á la obra para adelantarla y concluir la quanto ántes. Con dos dias tenemos bas-

tante para todo ; y pasado mañana en la noche, podremos partir á la luz de las hachas.

El discurso de Monval se recibió con aplausos de todos: llamamos á Domingo y á Chiuza, quienes recibieron las gracias de toda la asamblea. Diéronse al punto las órdenes, y salimos á buscar por las cercanías toda la pólvora que se pudiese encontrar. Destinamos diez Moros á pulverizar carbon: otros diez á hacer tubos de carton que pudiesen contener la materia fulminante. En quanto á Chiuza y Domingo, ámbos animados de un zelo difícil de explicar, trabajaban lo que parece increíble: tan pronto iban á estimular al trabajo á los demas con su presencia; y tan pronto se retiraban para conferenciar,

y traer á la memoria, las lecciones que en otro tiempo habian tomado en los obradores del señor *Petardini*.

Todo estuvo pronto á los dos dias; y al instante que vino la noche á favorecer nuestra partida, nos pusimos en camino.

Un Moro, sentado sobre la joroba de un dromedario, y llevando en la mano una tea encendida, abria la marcha y nos servia de guia. Seguía inmediatamente Chiuza, montado sobre un caballo acostumbrado al fuego, y armado de pies á cabeza al modo de los antiguos caballeros andantes. Llevaba en la cabeza una empinada coraza de carton, y en la derecha traia, como Don Quixote, un largo lanzon, que habia de servir-

le de vara mágica. Seguía un carro cubierto, en donde se contenia todo lo mas formidable de la pirotecnia, y cuyo mayoral era Domingo. Detras del carro íbamos todos á caballo, con buen cuidado de mantenernos á una respetuosa distancia de él: cada uno llevaba en la mano una hacha; y cerca de nosotros venian á pie dos Moros con una linterna, para encenderlas quando fuese ocasion. Una tropa de masgarines cerraba la marcha.

Poco tardamos en llegar á las gargantas de los montes de Trara: el mas profundo silencio reynaba al rededor de nosotros; y á eso de la media noche, fué quando oimos algunos silbidos que parecian corresponderse, y nos anunciaban no estar léjos los ladrones.

En efecto, á breve rato notó nuestra vanguardia que algunos Bereberes se adelantaban por entre el bosque para reconocerla. Chiuza seguia caminando con serenidad, dando tiempo de acercarse á los que le exâminaban, y manteniéndose en su caballo con tal inmovilidad que parecia una estatua; pero así que los vió dispuestos á acometer, espoleó su cabalgadura, y llegó la punta de la lanza á la tea que llevaba la guia. Al momento se oyó una explosion terrible: mil rayos de fuego salian de la punta de la lanza, de la qual se comunicó á la armadura de Chiuza, que resplandecia como un metéoro en la obscuridad, viéndose salir de ella mil estrellas radiantes que volteaban en el ayre, y al

eclipsarse imitaban el ruido de una descarga de fusilería. En tanto empezó á arder la coraza, y de la punta de ella salian hilos ardiendo, que se dividian y caian léjos como una lluvia de fuego. En esto Domingo pegó fuego al carro, y se retiró hácia nosotros. Al punto voláron los cohetes, y se oyéron en el ayre los truenos repetidos: levántanse hasta el cielo llamas de varios colores, formando figuras espantosas: revientan las bombas fulminantes, y semejante al Vesuvio, vomita el carro torrentes de fuego, andando entre tanto rápidamente, y esparciendo á lo léjos terror y espanto.

Nosotros íbamos detras con nuestras hachas encendidas, las quales despidiéron al ayre mil chispas y

centellas con explosiones violentas. Los Bereberes, aterrizados desde el principio de este espectáculo tan nuevo para ellos, habian huido á toda prisa á lo interior de los bosques, y no quedáron con gana de volver á inquietarnos. Caminamos todo el resto de la noche, sin encontrar ni uno siquiera, y al salir el sol entramos en el territorio de Argel.

## CAPITULO VIII.

Antigüedades del Reyno de Argel. — Llegan los viageros á la capital. — Acusan á uno de ellos de haber profanado la Mezquita. — Partida de Alger. — Continuacion del viage por la costa de Africa. — Ruinas de Utica y de Cartago.

El Abate Doloni estaba fuera de sí al verse en las tierras de la antigua Numidia; y hacia esfuerzos para que participásemos de su entusiasmo. Todas las noches ponía en orden las observaciones hechas durante el dia, y cada dia le suministraba á lo ménos veinte asuntos para otras tantas disertaciones.

Al pasar por *Arzew*, puerto de mar, llamado por los Moros el

puerto de *Beni-Zeian*, nos probó que esta ciudad es, sin disputa, la que describe Plinio con el nombre de *Arsenaria*. El terreno que está detras de la ciudad es una hermosa y rica llanura de muchas millas de largo; pero del lado de la mar hay hondos precipicios que forman una fortificacion natural. En las cercanías se encuentran ruinas de varios monumentos antiguos, todos los quales quisiera llevarse el Abate Doloni, ó al ménos dibuxarlos; pero lo que mas llamó su atencion fué la de un *hipogeo*, ó cámara sepulcral, en que halló seis inscripciones, de las quales quatro estaban íntegras, y las otras dos solo enseñaban los extremos, estando lo demas carcomido del tiempo.

Al paso por *Masagran* y *Mus-*

*ty-Ganim*, ciudades situadas á algunas leguas del rio *Scheliff*, que es el mas caudaloso de aquel reyno, quiso el Abate Doloni detenerse dos dias para determinar con puntualidad, si aquellas dos ciudades, notables por la hermosura de su situacion, eran la antigua *Cartenna* de los Romanos. Anduvo buscando por aquellas cercanías algunas ruinas que corroborasen sus conjeturas; y aunque nada encontró, no por eso quedó ménos convencido de que los Romanos debian de haber habitado en aquel parage. „Es tan fértil, nos decia, y llama tanto la atencion, que no es posible creer que los Romanos dexasen de aprovechar tan ventajosa situacion.”

Luego que pasamos el rio *Sche-*

*kiff*, nos dixo el Abate Doloni que este nombre era corrompido de la palabra *Xinalaph* de la geografia antigua. — Bien podrá ser así (replicó Martin de la Bastida): por mi parte, mi principal ocupacion es la geografia moderna, y mas quiero saber en qué parte nace un rio, y cuál es la direccion que sigue, que conocer el nombre que tenía en tiempo de los Romanos. — Una cosa (dixo el Abate Doloni) no se opone á la otra; y si Vd. no las posee ámbas, jamas pasará de ser un medio geógrafo. — ¡Medio geógrago! (exclamó Martin de la Bastida): yo, que he concebido el proyecto de unir el mar del norte con el del sur, por el lago de Nicaragua, y solo espero la aprobacion de la corte de España para

llevar á efecto esta idea, la mas asombrosa acaso que haya concebido la geografía! — Eso está muy bien (respondió el Abate Doloni); pero ¿por qué Vd. me reprehende de que le haya enseñado lo que tal vez ignoraba, de que el rio *Scheliff* es el *Xinalaph* de los antiguos? — No ha sido esa mi intencion (replicó Martin de la Bastida), sino que en este mundo cada uno tiene su gusto, y el mio es particularmente de la geografía moderna. Yo tambien podré enseñar á Vd., si acaso lo ignora, que el rio *Scheliff* sale del Sahra, y que su nacimiento se llama, á causa del número de los raudales y de su cercanía, *Sebaine-Aine*, ó las *setenta fuentes*, las quales se juntan á corto trecho, y entran inmedia-

tamente en el *Nahr-Wassel*, que es un arroyuelo que pierde allí su nombre, y toma el de *Scheliff*: que este rio corre hácia el oriente hasta su confluente con el arroyo de *Midroé*, ciudad del Sahra que está á diez leguas de las *setenta fuentes*: que desde allí corre de mediodia á norte, y que en fin recibe el rio de *Harbeene*, y luego dirige su curso hácia poniente.

Esta disputa se acabó pacíficamente. El Abate Doloni estaba tan ufano de recorrer aquel pais tan fértil en ruinas, que ademas de no lastimarse de las invectivas de su compañero de viage, le dixo riendo pocos dias despues: Querido compañero, acábense las disputas; vivamos en buena armonía, y para reconciliarnos completamente, va-

mos juntos á visitar las ruinas de *Julia Cesarea*, que segun mis cálculos, no debe de estar léjos de aquí. Esta ciudad, como Vd. no ignora, era magnífica, y su extension casi igualaba á la de Cartago. Un terremoto la arruinó enteramente; y ahora estan discordes los geógrafos en punto á la verdadera situacion de esta antiquísima ciudad. Por lo que á mí hace tengo por cosa cierta que la *Julia Cesarea* de los antiguos no es ni *Alger*, como pretende *Dapper*, ni la otra ciudad llamada *Tniss*, como lo ha creido *Sanson*; sino que es la ciudad que llaman hoy *Sher-Shell*, como lo ha probado plenamente el Doctor *Shaw*.

En efecto, partiéron ámbos á visitar las ruinas, y halláron entre

los escombros de un monumento antiguo, varias medallas, que en un lado tenían una cabeza del Rey Juba, *Rex Juba*, y en el otro la figura de un caballo ó la de una palma. Con este motivo nos dixo el Abate Doloni que la Mauritania, la Numidia y el territorio de Cartago, tomáron en otro tiempo por armas un caballo, por ser este animal fuerte y belicoso, y tal vez por haber sido los Libios los primeros que le domáron. Los Numidas, añadió, han tenido en todos tiempos la fama de los mejores ginetes, y de haberse aplicado, mas que otras naciones, al manejo de los caballos.

En tanto íbamos acercándonos á Argel, ciudad célebre por sus piraterías y residencia del Dey. Es-

tá bañada al norte por el mediterráneo: tiene una legua de bogeo. Sentada sobre la falda de una colina, forma desde allí hasta el mar un espacioso y vistoso anfiteatro. La vista libre y despejada que tienen los terrados de las casas al mar, presenta el mas agradable aspecto: la blancura de estos terrados da á la ciudad, mirada á cierta distancia, la apariencia de un terreno en que las lavanderas han tendido la ropa.

Luego que llegamos, lo pusimos en noticia del Dey, enviándole la lista puntual de nuestros nombres, con una carta del Emperador de Marruécós. Al punto nos envió doce Peis para montar la guardia á nuestra puerta, todo el tiempo que permaneciésemos en Argel, y nos envió á decir que seríamos ad-

mitidos á su audiencia siempre y quando quisiésemos.

El dia siguiente tuvimos que ir á ella, aunque por un motivo bastante desagradable. En vista de las quejas dadas por el *Mustí*, quien acusaba á uno de nosotros de haber querido profanar la Mezquita, habia el Dey dado órden para prender al delinqüente. Un Chaux moro vino á ejecutarla, y á la vista de un Chaux, executor pasivo, y respetado de las órdenes del Dey, nada hay que se oponga. Arrancáron pues el acusado de nuestros brazos; y pasó la noche en la cárcel, debiendo sentenciarle la mañana siguiente.

Importaba adelantarse á esta sentencia, y mas quando el acusado nos interesaba tanto, como que era

el Abate Doloni. Impelido de su zelo por las antigüedades, desde el dia de su llegada á Argel empezó á recorrer la ciudad, para ver todo lo notable que hubiese en ella. No habia quedado muy contento de sus descubrimientos; pero habiéndole dado noticia uno de los misioneros que vienen á Argel á rescatar esclavos, de que en lo alto de la torre de la Mezquita habia varias inscripciones latinas, muy difíciles de descifrar, no pudo parar hasta haberlas reconocido y penetrado su sentido. Confiado en la proteccion del Dey, se fué derecho á la Mezquita: subió á la torre, buscó con suma ansia las inscripciones, y las encontró casi cubiertas de cal, por quanto la torre la habian blanqueado muchísimas veces. En tal

conflicto, por uno de aquellos movimientos involuntarios, aunque con poca reflexi6n, saca su cuchillo, y empieza á rascar la pared para descubrir la inscripci6n. Vi6lo el Muftí, y empezó á gritar profanaci6n. A sus voces, volvió en sí el Abate Doloni, y se puso en salvo. Vino á nosotros asustado, nos noti6 el riesgo en que estaba, quando á poco vimos llegar el Chauxmoro, que vino á prenderle.

Fuimos pues en casa del Dey para disculpar á nuestro compañero, y pedir su libertad. El Dey no sale de su palacio sino ciertos dias de ceremonia: en él se tratan todos los negocios del estado, y se juntan los tribunales de justicia. El Dey, sentado sobre su trono al frente de un espacioso salon, está

diariamente ocupado en oír y sentenciar las quejas de sus súbditos, y sus sentencias se executan sin dilacion.

El trono en que administra justicia está hecho parte de ladrillos y parte de piedras, cubierto con un tapiz y una piel de leon encima. Siéntase allí el Dey, despues del *caban* ú oracion que se hace al alba; y allí permanece hasta la hora de la segunda oracion, que es cerca de medio dia. Luego come solo ó con algunas personas de su confianza; y despues de comer vuelve á su puesto hasta la oracion, que se hace todo el año al anochecer. Todo el tiempo que está administrando justicia, hay quatro secretarios sentados á una mesa para expedir sus órdenes, y cada

uno de ellos tiene un libro para escribir en él las decisiones del Dey. Tambien deben estar presentes los Chaux todo este tiempo.

Los Chaux son de dos clases: unos llamados así, y otros Chaux moros. Los primeros forman un cuerpo de doce Turcos, que se distinguen por su fuerza y estatura. El vestido es verde, con faja encarnada y gorra blanca terminada en punta. Estos estan encargados de la execucion de todas las órdenes que salen de la boca misma del Dey. No pueden llevar ningun género de armas, ni aun un cuchillo ó un palo; mas sin embargo no hay exemplo de que haya hecho resistencia á un Chaux ningun Turco, por mas cierto que estuviese de su cercana muer-

te. El Turco mas osado y mas revoltoso , aun quando sea de los principales , se atemoriza luego que un Chaux se presenta de parte del Dey ; y se dexa llevar como un cordero á presencia del Agá de la milicia , quien por lo regular tiene ya la órden del género de muerte que ha de dar al reo. Nunca se emplea á estos Chaux sino para los Turcos ; y tendrian á gran mengua poner la mano sobre un Judío ó un Moro. Para este oficio sirven los Chaux moros.

Al entrar en aquel salon de audiencia , donde cada dia pronuncia el Dey tantas sentencias rigurosas y arbitrarias , sentimos cierta impresion de terror. Despues de habernos presentado , como los protegidos del Emperador de Marrué-

cos; de haber defendido del mejor modo que pudimos, la causa de nuestro amigo; y haber suplicado al Dey que se mostrase grande y generoso, tuvimos que esperar seis horas enteras su resolucion. Al fin nos declaró que siempre nos concederia su proteccion, por consideracion á su aliado el Emperador de Marruécos: que por respetos de este, condescendia en hacer gracia al que de los nuestros se habia atrevido á profanar la Mezquita, rascando con el cuchillo la pared de la torre; pero que no podia ménos, por su propia seguridad, de mandarle salir de Argel, en el término de veinte y quatro horas.

Mandó traer al instante al Abate Doloni, y se le puso en libertad. Salió con nosotros, y dispusi-

mos nuestro viage por la mañana siguiente, determinando pasar á Túnez, y visitar en sus cercanías las famosas ruinas de Cartago.

Es de creer, dixo Martin de la Bastida, que seremos mejor tratados en Túnez, que lo hemos sido en Argel. El gobierno es mas suave, y sus habitantes mas tratables; pero con todo, bueno será que el Abate Doloni no vuelva á rascar con el cuchillo las paredes de las Mezquitas, para descubrir las inscripciones.

Partimos pues segun lo habiamos determinado; y dirigiéndonos hácia Túnez, pasamos por la ciudad de Constantina, capital de la provincia oriental del reyno de Argel. El Abate Doloni nos dixo, que aquel nombre de Constantina

le venia de una hija del Emperador Constantino, quien la mandó edificar de nuevo con toda magnificencia. Esta ciudad está bien fortificada, y sus magníficas ruinas dan muy alta idea de su antiguo esplendor. En tiempo de Calígula, añadió, era la capital de la Mauritania Cesariense.

Tambien pasamos por Bona, que los Moros llaman *ciudad de las azofaifas*, por razon de que esta fruta se da en abundancia en su territorio. El Abate Doloni nos mostró en aquellas cercanías las ruinas de *Hippona*, ciudad en otro tiempo floreciente, edificada por los Romanos, que fué, segun *Silvio Itálico*, la residencia de los Reyes de Numidia, y cobró todavia mas fama por haber nacido en ella

San Agustín. A una legua corta de esta ciudad, se ven los escombros de algun soberbio edificio, que el Abate Doloni creyó eran los de la catedral.

Grande era nuestro deseo de llegar á Túnez; mas quando ya nos acercábamos, el Abate Doloni, cediendo á su impaciente curiosidad, nos pidió que nos apartásemos algunas leguas del camino para ir á ver las ruinas de una de las mas celebradas ciudades de la antigüedad, qual es Cartago.

Seguímosle, y llegamos primero á un lugar llamado *Boo-shater*, que el Abate Doloni nos dixo ser la antigua Utica. Esta ciudad, añadió, era marítima en otro tiempo: pero el mar ha ido llenando de arena un espacio de tres ó quatro

millas, y ha cegado el puerto.

Cartago ha padecido tambien mucha mudanza en quanto á su situacion cerca del mar. El lugar en que estaba el puerto, cerrado en el dia, se llama todavia el *mersa* ó el puerto. Andando por la playa, se hallan en varios parages los restos de las cloacas públicas, cuya mampostería es tan sólida, que aun se mantienen ilesos. Igualmente bien se conservan las cisternas públicas.

Cerca de ellas estan las principales ruinas del aqueducto, que proveia de agua á la ciudad; todas las que recorrimos con atencion, guiándonos siempre el Abate Doloni.

Despues de habernos este mostrado menudamente las ruinas de Cartago, nos llevó á una colina

inmediata, para que desde allí viésemos el conjunto de ellas. „Tended la vista sobre esa playa, nos dixo: mirad qué espectáculo tan maravilloso se nos presenta! ¡Qué leccion tan importante para todos! Esa ciudad, cuyo nombre glorioso voló de lengua en lengua por todo el universo: esa ciudad, que por tanto tiempo rival de Roma, la puso cerca de su perdicion, no presenta en el dia mas que ruinas informes, que apenas dexan al observador reconocer el lugar que ocupa \*. Aquellos edificios pomposos que encerraba dentro de sus muros, fuéron arrebatados por el sopló del tiempo, y á excepcion de algunos trozos de columnas, y de algunas cisternas á medio cegar,

\* Propriis non agnoscenda. ruinis.

nada queda de Cartago. Así pasan las ciudades: así se desploman los imperios. Del mismo modo que los hombres, su existencia es efímera, y el vicio contribuye á acelerar su destruccion. Florecia Cartago: el luxo, y con él todos los desórdenes imaginables, se introduxéron en su seno, y preparáron su caida. En tanto que sus moradores consumian sus dias en vida blanda, entregándose al desarreglo mas vergonzoso, los Vándalos, acaudillados por su Rey Geserico, entraban en Africa, se apoderaban de las tres Mauritancias, y ponian cerco á esa ciudad tan famosa por su corrupcion como por sus inmensas riquezas. Ya, dice un escritor de aquel tiempo, ya Cartago está acometida: los bárbaros le ponen cerco: ya baten los muros,

y solo se oye en torno de esta infeliz ciudad el ruido de las armas; y entre tanto ¿qué es lo que hacen los Cartagineses? Sentados tranquilamente en el circo, disfrutan el placer necio de ver los Atletas enfurecidos degollarse unos á otros. El ruido de los combatientes y los aplausos del circo, los tristes gemidos de los moribundos y la algazara de los espectadores se mezclan, y en tan extraña confusion apenas se pueden distinguir los gritos de las desgraciadas víctimas que quedan inmoladas en el campo de batalla, de las aclamaciones del pueblo con que resuena el anfiteatro. Quando la capital de un imperio ha llegado á tal punto de depravacion, no puede ménos de deshacerse y aniquilarse.

## CAPITULO IX.

Rolando y sus compañeros visitan al Bey de Túnez. — Descripción de algunos animales de Berbería. — El Cónsul de Francia en Túnez envia á llamar á Rolando, y le da noticias de su padre. — Rolando y sus compañeros caen en desgracia de la corte de Marruécus. — El Emperador, irritado con la fuga del Doctor Codonel, pide á todas las regencias que prendan á sus compatriotas. — Partida de estos para Alexandria.

**L**a vista de las ruinas de Cartago, y el discurso que el Abate Doloni acababa de pronunciar sobre ellas, nos dió materia para serias reflexiones sobre la rapidez del tiempo, y la insubsistencia de las cosas

humanas. Baxamos todos en silencio al valle, y embebecidos en nuestra meditacion, dirigimos nuestros pasos hácia Túnez.

Esta ciudad está situada en una marisma sobre la falda de una colina. Sus muros tienen sesenta pies de alto, y estan defendidos por varios torreones. Sin embargo de no ser puro el ayre, y de que son tan malas las aguas, que para tenerlas potables es menester ir á buscarlas á dos y tres leguas, se hallan dentro de su recinto ciento y cincuenta mil moradores, los ménos bárbaros del Africa.

El Bey, á quien visitamos dos dias despues de nuestra llegada á Túnez, reside en las cercanías de esta ciudad, en un palacio llamado *Bardo*, donde todas las mañanas

administra justicia á quantos se presentan, y en especial á los Moros y Arabes del campo. Las partes condenadas pagan cierto derecho proporcionado á la importancia del proceso, y á la calidad de las personas. Nosotros asistimos á una de estas audiencias, aunque solo á título de curiosos; y no hemos visto nada que pueda compararse con el ademan de serenidad, y aun descaro con que los Arabes de ámbos sexôs se presentan, ni con la elocüencia enérgica que reyna en sus discursos. Véseles en cuclillas, defender su causa con tal eleccion en las expresiones, y tal vehemencia en la accion, que causa admiracion en unos hombres, cuya fisonomía es ordinaria y estúpida. Postura, gesticulacion, movimiento de los

ojos, inflexión de la voz, todo está animado en sus discursos, y representa aquella eloqüencia natural que pone presentes los objetos, y los pinta sin los auxilios del arte.

Por los respetos del Emperador de Marruécos, en cuyo nombre íbamos viajando, creyó el Bey que debía convidarnos á comer, y aceptamos esta honra con reconocimiento. Cubriéron la mesa con mas de cien platos llenos de arroz, de legumbres, de pastas, de viandas cocidas, frutas, dulces y otros manjares; pero como la ley prohíbe á los Tunecinos tener vasos ni otros utensilios de oro ó plata, no hubo ningun luxo en esta parte. Solamente el Bey tenia una cuchara de concha. A un lado de la mesa estaba un cubo de hierro, por el

que todos tuvimos que beber, cada uno á su vez, el agua, que era la única bebida que habia; á excepcion del Bey, quien por distincion de los demas bebia en una taza de porcelana.

Al acabarse la comida, Monval hizo que preguntaran al Bey si estaba bien poblada su casa de fieras, y si se podrian ver sin peligro. Habéndole respondido que no habria inconveniente en ello, nos instó Monval á que le acompañásemos. Vamos, nos dixo, á ver los animales que habitan los desiertos de la costa de Africa. Yo tengo sumo gusto en exâminarlos y describirlos, quando puedo hacerlo con la serenidad que inspira la total seguridad.

En efecto, el Bey dió sus órde-

nes para que nos llevasen á su casa de las fieras, y allí vimos muchos animales particulares, sobre cada uno de los quales nos dió Monval todas las noticias que podíamos desear.

Aquí verán Vds. (nos dixo) en esta jaula, un animal de color leonado, muy parecido al perro y al lobo, y en cuyos ojos brilla la ferocidad. Este es el *canis aureus* de Linneo, al que nosotros llamamos *jakal*. Su pelo rubio ha dado motivo á que algunos le den el nombre de *lobo dorado*. Durante el dia permanece oculto en los montes y selvas; y luego que las sombras le favorecen, sale de su retiro y vaga por todas partes, buscando la presa. Su voz es lúgubre, muy parecida á los gemidos ó sollozos de

una persona que espirase á manos de algun asesino. Rara vez va solo el jakal , sino que reunido á otros animales de su especie, anda en manadas de unos doscientos, segun Linneo, y de treinta ó quarenta, segun Buffon. Quando no encuentran animales vivos que devorar, desentierran los cadáveres de hombres ó de animales. Son comunes en toda la costa boreal de Africa; bien que no es esta parte del mundo la única donde habitan. Hállanse tambien muchos en la Natolia, en la Siria, en Persia, en Armenia, en la Arabia, en el Indostan y en Bengala.

En esto Domingo interrumpió á Monval, gritándole: Señor, venga Vd. á ver esta jaula, en que hay un tigre. — Te engañas, Do-

mingo (replicó Monval, mirando atentamente al animal): ese que ahí ves es una onza; la qual es, como el tigre, una especie particular de *felis*, esto es, de *gato*. Es un gato de grandísima estatura, que del mismo modo que el tigre, la pantera y el leopardo, es feroz hasta el extremo. El color de su piel es mas claro que el del leopardo y de la pantera, y tira á blanco ó gris blanquizco; y es de reparar que las manchas de que está sembrada son irregulares en lugar de ser de forma de anillos, ó para explicarme con mas propiedad, *orbiculares*.

En esta tierra, nos dixo el guarda de la casa, llamamos á este animal el *jaadh*. — Ya lo sé yo (respondió Monval): *once* es el nombre frances, *onza* el español, *uncia*

el latino, *felis uncia* el nombre linneano, y *jaadh* el nombre berberisco.

Vean Vds. ahora este animal, que tiene la melena erizada y pedradas las orejas. Al ver la ferocidad de sus ojos, se diria que va á devorar la presa. Linneo lo comprehende, del mismo modo que el lobo, en el género del perro; y en efecto hay perros que se le parecen mucho en la corpulencia y en otros caractéres. Este animal cruel es la *hiena*, que tiene su dominio en muchas partes de Africa y Asia. Su cara se parece á la de un jabalí. La hiena tiene su guarida en las cavernas de las montañas: exercita su ferocidad sobre todo lo que encuentra, y aun desentierra los cadáveres; de manera que los

cementerios no estan libres de su voracidad.

Aquí verán Vds. el leon, y cómo está poblada su melena, y el movimiento de la cola, con la qual bate sus hijares. Este es el animal mas poderoso y terrible que se conoce. Yo he buscado largo tiempo, la causa de haberse disminuido el número de esta especie, y todavía no he encontrado cosa que me satisfaga. Buffon la atribuye al aumento que ha tenido la especie humana; pero ello es cierto que en otro tiempo, lá costa de Africa estaba mas poblada que ahora baxo la dominacion de los Turcos, y habia mas leones.

Yo le resolveré á Vd. esa dificultad (dixo entónces el Abate Doloni á Monval), y esto servirá

para que Vd. confiese , siquiera una vez , que el estudio de la antigüedad sirve de algo. Si se atiende al número de leones , que en otro tiempo consumia el circo de los Romanos , se encontrará en ello la verdadera causa de la disminucion sensible de su especie. Quando César fué creado Dictador , segun Plinio , dió al pueblo el espectáculo de un combate de quatrocientos leones. Así pues era menester que estos animales se multiplicasen extraordinariamente para bastar á esto.

Bien podrá ser así (respondió Monval) ; pero sea como fuere , pasemos á ver estotro animal. Vean Vds. este de aspecto feroz , ojos inquietos , miradas crueles : esa es la *pantera*. Habita las selvas espesas,

y es de índole fiera , salvage y poco flexíble. La industria del hombre puede domarla, pero no amansarla , pues nunca pierde su carácter feroz y sanguinario. Sin embargo, en el Oriente se sirven de ella para la caza ; pero se necesita gran cuidado para adiestrarla, y muchas precaucion para llevarla y echarla á los animales. La llevan en una jaula de hierro puesta sobre un carro, y le abren la puerta luego que se presenta la caza: se tira impetuosa al animal, le alcanza de ordinario en tres ó quatro saltos, le echa en tierra y le degüella ; pero si yerra el golpe , se pone furiosa , y á veces se tira á su amo, el qual precave el peligro llevando consigo pedazos de carne ó animales vivos, como corderos ó

cabritos, de los quales le echa alguno para aplacar su furor.

Vean Vds. ahora el *leopardo*, el qual tiene las mismas propiedades é índole, y aun la misma ferocidad que la *pantera*. En general la onza, la pantera y el leopardo se tiran rara vez al hombre aun quando los provoquen: trepan con mucha destreza y agilidad sobre los árboles, adonde suben tras los gatos monteses y otros animales, que no pueden escapárseles. Algunas veces permanecen en centinela sobre un árbol, atisbando los animales que pasan; y así que viene alguno, se echan sobre él, lo despedazan cruelmente tanto con las uñas como con los dientes, y lo devoran. Ninguno de Vds. ignora que las pieles de onza, de leopardo y

de pantera son muy estimadas, y se hacen de ellas muy bellos forros.

El animal que ven Vds. en esta jaula es un jabalí de Etiopia. Las proporciones de su cabeza son mucho mayores que las del jabalí comun. Su nariz es móvil, y cortada obliquamente; y su aspecto es feo y horrible.

Quando estábamos oyendo á Monval, entró un Agá enviado por el Bey, y preguntó quién de nosotros se llamaba Rolando. Maravillado de esto, dixe que yo era; y entónces me hizo seña de ir con él, lo que executé hasta llegar á una de las salas del palacio. Mis compañeros, sorprendidos é inquietos, siguiéron mis pasos, y anduviéron informandose del motivo de este mensage. No habiéndoles

permitido entrar en la sala donde yo estaba, lo único que pudieron saber fué, que el Cónsul de Francia en Túnez queria hablarme.

Efectivamente, á poco de estar en el salon de audiencia, vi entrar el Cónsul, quien mirándome con cierto cariño, me preguntó si era yo el que se llamaba Rolando. — Díxele que sí, y añadí si tendria algun motivo....; pero sin dexarme acabar, me respondió que sí, y me preguntó si conocia la letra de aquella carta que me enseñaba. — ¡Dios mio! exclamé yo; esta es letra de mi padre. Toméla, la besé, la puse sobre mi corazon, y la mojé con mis lágrimas. — El Cónsul se enterneció, se sentó á mi lado, y tomando la carta me la leyó; pues la turbacion en que me hallaba no

me hubiera dexado hacerlo yo mismo.

Mi padre habia estado esperando largo tiempo las noticias de mí, que yo debia enviarle desde Marsella; y viendo que no llegaban, se resolvió á ir á aquella ciudad, donde anduvo buscándome muchos dias sin hallar quien le diese razon de mi persona, ni de lo que me habia sucedido. Su corresponsal estaba de vuelta de Cádiz, pero nada sabia de mi deplorable historia. El posadero de la Manzana de oro, distraido con tantos viageros como llegaban á su casa, no pudo darle mas que señas vagas y equívocas, y solo se acordaba de que por aquel tiempo que decia, diez ó doce viageros se habian juntado para ir por mar á Bocaria, sin que supiese lo

que les habia sucedido. A esto añadió que en el mismo tiempo se hallaba en la misma posada el Doctor Gerardo de Cotignac, quien no quiso ir á este viage.

Con estas noticias habia escrito mi padre al Doctor Gerardo, quien le respondió dándole todas las noticias que sabia. No dudando entonces mi padre, de que yo habia salido para Bocaria, se fué allá, donde supo que la tartana por que preguntaba, habia sido apresada por un corsario africano.

Al oír esta triste noticia resolvió mi padre escribir á todos los Cónsules de Francia, residentes en la costa de Africa, pidiéndoles noticias de mí, y que se interesasen en mi suerte. „No sé (escribia al Cónsul de Francia en Túnez)

adonde habrán llevado á mi desdichado hijo los corsarios que lo han tomado esclavo. Lleno de amargura y de dolor, no tengo fuerzas para resistir á la idea de su desventura, que me persigue durante el dia, y me despierta en medio de la noche. Dentro de mí oigo una voz secreta, que me acusa de todos los males que mi hijo padece. Ruego pues á Vd. que me ayude á buscar este hijo querido que he perdido, y si todavia vive le pido que me ayude á romper las cadenas con que la injusticia del destino ha cargado sus manos, á que lo vuelva á ver, y pueda otra vez abrazarle y estrecharle entre mis brazos. Si el cielo concede á mi vez la dicha de volverle á ver, yo le prometo que satisfecho con mi

humilde fortuna, enseñaré á este hijo querido á contentarse con ella como yo lo he hecho. Espero respuesta, y la aguardo con la impaciencia de un padre sobresaltado y afligido, que desea saber la suerte de su hijo.”

Cada qual podrá juzgar de la sensacion que me causaria la lectura de esta carta. Esta era la primera vez que despues de haberme despedido de mi padre, tenia la fortuna de ver letra suya. Determiné responderle yo mismo, y el Cónsul de Francia consintió en ello, y me avisó de que se hallaba pronto á dar la vela, en el mismo dia, un navío marsellés. Mi primera intencion fué de embarcarme al instante; pero hallándome recorriendo la costa de Africa en nombre del Empe-

rador de Marruécós, y obligado por el honor á no abandonar á mis compañeros, me fué preciso contentarme con dar á mi padre esperanzas de verle en breve. „Quando Vd. me cree entre cadenas (le escribí) me hallo, al contrario, colmado de honras. Estoy viajando en nombre del Emperador de Marruécós, y escribo esta desde la corte del Bey de Túnez. Si tuviese Vd. algunas noticias de mi tio de Lima, se servirá dirigírmelas á Marruécós baxo cubierta del Doctor Codonel, cirujano dentista de S. M. Marroquí. Seria posible que desde allí partiese yo al Perú, si Vd. lo tiene por conveniente.”

Mi carta fué aquel mismo dia. Gozoso por haber recibido noticias de mi padre, y haber tenido oca-

sion de dárselas de mí, me fuí á dar cuenta de mi buena suerte á mis compañeros, quienes se alegraron mucho de ello. Volvimos á la ciudad, anduvimos por ella, y el Abate Doloni nos dixo ser la misma que hubo antiguamente con el nombre de *Túnez*.

Yo noté que las casas de los Tunecinos son por la mayor parte muy baxas de techo, pequeñas y tristes. El techo es un terrado, en el que pasan las mugeres mucha parte del dia en el buen tiempo. Rara vez suben á él los Turcos y los Moros; y en quanto á Judíos ó Cristianos nunca se atreven á ello, pues si algun Moro los viese sobre el terrado, pudiera tirarles un balazo sin que nadie le dixese una palabra; y si era alguna muger

quien los veia, les haria un proceso criminal ante el Cadí.

En las casas solo se ven esteras ó alfombras muy comunes tendidas en el suelo, sobre las quales hay algunos coxines que sirven de sillas. No conocen el uso de tapicerías, y la ley les prohíbe el de estatuas y pinturas; por lo que todo el ornamento de los mejores palacios se reduce á algunas pinturas en mosayco, con que adornan los techos y paredes.

La vestimenta de los Turcos y Moros, que nosotros tambien usá-bamos para viajar con mas seguridad, consiste en una ropa muy larga que baxa hasta media pierna, y debaxo una especie de camisa muy corta. Encima ponen una capa blanca ó parda, que tiene una capu-

cha. Cíñense con una faja muy ancha, que da varias vueltas á la cintura, y en ella meten dos cuchillos, uno mayor que otro; bien que solo los Turcos pueden llevar esta arma. Los hombres llevan por lo comun desnudas las piernas, y en los pies llevan chinelas ó babuchas. El turbante de las personas de distincion es un gorro pequeño de lana, rodeado de una tela rayada, cuya punta cuelga por delante hasta la cintura.

Las mugeres llevan vestidos largos de dos colores, con calzones anchos que baxan hasta el tobillo: gastan hasta tres camisas, de las quales la exterior tiene las mangas muy anchas, con puños bordados primorosamente. Su peynado es un bonete, á cuyo rededor se envuel-

ve un pañuelo bordado, que se adorna con perlas y piedras preciosas. Tienen los brazos llenos de manillas de oro y plata, y lo mismo los pies. Los cabellos trenzados caen sobre la espalda, y sus extremos estan atados con cintas de oro ó plata que rematan en borlas de seda.

El Cónsul de Francia, con el motivo de nuestra mansion allí, nos dió un magnífico festin; y no tanto nos lisonjeó la magnificencia de él, quanto la distincion con que nos recibió y honró. Hízonos la oferta de su persona y de quanto valiese, y pronto se presentó la ocasion de darnos pruebas de la sinceridad de sus ofrecimientos.

En tanto, que creyéndonos seguros, aplaudíamos el éxito de nuestro viage, y nos alegrábamos

de los varios placeres que nos proporcionaba, nos hallábamos en sumo riesgo, como voy á contar.

El Doctor Codonel, quien á nuestra salida de Marruécos habia quedado en la quinta imperial de Shambuck, que le habia regalado el Emperador, llegó á fastidiarse tanto de ella, que no podia sufrir el vivir en aquella mansion. Ni las colinas llenas de olivos siempre verdes, ni sus valles cubiertos de la sombra de los sicómoros, ni sus bosques de palmas, habian logrado distraer su vista. La variedad de gazelas dispersas por los bosques, no se los habian hecho mas agradables; y así se volvió á la corte, creyendo que el tumulto del palacio disiparia su melancolía; pero cansado muy pronto de la vida tur-

bulenta de Marruécos, aun mas que lo estaba de su soledad, solicitó y alcanzó de nuevo la licencia para volverse por algun tiempo á su tierra de Shambuck. Allí, dominado su espíritu de la mas profunda tristeza, efecto de la absoluta soledad en que vivia, resolvió, no sin fundado temor, pedir al Emperador, por medio de un Baxá, el permiso de hacer un viage á Francia, con el motivo de serle necesario para recobrar su salud, prometiendo volver á Marruécos dentro de tres meses, y aun ántes si su salud se lo permitia.

Mohamed-Ben-Abdalla, naturalmente pronto á enojarse, se dexó llevar de su mal humor, al oír esta propuesta. ¡Con que quiere dexarme (exclamaba colérico)!

¡Con que desprecia mis beneficios, y desdeña mi cariño! Pues sepa que yo sabré hacer de manera que me tema, ya que no he logrado que me ame: y que si mis larguezas no le aprisionan voluntariamente, yo sabré hacerlo de otro modo.

Estas palabras duras llegaron á oídos del Doctor Codonel, quien obligado por prudencia á disimular su pesar, sintió aumentarse la tristeza en su interior. Cada dia hacia reflexiones mas amargas sobre su destino, y se le aumentaba el deseo de volver á Francia al paso que creia la imposibilidad de satisfacerlo.

Un dia que se paseaba solo en un bosquecillo de palmas, vió llegar de improviso seis masgarines con un Baxá, quienes sin decirle

nada le pusiéron en un palanquin, y echaron á andar con él camino de Marruécos, hasta llegar al palacio del Emperador. Toda la corte estaba en movimiento, y era tal el concurso de gentes, que no se podia andar por las calles. Era este el dia en que el Emperador dexaba la ciudad imperial del sur, para irse á Mequinez, su ciudad imperial del norte. Acompañábanle todos los de su casa, y como el Doctor Codonel, por su empleo de dentista, era uno de ellos, hubo órden de ir á buscarle á Shambuck para que fuese en la comitiva, quien hubiera querido que le dispensasen este honor.

La ciudad de Mequinez está á ochenta leguas de la de Marruécos, y para llegar á ella hay que

pasar por campos abrasados del ardor del sol. Iba el Doctor Codonnel haciendo reflexiones filosóficas, quales nunca le habian ocurrido, sobre las ventajas de la medianía independiente, trayendo á la memoria, con sumo sentimiento, aquellos tiempos en que pasaba la noche con su familia, disponia lo que habia de hacer el dia siguiente, y contaba algun suceso de su mocedad á sus hijos, que le escuchaban con atencion, mientras Marramaquiz, su gato, hecho una rosca roncaba sobre el almohadon de un sofá antiguo y bien usado.

Estas reflexiones fuéron mas graves y freqüentes luego que hubo llegado á Mequinéz; porque el Emperador, de resultas de una fluxion, notó que empezaba á dañár-

sele una de las muelas que le quedaban, y sentia ciertos dolorcillos agudos. Todos los dias iban á llamar al Doctor Codonel, cuyo ánimo estaba ya dominado del terror. Viendo pues que estaba próximo á hallarse en lance muy crítico, tomó la resolucion de salir del peligro, por qualquier medio que fuese, y no emprender otra operacion en que pudiera no quedar tan ayroso como la primera vez. Confió su pensamiento á un Moro, que tenia á su servicio, y le manifestaba particular fidelidad; y á fuerza de dinero y de diligencias vino al cabo de asegurar su fuga. Una noche pues, favorecido de las tinieblas y disfrazado, salió de Mequinez, guiado por una persona fiel, encaminándose á Salé, donde le

esperaba una nave pronta á dar la vela. La aurora abrió las puertas del dia á la hora acostumbrada, y á poco se esparció por todo Mequinéz el rumor de que el cirujano-dentista del Emperador se habia escapado.

¡Quién podrá explicar la ira de Mohamet al oír esta terrible noticia! Al instante se conmovió toda la ciudad: hiciéronse las pesquisas mas rigurosas por todas las casas, é infinitos Baxaes salieron á tomar noticias por las cercanías; pero todas las diligencias fuéron inútiles, sin que se pudiese averiguar nada de la persona del Doctor; cuya circunstancia, junta con la de que el dolor de muelas empezaba á apretar, puso furioso al Emperador. Vínole entónces á la memoria que

nosotros andábamos viajando en su nombre, y pensó que el Doctor Codonel habria venido á buscarnos. Inmediatamente dió sus órdenes, y saliéron correos á todas las regencias para que nos detuviesen y enviasen presos á Marruécos.

El correo portador de las órdenes del Emperador llegó al *Bardo*, esto es, al palacio del Bey de Túnez, quien sabedor ya de que éramos Franceses, y de que nos estimaba mucho el Cónsul de Francia, llamó á este, y le dió cuenta de lo que pasaba. El Cónsul habló en nuestro favor, hizo presente al Bey quan odioso parecia que el Emperador de Marruécos se entrometiese á exercer este género de policia y de autoridad en el territorio tunecino, y quan reparable seria el

cargar de cadenas á los que el dia ántes habia tenido sentados á su mesa. Estas consideraciones hicieron fuerza al Bey, y se convino con el Cónsul en que se harian diligencias aparentes para buscarnos y prendernos, y al mismo tiempo se buscaria el modo de ponernos en salvo. En efecto, el Cónsul nos llamó á todos; y juntos en su jardin, nos manifestó el peligro en que estábamos, y dixo que al instante era menester, ó continuar por tierra nuestro camino á Trípoli, ó huir por mar, para lo qual, á falta de nave que saliese para Francia, podíamos aprovecharnos de un navío que iba á salir para Alexandría.

Por mi parte (dixo el Abate Doloni) no aconsejaré á Vds. que vayan á atravesar los espaciosos de-

siertos que componen el estado de Tripoli. Este pais nos ofreceria, á la verdad, algunos vestigios de la antigüedad. Extiéndese por aquella parte de la Libia, que los antiguos dividian en tres provincias, á saber, la region *Sírtica*, la *Cirenáica* y la *Marmaria*. La capital presenta magnificas ruinas, y un aqüeducto muy bien conservado, las quales dan márgen á creer que fué por lo ménos alguna colonia griega ó romana; pero lo interior del pais no es mas que un desierto, donde solo se ven de trecho en trecho algunas familias moras ó árabes, que sientan su aduar en aquellos pocos parages en que encuentran tierra suficiente que les dé escasa subsistencia. Y así una vez que la ocasion se nos presenta favorable, me-

¡jor es embarcarnos para Alexandria. ¡Qué de memorias se despiertan en la imaginacion al nombrar una ciudad que, fundada por Alejandro, tenia en otro tiempo muchas leguas de circuito, y cerca de un millon de moradores. Si Vds. quieren creerme, no salgamos del Africa sin haber visto el Egipto: recorramos este pais célebre, que fué la cuna de las ciencias y las artes. ¡Quántos monumentos curiosos y ruinas grandiosas no hallaremos! Ya me parece que os veo y os saludo respetuosamente, ¡ó columna de Pompeyo, obelisco de Cleopatra, pirámides colosales y magestuosas!

Tambien yo (dixo Martin de la Bastida) opino por el viage de Alexandria, y doy gracias á Dios

por el contratiempo que experimentamos, pues me proporciona tan buena ocasion de ir en persona á resolver la cuestión, de que tanto se habla en Europa; y es, si será posible cortar el istmo que separa el mar Bermejo ó de Arabia del mar Mediterráneo, á fin de que puedan ir las naves á la India por camino mas corto que el del Cabo de Buena Esperanza. El proyecto, que hace largo tiempo tengo formado de juntar los dos mares del norte y del sur por el lago de Nicaragua, parecerá sin duda mas nuevo; pero la gloria no será menor si consigo probar claramente la posibilidad de cortar el istmo de Suez. ¿Comprehenden Vds. bien toda la grandeza del servicio que yo haria á la navegacion si pudiese executarlo? Por

lo que á mí hace, estoy plenamente convencido de ello desde mi mocedad: y desde entónces vivo en la creencia, de que he nacido para hacer en el globo, alguna mudanza memorable, rompiendo las vallas de varios mares.

Yo tambien (dixo Monval) me conformo á embarcarme para el Egipto; pues allí haré indagaciones sobre la historia natural del crocodilo y del ichneumon; y resolveré la cuestión que tanto ha dado que hacer á los naturalistas, á saber, si el *ichneumon* y la *mangusta* son uno mismo, ó dos animales diferentes.

El tiempo insta, nos dixo el Cónsul, y es menester emplearlo mas bien en obras que en palabras. Pues parece que todos son de pa-

recer de no perder la ocasion de la nave que va á salir para Egipto, yo traeré á Vds. quien los lleve á ella. Aunque las playas de Egipto son algo peligrosas para desembarcar, aconsejo á Vds. que prefieran esta resolucion á la de entrarse por los desiertos arenosos de Barca, poblados de animales feroces, y en los quales perecerán Vds. de sed. No hay pues que perder el tiempo, y avísenme Vds. que el viage ha sido tan feliz como yo les deseo.

Despues de habernos hablado de esta manera, me llamó á parte, me dió una carta de recomendacion para el Cónsul de Francia en Alexandría, que yo le agradecí infinito, y me ofreció todo el dinero de que pudiese necesitar, lo que igualmente aprecié mucho, y no acepté;

porque los ricos presentes, que el Emperador de Marruécos nos habia hecho á cada uno, eran suficientes para mantenernos largo tiempo.

Dió pues sus órdenes el Cónsul: se lleváron á la nave nuestro equipage, y una hora despues fuimos á buscarla por camino oculto; y apenas entramos en ella, quando salimos del puerto de Túnez, tomando el rumbo de Alexandría.

## CAPITULO X.

Llegada á Egipto. — Ruinas de la antigua ciudad de Alexandría. — Obelisco de Cleopatra. — Columna de Pompeyo. — Alexandría moderna.

¡ Al fin la veré con mis propios ojos (exclamaba el Abate Doloni, paseándose por la cubierta del navío, y tendiendo la vista hácia el oriente); veré al fin aquella tierra, cuyos gigantes monumentos atestiguan todavía su antiguo esplendor: aquel pais cuya historia empieza en la mas remota antigüedad; donde tantos gobiernos se han sucedido, y la industria humana acumuló tantas maravillas! Veré en fin el Egipto, el imperio de los

Sesostris, de los Faraones, de los Psaméticos, de los Ptolomeos; aquella tierra adonde Museo, Melampus, Dédalo, Homero, Licurgo, Tales, Solon, Platon, Demócrito, Orfeo, Pitágoras, y tantos otros varones ilustres de la antigüedad fuéron á adquirir mucha parte de sus conocimientos: aquella tierra en que se inventó el arte de los geroglíficos, el que despues dió origen á la escritura alfabética, el mas importante descubrimiento de que puede gloriarse el espíritu humano! Veré pues aquellas pirámides orgullosas, que rodeadas de desiertos arenosos, han resistido hasta el dia á las injurias del tiempo! ¡Baxaré á aquellos pozos de momias, donde los despojos mortales de los Egipcios se han con-

servado contra los esfuerzos de mas de veinte siglos! ; Qué estudio no puede hacerse de los antiguos pueblos que habitáron esta region! Si el éxito corona mis deseos, no saldré de ella sin haber encontrado la llave de aquella escritura geroglífica, de que estan llenos los monumentos antiguos. Las disertaciones que escribiré sobre esta materia aclararán infinito la ciencia obscura de los símbolos, que tengo por cierto es el gérmen de la escritura alfabética, como me lisonjeo de probarlo.

Todo el tiempo que duró nuestro viage, estuvo el Abate Doloni hablándonos del Egipto antiguo; pero lo que Martín de la Bastida nos decia del Egipto moderno, templaba algo en nosotros

lo que el entusiasmo del primero podia tener de demasiado lisonjero.

Nuestra navegacion fué feliz, sin que tuviésemos ningun encuentro desagradable, á excepcion del que al tercer dia nos ocurrió con un corsario tripolitano, el que señaló de léjos nuestro navío, se acercó para observarlo mejor; y al fin, creyéndose muy débil para atreverse al combate, se retiró huyendo hácia la costa, y nosotros no tuvimos por conveniente perseguirle.

Al hallarnos á quatro leguas de Alexandría, empezamos á distinguir las *torres de los Arabes*, que los Egipcios llaman *Abusir*, y son dos eminencias, sobre cada una de las quales se levanta una torre. A

poco divisamos otros dos montecillos que estan detras de la actual ciudad de Alexandría; y en fin vimos con bastante distincion la columna de Pompeyo. Unos objetos tan nuevos nos tenian distraidos sin notar que habia trabajos en la maniobra del navío, y que la corriente nos llevaba contra la costa con suma rapidez; pero, gracias á la inteligencia del piloto, logramos por fin entrar en el puerto nuevo, llamado así para distinguirle del puerto viejo, donde solo entran los baxeles turcos.

A la entrada del puerto nuevo hay un escollo llamado el *diamante*; al que es menester acercarse mucho para no dar en los baxos que hay al otro lado, sobre los quales hay pocos pies de agua, y

son muy peligrosos. El *diamante* (nos dixo el Abate Doloni), igualmente que los baxos que estan inmediatos, podrian muy bien ser parte del antiguo faro de Alexandria, cuyo monumento colocó la antigüedad en el número de las siete maravillas del mundo; de manera que en el dia se pierden las naves sobre las ruinas del mas hermoso monumento, que en los siglos se ha erigido para su seguridad.

Aunque el puerto nuevo de Alexandria está sembrado de rocas y escombros, no por eso dexa de estar siempre lleno de naves. El movimiento continuo, que se veia y alegraba á nuestro compañero Ingardin, indicaba la actividad del comercio. Allí estan unos

cargando las riquezas del Asia y del Africa , en tanto que otros desembarcan los productos de las artes y fábricas de Europa. — Admiren Vds. (nos dixo el Abate Doloni, al tiempo que íbamos entrando) admiren Vds. la situacion de Alexandría. Una posicion geográfica de tan alta importancia, no podia ocultarse á la perspicacia de Alexandro. En medio de sus rápidas conquistas, conoció que aquí podia alzarse el teatro de la contratacion de todos los pueblos, y en un punto ofreció Alexandría á la admiracion y al comercio de las naciones. Con un Alexandro para mandar hacer el plano de una ciudad, con un Dinócrates para ponerlo en execucion, fácil es concebir quan grande y magnífica se-

ria. Los Reyes de Egipto la hermoseáron mas con establecimientos admirables, cuya pérdida sentimos. En el reynado de un Ptolomeo, edificó Sostrato, arquitecto de Gnido, ese faro, de que poco hace he hablado. Otro Rey formó una biblioteca inmensa. Alexandria en fin fué el centro de las ciencias y de las riquezas, y el lugar en que el comercio estaba en mayor vigor. Josefo dice que esta ciudad rendia mas al erario de los Romanos en un mes, que todo lo demas de Egipto en un año. Cultivábanse en ella, con igual perfeccion, las artes útiles y las agradables. El luxo entró en ella, y pronto llegó á su colmo: los placeres inocentes se convirtieron en libertinage; sus delicias pasá-

ron en proverbio: las costumbres se corrompiéron, y Alexandría pereció. ¡Leccion terrible, de que nunca se aprovecharán las naciones!

Al fin entramos en la Alexandria actual, y vimos con dolor, quan débilmente recuerda lo que fué antiguamente aquella ciudad. Las calles estrechas y sin empedrar: las casas baxas con pocas ventanas, tapadas con celosías: los camellos disformes cargados de odres llenos de agua: los asnos ensillados y enfrenados, que llevan un ginete en chinelas al mercado mal provisto de dátiles y de panecillos redondos y chatos: unos moradores flacos y morenos, que andan descalzos de pie y pierna, sin mas vestido que una camisa azul, ceñida con una correa, ó con un pa-

ñuelo azul : tales son los objetos que se presentáron á nuestra vista.

Todo eso no vale nada (exclamaba el Abate Doloni) lo que importa es ir á recorrer las ruinas de la ciudad antigua. — Hízonos pues ir allá ; y por espacio de dos horas anduvimos al lado de dos líneas de muros y torres, que fueran el recinto de la famosa ciudad de Alexandria. El terreno está cubierto de ruinas ; paredes enteras caidas, las bóvedas desplomadas, los canales maltratados, y las piedras desmoronadas y desfiguradas por el salitre. Anduvimos un vasto espacio interior, surcado de excavaciones, lleno de pozos, dividido por paredes medio derribadas, y de trecho en trecho se veian algunas columnas antiguas, sepulcros moder-

nos, palmas y nopales, sin que se encuentren mas vivientes que jacales, gabilanes y buhos. Acostumbrados á este espectáculo aquellos moradores, no les hace impresion ninguna; pero el extranjero, en quien las memorias se exáltan con el efecto de la novedad, experimenta tal emocion que á veces llega á derramar lágrimas; y aquel espectáculo da ocasion á reflexiones, cuya tristeza aflige tanto al corazon, como lo grandioso del todo eleva el alma.

Cansados ya de ver tantas ruinas, deseábamos volver á descansar al alojamiento que habíamos tomado en Alexandría; pero el Abate Doloni, semejante á un general que arenga á sus tropas dispuestas á huir, alzó la voz, y nos

dixo: „En nombre de toda la antigüedad, venid á ver las agujas de Cleopatra, y la columna de Pompeyo. Uso de estos nombres impropios para hablar vulgarmente; pues la historia no nos dice que Cleopatra levantase el obelisco que tiene su nombre; y en quanto á la columna llamada de Pompeyo, no hay duda de que su origen es diferente del que le da el vulgo. Mirad, admirad el primero de estos monumentos. Cerca de él está otro obelisco de la misma figura, tendido sobre la arena: el uno nos enseña lo que puede la mano del hombre contra el tiempo; y el otro, lo que puede el tiempo contra la mano del hombre.

„Exâminad las dimensiones de estos obeliscos, las que ahora no

es ocasion de medir ; pero nuestro predecesor *Monconis* asegura que tienen sesenta y siete pies, diez pulgadas de alto, y ocho pies y una pulgada de ancho por cada lado de la basa. Cortáronlos de un solo pedazo de granito, y estan cargados de geroglíficos.

„Aquí mismo, cerca de estos obeliscos, tenian sus palacios los antiguos Reyes. Toda esta multitud de pedazos de granito que veis al rededor de vosotros, son vestigios de su grandeza y magnificencia.

„Seguidme ahora: venid á contemplar, con admiracion, uno de los monumentos mas asombrosos que nos ha transmitido la antigüedad. ¿Veis esa columna admirable que se levanta con magestad, orgullosa de no haber doblado la cer-

viz á los esfuerzos del tiempo? Toda ella es de granito bellissimo y durísimo, y está formada de solos tres pedazos, de los quales se cortaron el capitel, el fuste ó cuerpo, y el pedestal: esa es la columna de Pompeyo. ¿Quán glorioso nos seria medir su altura, y poner de acuerdo á los viageros acerca de este punto importante: los unos le dan ciento y once pies; otros solamente ciento y nueve, y otros hasta ciento treinta y dos. ¿No seria posible llegar á medirla de un modo exácto? Sobre esto es preciso que os participe el proyecto que he concebido, cuya execucion nos colmaria de gloria. Hay algunos que pretenden que el capitel de esta columna servia de basa á una estatua colosal, cuyos despojos pa-

rece se perdiéron para siempre. Quisiera yo que alguno de nosotros se atreviese á trepar hasta el capitel, y ver si en medio de él habia algun hueco y un agujero en cada esquina; porque si hay este hueco y estos agujeros, se acabó la duda, se disipó la incertidumbre, está resuelta esta cuestión ruidosa, y probado que la columna de Pompeyo tenia encima una estatua colosal. Entónces no queda que averiguar sino lo que representaba la estatua; pero eso yo me encargo de descubrirlo, como lo haré, quando explique las ñcripciones geroglíficas que hay en el pedestal.”

Esto decia el Abate Doloni mirando á todos, á ver si alguno se sentia con ánimo de trepar al ca-

pitel; y viendo que todos callaban, continuó diciendo: „Buen ánimo, que yo espero hemos de venir al cabo de la empresa. Mañana mismo harémos con cuerdas una escala, la colgarémos por medio de un cometa, y se efectuará fácilmente lo que ahora os parece imposible.

„La importancia, añadió, de indagar la exístencia de la estatua, de que os he hablado, es suma; porque aclarado este punto, podremos determinar la época y los motivos de la ereccion de la columna. Unos han dicho que César la levantó para perpetuar la memoria de la victoria, que ganó á Pompeyo en la famosa batalla de Farsalia. Otros pretenden que la gratitud de los moradores de Alejandría levantó un monumento á

Alexandro Severo, Emperador romano: estos la atribuyen á un Rey de Egipto llamado Ptolomeo Evergetes: aquellos aseguran que fué obra de Adriano. Todas estas opiniones pueden igualmente refutarse; pero á quien yo no perdono es al docto ingles que propaló esta última, y tuvo la osadía de defenderla. Si señores, el señor Montagu pretendia con mucha seriedad que esta columna era obra de Adriano, porque este Emperador habia viajado en Egipto; pero el tiempo ha descubierto la superchería de que se valió para fundar su opinion. Para acreditarla necesitaba este caballero de alguna prueba, ¿y qué hace? por medio de persona de su confianza, mete una medalla del Emperador Adriano en

cierto parage, entre el suelo en que sienta la columna y su estilobates. Hecho esto, se vino aquí acompañado de muchas personas, y despues de aparentar el mas atento exámen, dexó caer con maña la medalla escondida, sacándola con la punta de una navaja, y la enseñó á todos en prueba de la verdad de su descubrimiento. Envióla luego á Inglaterra, donde no recibió muy favorable acogida. ¿Y cómo habia de tenerla? En tiempo de Adriano habian los Griegos difundido en Egipto los principios de la buena arquitectura, y el primor de todas las artes, como se puede juzgar por los restos de la ciudad de Antinoe, que el mismo Emperador mandó edificar en la parte superior de esta comarca. Las co-

lumnas, que todavía se conservan en aquel parage, estan labradas con mas delicadeza, y sus formas son mas elegantes que las de Alexandria. No es esto decir que esta no sea hermosa; pero su principal mérito es ser prodigiosa en sus dimensiones, y realmente admirable por su forma.”

Miéntras el Abate Doloni hablaba de esta manera, vimos que el naturalista Monval se puso de rodillas delante del pedestal, inclinándose mucho. Quedamos todos admirados, y mucho mas quando pasados algunos minutos de silencio, le oimos decir: „no, jamas ví cosa mas maravillosa: ¡qué asombro! ¡qué admiracion!.... ¡qué belleza! ¡qué arquitectura! ¡qué bien guardadas están todas las proporciones!

„Al fin (exclamó el Abate Doloni, lleno de gozo), ¡admira Vd. esa arquitectura! Esto solo me reconcilia ya con Vd. — La admiro, respondió Monval; ¿y quién no la admirará como yo? Acérquese Vd.... póngase Vd. aquí á mi lado, y mire el arte con que está hecho ese agujero: exâctamente es un cono inverso.... Mire Vd. el *formica-leo* puesto en emboscada en el fondo de su embudo: allí está noche y dia de centinela; y pobre de la cochinilla, del pulgon, de la hormiga, y de qualquier insecto que se acerque al borde de este precipicio; porque la *hormiga-leon* lo ha hecho pendiente, y en la arena, para que caigan dentro todos los que se presenten.

Quedó atónito el Abate Dolo-

ni al oír estas palabras, y advertido por ellas de su equivocacion, le dixo: „¡Alma vulgar y mezquina! un pulgon os detiene, quando estais al pie de uno de los mas bellos monumentos de la arquitectura humana! ¡Un *formica-leo* cautiva mas vuestra atencion, que la columna de Pompeyo! Por vuestro propio honor, alzad los ojos hácia un objeto mas digno de la atencion de un hombre: admirad la arquitectura de esa soberbia columna. ¡Qué presente tan digno de la Francia, si pudiésemos trasladar allá este monumento!

¿Cree Vd. acaso (replicó Monval) que puede llevarse esa columna á Paris, con tanta facilidad como una caja de mariposas?

Muy difícil (dixo entónces el

calculador Ingardín ) sería el transportarla. Supongamos que la columna tiene de alto ciento y diez pies, según la mas comun opinion. El pedestal tiene diez y siete pies de alto: el fuste con el sócalo ochenta y un pies: y el capitel doce pies; total ciento y diez pies. El diámetro medio es de nueve pies. Con estos datos, todo el volúmen de la columna puede valuarse en nueve mil quatrocientos ochenta pies cúbicos. El pie cúbico de granito rojo de Egipto, es sabido pesa ciento noventa y seis libras de diez y seis onzas cada una. Así pues el peso de la columna es de un millon ochocientas cincuenta y ocho mil y ochenta libras, peso de marco.

Todos esos cálculos no prueban nada, replicó el Abate Doloni; y

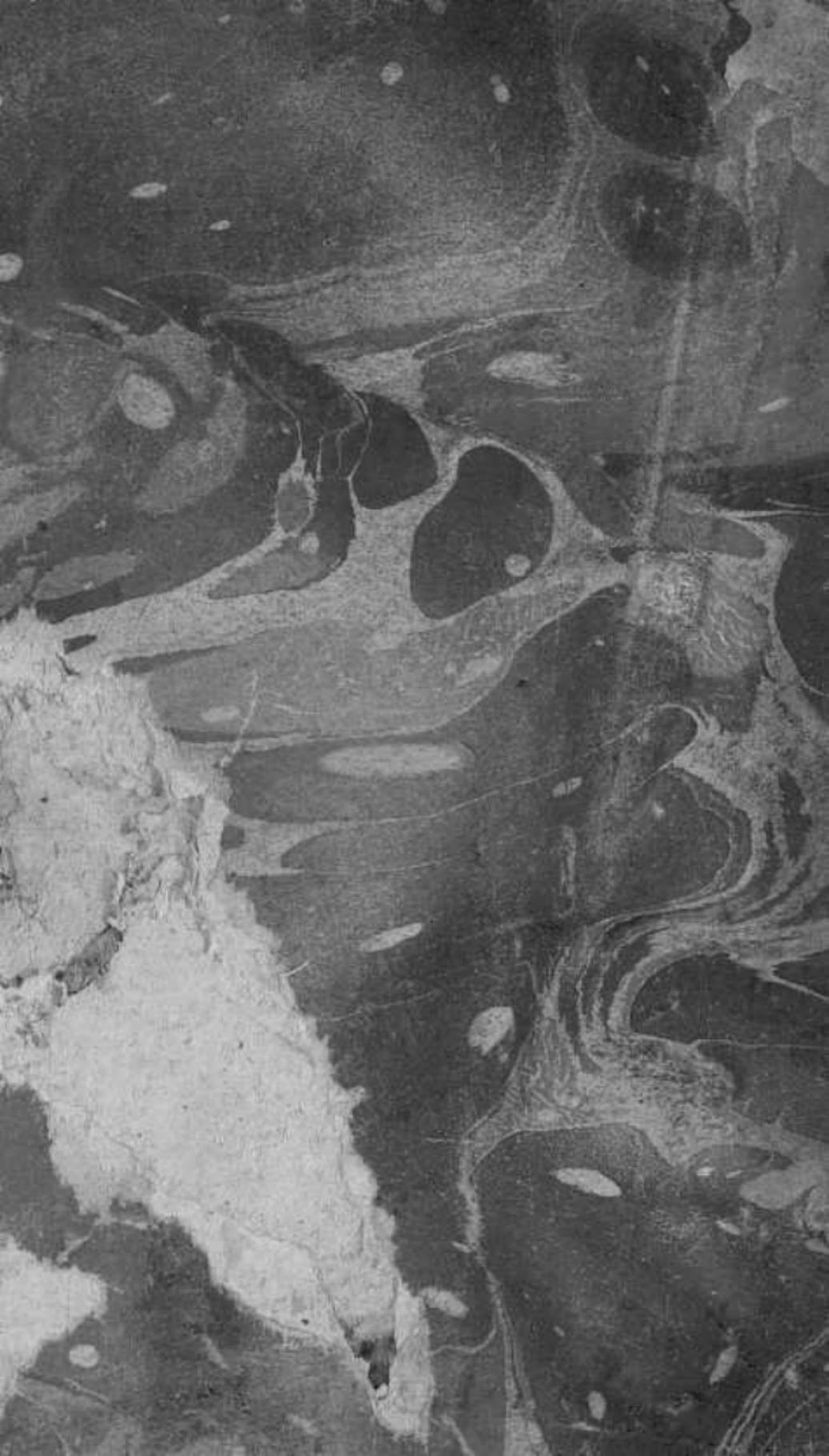
sin duda Vd. no sabe que esta enorme masa de granito se sacó de las canteras de Siena, que estan á mas de doscientas leguas de aquí. Tambien ignora Vd. que Cayo César hizo venir de Egipto á Roma un obelisco de cien codos, ó cincuenta y ocho varas de alto, y de ocho codos ó quatro varas y dos tercias de diámetro. Tambien ignora Vd. que Augusto quiso que Roma poseyese los dos obeliscos que levantó Sesostris en Heliopolis, los quales tenian ciento y veinte codos de alto. Tambien ignora Vd. que Constantino....

Iba á proseguir acumulando citas para confundir al que contradecia su opinion; pero el dia estaba cerca de espirar, y si no él todos deseábamos descansar. Al fin decla-

ramos nuestro propósito de volver á la ciudad; y viendo nuestra firme resolucion, tomó la de venirse con nosotros, no sin volver con frecuencia la cabeza, y dirigir sus miradas hácia aquella columna de Pompeyo, de que se separaba con harto sentimiento.

FIN DEL TOMO I.







**D-1**  
**706**